



VIAJE A LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA

ÉLISÉE
RECLUS

BC
Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ viajes ▪



**VIAJE A LA
SIERRA NEVADA
DE SANTA
MARTA**

**ÉLISÉE
RECLUS**

BC
- viajes -

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Reclus, Élisée, 1830-1905, autor

Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta [recurso electrónico] / Élisée Reclus; [presentación, Ernesto Mächler Tobar]. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2016.

1 recurso en línea : archivo de texto PDF (294 páginas). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Viajes / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8959-17-7

1. Sierra Nevada de Santa Marta - Descripciones y viajes - Siglo XIX 2. Colombia - Descripciones y viajes - Siglo XIX 3. Libro digital I. Mächler Tobar, Ernesto II. Título III. Serie

CDD: 918.6116 ed. 23

CO-BoBN- a990111

Mariana Garcés Córdoba

MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García

VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala

SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Javier Beltrán

COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche

ASISTENTE EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

Sandra Angulo

COORDINADORA GRUPO DE CONSERVACIÓN

Paola Caballero

RESPONSABLE DE ALIANZAS

Talia Méndez

PROYECTOS DIGITALES

Camilo Páez

COORDINADOR GRUPO DE COLECCIONES Y SERVICIOS

Patricia Rodríguez

COORDINADORA DE PROCESOS ORGANIZACIONALES

Fabio Tuso

COORDINADOR DE PROCESOS TÉCNICOS

Sergio Zapata

ACTIVIDAD CULTURAL Y DIVULGACIÓN

José Antonio Carbonell

Mario Jursich

Julio Paredes

COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros

CONVERSIÓN DIGITAL

Adán Farías

CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:

BiblioAmigos

ISBN: 978-958-8959-17-7

Bogotá D. C., diciembre de 2016

© 1869, Imprenta a cargo de Foción Mantilla

© 2016, De esta edición: Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia

© Presentación: Ernesto Mächler Tobar

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

■ PRESENTACIÓN	9
EL HOMBRE SIN MIEDO QUE DETESTABA LOS HOMENAJES: ÉLISÉE RECLUS Y SU <i>VIAJE</i> <i>A LA SIERRA NEVADA DE</i> <i>SANTA MARTA</i> (1861)	9
LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA	13
RETORNO A LA TIERRA MADRE	16
■ PREFACIO	21
■ I. ASPINWALL (COLÓN) — EL FERROCARRIL DE PANAMÁ	27
■ II. EL NARCISO — PORTOBELLO — LOS INDIOS DE SAN BLAS	41
■ III. CARTAGENA DE INDIAS — LA POPA — LA FIESTA	61
■ IV. EL CAPITÁN DE PAPELES — SABANILLA — EL BONGO — BARRANQUILLA	73

■ V. LOS CAÑOS — LA CIÉNAGA — GAIRA	89	■ XII. EL MÉDICO CAZADOR — LA CUESTA DE SAN PABLO — EL RANCHERÍA — LA SIERRA NEGRA	211
■ VI. SANTA MARTA	107	■ XIII. LA CARAVANA — EL PASO DEL ENEA — EL PANTANO — LAS SIETE PLAGAS DEL VOLADOR	229
■ VII. LOS ALREDEDORES DE SANTA MARTA — LA HORQUETA — EL INGENIO DE ZAMBA — EL MÉDICO HECHICERO	127	■ XIV. EL CAPORAL PAN DE LECHE — LOS ARHUACOS — EL MAMMA	249
■ VIII. SAN PEDRO — MINCA — EL PLANTADOR FILÓSOFO — LOS CORREOS	145	■ XV. EL NAUFRAGIO — LA ENFERMEDAD — LA DESPEDIDA	269
■ IX. EL CÍRCULO FRANCÉS — LA COLONIA DE EXTRANJEROS	159	■ XVI. EPÍLOGO	285
■ X. RIOHACHA	173		
■ XI. LOS INDIOS GUAJIROS	193		

▪ PRESENTACIÓN

- EL HOMBRE SIN MIEDO QUE
DETESTABA LOS HOMENAJES:
ÉLISÉE RECLUS Y SU *VIAJE A
LA SIERRA NEVADA DE SANTA
MARTA* (1861)

AMÉRICA VISTA COMO UN SUEÑO. Concebida como posibilidad idílica para construir a partir de bases limpias, para establecerse y modelar así una humanidad sin el azote de los errores. Lo soñó Daniel Defoe imaginando a Robinson Crusoe; lo soñaron también el protagonista de Alejo Carpentier, en *Los pasos perdidos*, y el ceñudo coronel de Gabriel García Márquez en sus *Cien años de soledad*: cada cual con su idea quimérica, reflejo de su mentalidad y producto de la argamasa cultural. O de su fe, tal los cuáqueros de la Nueva Inglaterra, o fray Bartolomé de las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo, quienes localizaron su

paraíso en la costa Caribe de Santa Marta. Lo planearon europeos como el español Vicente Blasco Ibáñez en la Argentina; el luchador infatigable Giuseppe Garibaldi, que no lograba asentarse en parte alguna, y los también italianos Giovanni Battista Agostino Codazzi Bartolotti y Enrico Ferri; el sueco Carlos Segismundo de Greiff, así como el “León” francés Georges Clemenceau y el banquero escosés William Paterson en su Nueva Edimburgo, por no citar sino algunos pioneros. América ha sido siempre una de las encarnaciones privilegiadas de esa posibilidad recurrente en la que se hace cuerpo la utopía misma. Quizá este puesto sea acaparado en nuestros días por estaciones espaciales u otros mundos lejanos, ya se verá. El hombre pondrá allí su huella, nominará el nuevo territorio. La descripción comporta una suerte de valor legal de propiedad, como un acta sellada: *Nomen est omen*.

En pos de idéntico sueño pero empujado por un exilio obligado, el francés Reclus escuchará las mismas sirenas invitadoras. Tan particular era, tanto intelectualmente como físicamente —pequeño, de penetrantes ojos azules e impecable cabello blanco—, que Julio Verne decidió evocarle en Jacques-Eliacin-François-Marie Paganel, el geógrafo que acompaña las aventuras de *Los hijos del capitán Grant* (1865). En realidad, el gran geógrafo y anarquista Jean-Jacques-Élisée Reclus es miembro de una imponente fraternidad que marcó la cultura francesa del siglo XIX e inicios del XX. Nace el 15 de marzo de 1830 en Sainte-Foy-la-Grande —Santa Fe—, pequeña ciudad medieval que evolucionaba en medio de ricos viñedos, y que por aquel

entonces observaba la construcción del primer puente suspendido en cables de acero que conocía Francia. La zona es de sólida influencia religiosa protestante: Élisée era hijo de pastor, lo que explica su vida austera y puritana pero henchida de solidaridad. Estudia en Alemania y en Francia para ser a su turno pastor, con algunas escapadas memorables que le cuestan la expulsión del colegio y que le empujan pronto a liberarse de la tutela paterna: «Vendrá el momento en que cada hombre será su propio rey y su propio pastor», escribe el hijo antes de signarse ateo. Proseguirá afirmando que Dios permanece en el pasado mientras la evolución entra en acción. «El hombre es la naturaleza tomando conciencia de sí misma», podría ser la lúcida síntesis de su nuevo credo.

Debido al “golpe de Estado” de Luis Napoleón Bonaparte, que denuncian como ilegal, Élisée y su hermano mayor Élie, deben huir con algo de dinero pergeñado con presteza. Escapan a Inglaterra y luego a Irlanda; de allí Élisée decide atravesar solo el océano, soñando con develar la veracidad de las promesas ofrecidas por América y de paso descubrirse a sí mismo. Su primer objetivo será asegurar su independencia económica, aunque sea efectuando pequeños trabajos. En 1853 llega a Luisiana, y pronto parte a Nueva Orleans para emplearse como tutor en la hacienda azucarera de los Fortier. Esta confrontación con «el país de mi imaginación» tomará pronto un amargo sabor, pues se figura empuñando el látigo que muerde la espalda de los esclavos. Todo ello lo anotará en su *Fragmento de un viaje a la Nueva Orleans* (1855), donde insiste en el central interés

pecuniario de los estadounidenses: son seres a la espera del caballo de la fortuna que los llevará «al país de El Dorado». Él no concibe otra vía para los hombres de corazón que «la patria de la libertad». Constata que el aspecto económico es allí fundamental —esto lo herirá moralmente—, pero no deja de observar el evidente progreso, de admirar el paisaje y los vastos espacios abiertos, el crecimiento y la pujanza de la joven nación. Tal vez en ello radique la mala utilización de los recursos, puesto que el país es rico olvida pensar en el futuro. Acota que la desigual distribución de la riqueza va pauperizando ciertas poblaciones a la par que destruye la solidaridad social; el capital se concentra en pocas manos y pasa a conformar una «aristocracia del dinero».

Con su ironía característica, Élisée piensa que si en la Edad Media los grandes señores tenían en sus escudos y estandartes el águila y el buitre como emblemas, no es de extrañar que los Estados Unidos, «por singular reminiscencia feudal, hayan tomado el águila como símbolo de su potencia». Y lúcido sostiene que la Independencia de las repúblicas hispanoamericanas parece constituir apenas un preludio al dominio por parte de ese país. Deplora la exterminación y la opresión de los indios, mientras considera que podrán sobrevivir gracias al mestizaje, y es acerbo crítico de la colonización española, que denomina autoritaria y clerical.

▪ LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA

Los Estados Unidos serán entonces para el viajero un lugar de paso. ¿Por qué no continuar hacia la Nueva Granada? En 1855 Reclus no posee una idea clara de lo que quiere hacer; en sus cartas escribe que allí podrá hacerse «pastor, peluquero de perros o profesor de obstetricia». Heredero de la filosofía de Rousseau y de su retorno a la naturaleza, considera más adecuado un proyecto de explotación para establecer una colonia agrícola, pensando quizá en atraer migrantes alejándolos de una Europa esclerosada. El viaje no era fácil en aquel entonces, y Reclus debe utilizar todos los medios de locomoción de la época. Recorre primero Texas y Nuevo México, baja por el golfo de México, continúa al puerto de Veracruz y pasa a Costa Rica. En Panamá toma el barco Philadelphia hacia Cartagena y prosigue a Barranquilla y Santa Marta, para posarse finalmente en Riohacha. Es posible que la explicación se halle en la belleza misteriosa de Esmeralda, libre piel del desierto, al salvar al deshidratado muchacho de 25 años...

Para el francés la Sierra Nevada de Santa Marta es zona ideal, en especial la sombra protectora del piedemonte: la tierra es cultivable en toda la riqueza climática de sus 5.775 metros. Compra 50 hectáreas al cacique arhuaco Pan de Leche, al sur de Dibulla, pues «en ninguna otra parte el clima es mejor, la tierra más fértil. Los mosquitos son escasos». El recuento de esta experiencia (agosto

de 1855-julio de 1857), de los malos socios y del amargo fracaso constituirá su primera obra publicada, el *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe. Paysages de la nature tropicale* (1861). Reclus pronto será conocido y respetado en el ámbito de la geografía, por lo cual su obra es traducida con celeridad por Gregorio Obregón y publicada en Bogotá (1869, Imprenta de Foción Mantilla). Años después, se publicará *Colombia* (1893, Papelería de Samper Matiz), la parte que trata de nuestro país dentro de la *Nueva geografía universal*, en una traducción de F. J. Vergara y Velasco, quien correspondía con Élisée.

El recuento se abre con una mirada sorprendida ante la generosa realidad de la costa colombiana. Pero disipado el entusiasmo inicial, constata tanto los problemas de salud pública como el peligro que representan cocodrilos y jaguares, insectos y pantanos. Entonces escribe que «la naturaleza virgen es bella, pero de una tristeza infinita», aunque es fecunda en abundancia y suficiente para nutrir a «los hijos de la tierra» cuyas necesidades son satisfechas con presteza, lo que los hace perezosos e indolentes. El nativo americano es percibido como víctima de una naturaleza omnipresente, no domesticada. Los arhuacos son «pequeños, menos inteligentes, feos y enfermos, pusilánimes y temblorosos ante la mirada del español», los guajiros por su parte son «bellos y sin miedo». El alcohol es una de las armas preferidas por los comerciantes, manipuladores que establecen un sistema de endeude permanente sacando provecho del analfabetismo reinante. Se requiere entonces colonizar con europeos las tierras de la Nueva Granada,

piensa Reclus, y ello coadyuvará a evitar la vigilancia de los vecinos del norte. El indígena es un trabajador incansable, pero el obrero colombiano es perezoso, y «parece inquietarse más de la siesta que de laborar los campos».

Sostiene, siempre solidario, que los pueblos latinoamericanos son prójimos entre sí, libres de nacionalismos exacerbados, al contrario de lo que ocurre en Europa y que ha significado tantas guerras. Los hispanoamericanos, gracias al mestizaje, «han heredado del blanco la inteligencia, del indio la indomable capacidad de resistencia y del africano la pasión». En esta jerarquía se ve que es hombre de su época, y quizá esto aclare su insistencia de la necesidad de una colonización extranjera: ella acelera la integración al mundo civilizado, véase al modo europeo. La Nueva Granada, suerte de «paraíso terrestre», es no sólo un sitio ubérrimo sino que es «una tierra joven y ¡poderosamente fecundada por las caricias quemantes del sol! He visto el antiguo caos trabajando». Para el futuro de la humanidad, concebido como una perfecta mezcla de razas, es necesario un limo excepcional, «para un estado social novedoso se requiere un continente virgen». Élisée tiene la certeza de que no será tarea fácil pues implica un trabajo arduo y sostenido, una lucha llena de energía. Una victoria plena exige la labor de hombres sin miedo.

Pero se agota en la tarea: su desconocimiento del trabajo agrícola, las enfermedades y las fiebres endémicas, los malos socios escogidos, su hermano mayor que declina la invitación a venir a colonizar con él, los escasos recursos económicos, todo ello le hace abortar el intento. Adiós

a cafetales y naranjales, a las colonias de europeos y a las escuelas para indígenas, así como al ferrocarril para transportar la producción de los cultivadores. «Había llegado, y no sin pena, al final de mi viaje», escribe con nostalgia para reconocer modesto que, «solo, necesariamente debía sucumbir. Había que partir». Solicita dinero prestado para retornar cabizbajo a Europa, ahora ella también tierra de exilio. No fue sino «un sueño, el más bello sueño que haya hecho en mi vida», afirma Reclus. Las últimas páginas del recuento de su viaje a la Sierra Nevada están llenas de esperanza, tal vez meditando en el barco que lo lleva de vuelta a Francia, el Providence —¿presagio?, ¿ironía?—: «Allá, en la joven república americana, no hay desgraciados convidados al banquete; la tierra fecunda alimenta generosamente a todos sus hijos, el aire de libertad llena todos los pechos». Estas reflexiones no lo abandonarán nunca.

▪ RETORNO A LA TIERRA MADRE

La sublevación de la Comuna de París, vigorosa reacción popular ante la derrota en la guerra de 1870 contra los prusianos, provoca en Élisée su alistamiento voluntario. No obstante, hombre ingenuo y pacífico, será hecho prisionero con rapidez, juzgado y condenado al exilio. Más tarde será amnistiado gracias a la presión internacional, pero jamás volverá a Francia, en solidaridad con los demás condenados. Se instala en Suiza y al final se radica en Bélgica,

donde será profesor, actividad que le merecía un enorme respeto y que consideraba un apostolado, una suerte de moderno Prometeo iluminando el futuro.

En 1889-1890, Élisée hará nuevos viajes a algunos países suramericanos, a Estados Unidos y Canadá. La comunión con esta naturaleza exuberante, en los mismos años, está germinando igualmente en escritores y ensayistas que van a influenciar a los ecologistas de hoy, como Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau. Sin embargo, ahora constata con ternura que los barcos avanzan llenos de migrantes, «en una procesión continua, jóvenes y viejos, cacoquimios y en buena salud, pero casi todos sucios, en harapos, pobres, desgraciados, desolados». Su último periplo americano será en 1893, al visitar Uruguay, Brasil, Chile y Argentina. Cuando se habló de hacerle un homenaje en su ciudad natal, contestó riéndose que mejor era darle una patada al monumento para sembrar en su lugar un árbol frutal. Muere cerca de Bruselas —Torhout— el 4 de julio de 1905. Naturaleza, amor y belleza configuran en tríptico el testamento reclusiano. No es muy distante de lo que Falk Bretschneider concluye sobre la obra de Norbert Elias: es necesario guardar, poco importan los obstáculos, «la fortaleza de la esperanza, la voluntad de comprender y el coraje de la utopía».

Fue un escritor compulsivo. Amén de sus trabajos sobre el anarquismo, su obra suma una enorme cantidad de volúmenes, entre los cuales 2 de *La Tierra, descripción de los fenómenos de la vida del globo* (1869); los 19 de la muy famosa *Nueva geografía universal*; 2 de *Los fenómenos*

terrestres; 6 de *El hombre y la Tierra*, e igualmente 6 de *Los volcanes de la Tierra* (1906). Preocupado siempre por explicar la geografía al gran público, aborda los exquisitos *Historia de un riachuelo* (1869) e *Historia de una montaña* (1880), el primero de los cuales hizo la felicidad de muchos niños al ser uno de los premios de escuela más recurrentes. Todos ellos llenos de referencias cuidadosas y verificadas por geógrafos nativos de cada lugar. Cayó luego en un inexplicable olvido del cual está saliendo; sus libros, reeditados, conocen hoy éxitos editoriales y merecen ensayos avisados.

Élisée Reclus hace parte de una significativa cantidad de viajeros, comerciantes, exiliados, científicos, espías y diplomáticos que visitaron Colombia dejando interesante recuento de sus periplos. Ahí están Jean-Baptiste Boussingault, Jean Chaffanjon, Jules Crevaux, Pierre d'Espagnat, Auguste Le Moyne, Gaspard Théodore Mollien y Charles Saffray; en épocas más recientes Joseph de Brettes, Alain Gheerbrant, Jacques Meunier y tantos otros. Sus diarios abundan en riquezas insospechadas para descubrir, desde otro punto de vista, la compleja realidad nacional. Hay que leer con confianza, iluminados por el transparente brillo azul de su mirada, como nos observó el viajero de Santa Fe.

ERNESTO MÄCHLER TOBAR



**VIAJE A LA SIERRA NEVADA
DE SANTA MARTA**

▪ PREFACIO

EN 1855, UN PROYECTO DE explotación agrícola y el amor a los viajes me llevaron a la Nueva Granada. Después de una permanencia de dos años, volví sin haber realizado mis planes de colonización y de exploración geográfica; sin embargo, y a pesar del mal resultado, nunca me felicitaré lo bastante por haber recorrido ese admirable país, uno de los menos conocidos de la América del Sur, ese continente asimismo poco conocido.

Hoy el hombre pasea su nivel por los llanos y las montañas de la vieja Europa; se cree de talla suficiente para luchar con ventaja contra la naturaleza y quiere transformarla a su imagen regularizando las fuerzas impetuosas de la tierra, pero no comprende esa naturaleza que trata de domar: la vulgariza, la afea, y se pueden viajar centenares de leguas sin ver otra cosa que porciones de terrenos cortados a ángulos rectos y árboles martirizados por el fierro. Así, ¡qué gozo para el europeo cuando puede admirar una tierra joven aún y poderosamente fecundada por las ardientes caricias del sol! Yo he visto en acción el antiguo caos en los pantanos en

que pulula sordamente toda una vida inferior. A través de inmensas selvas que cubren con su sombra territorios más extensos que nuestros reinos de Europa, he penetrado hasta esas montañas que se elevan como enormes ciudadelas más allá del eterno estío, y cuyas almenas de hielo se sumergen en una atmósfera polar. Y sin embargo esa naturaleza tan magnífica, en donde se ve como un resumen de los esplendores de todas las zonas, me ha impresionado menos que la vista del pueblo que se forma en esas soledades. Ese pueblo está compuesto de grupos aún aislados, que se comunican con gran trabajo a través de pantanos, selvas y cadenas de montañas, su estado social es aún muy imperfecto; sus elementos esparcidos están en la primera efervescencia de la juventud, pero está dotado de todas las fuerzas vitales que producen el éxito, porque él ha reunido como en un haz las cualidades distintivas de las tres razas: descendiendo a la vez de los blancos de Europa, de los negros de África, de los indios de América, es más que los otros pueblos, el representante de la humanidad, que se ha reconciliado en él. Con gozo, pues, me vuelvo hacia ese pueblo naciente: espero en él, en sus progresos, en su prosperidad futura, en su influencia feliz en la historia del género humano. La república granadina y sus repúblicas hermanas son aún débiles y pobres; pero ellas se formarán indudablemente entre los imperios más poderosos del mundo, y los que hablan con desprecio de la América Latina, y no ven en ella sino la presa de los invasores anglosajones, no encontrarán algún día la suficiente elocuencia para cantar su gloria. Los aduladores se volverán en tropel hacia el sol naciente; séame

permitido anticipármeles celebrando los primeros resplandores del alba.

¡Cuál no sería la prosperidad de Europa si la cuestión de las nacionalidades fuera resuelta, si todos los pueblos formados para ser libres fueran en efecto libres e independientes los unos de los otros! Y bien, esta cuestión terrible, llena de sangre y de lágrimas, que nos mantiene jadeando a todos en la agonía, esta cuestión que hace afilar tantas bayonetas y pone en pie millones de hombres armados, no existe en la América Meridional. Salvas algunas tribus de indios que serán absorbidas como lo han sido ya millones de aborígenes, todas las sociedades hispanoamericanas pertenecen a la misma nacionalidad. Estas repúblicas del Sur, constantemente citadas como un ejemplo de discordias, son al contrario los Estados que más se aproximan a la calma y a la paz; porque no están divididos sino por hechos de interés local, y los caminos harán más por su reconciliación que las mortíferas guerras. Los hispanoamericanos son hermanos por la sangre, por las costumbres, por la religión y por la política. Todos, sin excepción, son republicanos, todos tienen del blanco por la inteligencia, del indio por el indomable espíritu de resistencia, del africano por la pasión y por ese carácter tierno, que, más que todo, ha contribuido a unir las tres razas durante largos siglos de elaboración. En América del Sur no hay Alpes ni Pirineos; hermanos habitan las pendientes de los Andes.

El continente de la América del Sur presenta una sencillez de contornos y de relieves que concuerda perfectamente con su destino: es uno como la raza que lo puebla

en parte. Triángulo inmenso más grande que nuestro continente de Europa, no tiene penínsulas abruptas, ni bahías profundas; sus costas se prolongan uniformemente desde la zona tórrida hasta los helados y brumosos mares boreales. Atravesado en toda su longitud por una cadena de montañas casi recta, y semejante a la espina dorsal, está regado por los ríos más bellos de la tierra, comiendo todos en la misma depresión y ramificándose con la perfecta regularidad de las arterias de un cuerpo orgánico. Evidentemente este continente ha sido formado para servir de cuna a una sola y misma nación. Esta nación que comienza, cuenta ya más de veinte millones de hombres que pertenecen todos a la misma raza, en la cual se han fundido, como en un crisol, todos los pueblos de la tierra. Cuando el antiguo mundo, recargado de población, envíe sus hijos por millones a las soledades de la América del Sur, ¿el flujo de la emigración turbará esta unión de las razas que se ha verificado ya en las repúblicas hispanoamericanas, o bien la población actual de la América Meridional estará suficientemente compacta para reunir en un mismo cuerpo de nación todos los varios elementos que le irán de fuera? Esta última alternativa, que nos parece la única probable, traerá consigo la reconciliación final de todos los pueblos de origen diverso, y el advenimiento de la humanidad a una era de paz y felicidad. Para un estado social nuevo, es necesario un continente virgen.

¿Y qué papel está reservado a la Nueva Granada en la historia futura del continente? Si las naciones se asemejan siempre a la naturaleza que las alimenta, ¿qué no

debemos esperar de ese país en que los océanos se aproximan, en que se encuentran todos los climas unos sobrepuestos a otros, en que crecen todos los productos, en que cinco cadenas de montañas ramificadas como un abanico forman tan maravillosa variedad de sitios? Por su istmo de Panamá servirá de descanso y lugar de cita a los pueblos de la Europa Occidental y a los del extremo Oriental: así, como lo profetizó Colón, allí vendrán a unirse las dos extremidades del anillo que rodea al globo.

No lo ocultaré: amo a la Nueva Granada con el mismo fervor que a mi patria natal, y me consideraré feliz si hago conocer de algunos a ese país admirable y lleno de porvenir. Si yo lograra hacer dirigir hacia este país una pequeña parte de la corriente de emigración que arrastra a los europeos, mi dicha sería completa. Es tiempo ya de que el equilibrio se establezca en las poblaciones del globo y que El Dorado deje en fin de ser una soledad.

14 de enero de 1861

ÉLISÉE RECLUS

▪ I

▪ ASPINWALL (COLÓN)
— EL FERROCARRIL DE PANAMÁ

CON LA FRENTE ACARICIADA por la ligera brisa que rozaba la superficie del mar, esperaba en el castillo de proa del vapor Philadelphia que los primeros destellos del alba aclarasen las montañas de Portobelo. Hacía algunas horas que mis ojos estaban fijos a través de la oscuridad, en el negro horizonte estrellado aquí y allá; por fin las estrellas se extinguieron una después de otra, el vago brillo de la Vía Láctea desapareció, y el reflejo de la aurora se desplegó del lado del occidente como una vasta y blanca tienda de campaña. La masa de montañas estaba sumergida aún en la sombra, pero gradualmente la luz descendió a lo largo de sus faldas y coloreó de un tinte azul las cimas lejanas, mostrando en las escarpas más próximas los bosques extendidos como un espléndido manto de verdura, y mezclando algunas ráfagas rosadas a la capa de nieblas que reposaba entre la ribera del mar y el pie de las colinas. Bien pronto este velo de

vapor se rasgó, dispersó sus girones al acaso alrededor de los arrecifes y por la superficie de las ondas, y nos mostró la extensa abra de Aspinwall o Navy Bay, muellemente tendida entre los dos verdes promontorios de Chágres y Limon. Al mismo tiempo, los rayos del sol que nacía se deslizaron oblicuamente sobre las olas, e hiriendo apenas sus crestas, cambiaron en una larga lista de oro la blanca espuma que orlaba los muelles de Aspinwall.

Vista desde el mar, la población presenta el aspecto de las ciudades de la América del Norte, construida de prisa en el espacio de pocos años. Las casas, de altura desigual, están esparcidas en la playa baja y cenagosa de la isla de Manzanillo, y solamente hacia el lado del oeste se aproximan bastante unas a otras para formar calles. En los terrenos que no están ocupados aún por edificios existen grandes árboles arraigados, semejantes a enormes horcas. Más allá del estrecho brazo de mar que separa la ciudad del continente se estrechan innumerables y coposos árboles. Un gran buque de vapor, cinco o seis goletas al ancla se balancean sobre las ondas al lado de embarcaciones varadas que sacan del agua sus mástiles carcomidos e incrustados de conchitas; cerca del muelle principal un buque viejo, de casco enmohecido, espera un ras de la marea para zozobrar y contribuir a la obstrucción del puerto; los muelles y las plataformas están cubiertos de carbón, leños y barriles esparcidos. Los carros, impulsados por brazos de hombres o arrastrados por mulas, van y vienen incesantemente de las embarcaciones a la estación del camino de fierro de Panamá, coqueta y graciosa casa, cuya fachada

de blancura deslumbradora se destaca del verde fondo de la selva y recibe la sombra de cuatro palmeras de torcido tronco. Una pared, un rayo de sol, no es necesario más bajo el cielo resplandeciente de los trópicos para formar un cuadro maravilloso.

Apenas desembarcamos los trescientos pasajeros del Philadelphia, fuimos asaltados por una multitud de hombres de todas las razas y de todos los países, negros de Jamaica, Santo Domingo y Curazao, chinos, americanos, irlandeses que hablaban o *marmoteaban* cada uno en su lengua o en su patuá, desde el francés o inglés más puro hasta el *papiamento*¹ más corrompido. Hostigados por esta ávida multitud, arrastrados casi de viva fuerza, los viajeros fueron tumultuosamente separados y llevados como otras tantas presas a innumerables hoteles, posadas o mesones que componen la ciudad de Aspinwall. Yo creía haber escapado a la multitud deslizándome por detrás de los montones de carbón y de las filas de maderas que llenaban el muelle, pero un negro de Santo Domingo me descubrió: se me insinuó con un saludo en tres lenguas, se declaró mi guía y en toda la mañana no pude desembarazarme de este importuno.

Aspinwall goza en la América entera de tan mala reputación por lo que respecta a su salubridad, que yo esperaba ver un gran cementerio en donde se pasearan sombras de

¹ El *papiamento* es una mezcla de palabras españolas, holandesas, francesas, inglesas y caribes que sirve de lengua franca en las Antillas holandesas y en las costas de Colombia.

hombres temblorosos de fiebre, pero no es así. Los negros y mulatos que forman la mayoría de la población de Aspinwall tienen tal aire de salud y alegría que regocija el corazón; allí se encuentran en un país semejante a aquel de donde vinieron sus padres, y como las plantas tropicales, ellos vegetan lujosamente en esta tierra pingüe y cenagosa recalentada por un sol de fuego. Viendo su andar tranquilo y su alegre fisonomía, se comprende que están en su casa y que el porvenir del istmo les pertenece, como también el de las otras regiones de la América tórrida. En cuanto a los blancos y a los chinos, los que han podido resistir a la terrible fiebre parecen sostenidos y aun curados por esa ardiente avidez, única que ha podido inducirlos a ejercer su industria en el reino mismo de la muerte. Un fuego sombrío que brilla en la mirada casi feroz ilumina aquellas fisonomías pálidas y enflaquecidas. Sus movimientos irregulares y nerviosos prueban que ellos no viven con la vida natural del hombre, y que han sacrificado a la ganancia todo sentimiento de tranquila felicidad. El padre que lleva a su esposa o a sus hijos a esta ciudad mata a la una y a los otros con la misma seguridad que si les clavara un puñal en el corazón; pero él no vacila, y desafía por sí y por los suyos la insalubridad de este clima terrible y va tranquilo y resuelto a esperar en Aspinwall los pájaros viajeros que sus propios riesgos le dan derecho a desplumar. Puede morir, es verdad, pero si el sombrío estímulo de la ganancia le sostiene, podrá retirarse al cabo de algunos años de trabajo a Nueva York o a San Francisco, viudo o privado de sus hijos, pero poderosamente rico.

Por lo demás, es muy raro que los aventureros que van a Aspinwall de todos los puntos del globo lleven consigo a sus hijos y mujeres. Estas forman apenas una muy pequeña minoría de la población en la ciudad naciente, y es sabido que toda sociedad en que la mujer falta, llega a ser necesariamente grosera, inmoral, impúdica. Lejos de esas miradas que encantan y subyugan aun a los seres más vulgares, el hombre se liberta por completo de las costumbres, de toda política, de toda dignidad; se precipita de lleno en el vicio con la cabeza inclinada, se complace en su embrutecimiento y se gloria en él. Los lazos del comercio son los únicos que ligan a los miembros de una sociedad de esta especie; así, ¡desgraciado de aquel que nada puede ofrecer en cambio del servicio que pide!

El edificio más grande de la ciudad es el hospital. Un enfermo puede hacerse transportar a él mediante 100 francos de entrada y 25 francos por día; si no que se haga dejar en la puerta, ¡y allí morirá! El extranjero expirante de sed en una calle de Aspinwall podrá arrastrarse largo tiempo de puerta en puerta sin encontrar un blanco caritativo que le dé gratuitamente un vaso de agua; ¡solamente los negros despreciados tendrán quizá la generosidad de humedecer sus labios!².

Jamás olvidaré el aspecto del salón de la posada, al cual entré para almorzar y reponerme del mareo. Alrededor de una larga mesa de madera, ennegrecida por el uso, se estrechaba una centena de viajeros de todas las nacionalidades.

² Téngase presente que la inmensa mayoría de la población de Aspinwall la forman extranjeros (Nota del traductor).

La mesa parecía entregada al pillaje; cada cual se precipitaba sobre los platos de su preferencia y procuraba asegurar la mejor parte; los gritos, las exclamaciones, las diputas se cruzaban en todos sentidos. A una extremidad del salón, grupos de californianos de mirada hosca, con los cabellos en desorden, los vestidos despedazados, jugaban sus *dollars* y oro en polvo sin cuidarse lo más mínimo de los extranjeros que acababan de invadir el hotel; en estos grupos reinaba el más riguroso silencio, interrumpido de tiempo en tiempo, según los golpes de la suerte, por risas sardónicas o por espantosas blasfemias. Una señora, en otro tiempo blanca, pero descolorida por la fiebre, presidía el servicio de la mesa. Sus grandes y ardientes ojos giraban en unas órbitas demasiado profundas; su piel seca y enjuta comprimía los juanetes de sus mejillas y su espaciosa frente, tersa como el mármol; sus labios violetas y siempre abiertos dejaban ver unas encías lívidas; bajo su ropa muy ancha, que sin duda cubría en otro tiempo formas voluptuosas, se presumía un cuerpo de esqueleto. De la antigua belleza no quedaba a la huésped sino los abundantes cabellos negros guarneciendo una cara flaca. Y sin embargo esta mujer, que parecía pertenecer ya a la tumba, no mostraba el menor decaimiento: su voz era decidida, su mirada intrépida, su gesto soberano. Estaba sostenida por una fiebre más terrible que aquella que la minaba: *la fiebre sagrada del oro*.

La calle principal de Aspinwall presenta un aspecto raro; banderas y banderolas flotan en todas las casas como en una calle de Beijing; blancos, negros, chinos gritan, gesticulan y pelean; niños enteramente desnudos se revuelcan

en el polvo y en el barro; cerdos, perros y hasta corderos devoran innumerables inmundicias que los buitres contemplan con ojos ávidos desde los tejados; monos amarrados aúllan, papagayos y cotorras lanzan gritos estridentes: es una extraña batahola, en la cual se mezcla uno con cierto pavor. Los indios faltan solamente en esta Babel. Amedrentados por los invasores de su país, apenas osan girar tímidamente alrededor de esta ciudad que se ha levantado como por encanto en un islote pantanoso.

El pabellón tricolor de la Nueva Granada flamea en una casa de Aspinwall, pero la autoridad granadina, lejos de gobernar, debe felicitarse de ser simplemente tolerada. La compañía del ferrocarril, declarada simple propietaria de la isla por un acto del Congreso granadino, es en realidad el verdadero soberano de la falda atlántica del istmo, y sus decisiones, sean o no ratificadas por el *jefe político* de Aspinwall o por el Congreso de Bogotá, tienen realmente fuerza de ley. Son americanos audaces los que han osado poner el pie en este islote malsano de Manzanillo que en la lama humeante de miasmas en que la muerte germina con las plantas, han fijado las estacas en que debía asentarse la ciudad, y que han llamado de todos los puntos de la tierra a los hombres ávidos gritándoles: «¡Haced como nosotros, arriesgad vuestras vidas por la riqueza!». Ellos han llevado de los Estados Unidos todas las casas aún construidas, y es también a los Estados Unidos que ellos envían a buscar harina, galleta, carne y hasta combustible. La ciudad es creación suya, se juzgan con derecho de gobernarla y le han dado el nombre de uno de los más fuertes accionistas de la

compañía, el negociante Aspinwall; las protestas solemnes de la república granadina no han logrado dar hasta ahora el nombre oficial de Colón a la ciudad naciente.

Los agentes de la compañía americana son pues los únicos responsables de la salubridad del lugar: si ellos se dignaran ocuparse de este asunto, la población de cuatro a cinco mil habitantes doblaría, triplicaría en el espacio de algunos años, pero en lugar de pensar en secar los pantanos, los han formado artificiales. Para construir tan hermoso almacén de depósito, de piedra negra, los ingenieros han elegido una línea de arrecifes a poca distancia de la ribera, y la tabla de agua que han separado así de la bahía ha llegado a ser un pantano infecto, lleno de despojos corrompidos y cubiertos de un sedimento debajo del cual vela pérfidamente la terrible *fiebre de Chágres*. Mister Fröbel, que ha visitado la embocadura del río Chágres, y ha dejado de ella una bella descripción³, dice que ha sentido distintamente en la lengua el gusto de los miasmas pútridos.

El ferrocarril de una sola vía que une a Aspinwall con Panamá no tiene más de setenta y dos kilómetros de largo, y atraviesa el istmo casi en línea recta de noroeste a sudoeste. Ha costado más de quinientos mil francos por kilómetro, suma enorme comparada con los gastos de construcción de otros caminos de fierro en América; sin embargo, y dígame lo que se quiera, los trabajos de arte no tienen nada de gigantesco. Ha sido necesario unir la isla de Manzanillo al continente por un puente asentado en estacas, atravesar

³ *Seven Years' Travels in Central America.*

muchos pantanos, elevar fuertes terraplenes en las cercanías de los ríos, franquear el río Chágres por un puente de doscientos metros y cavar algunas zanjas, sobre todo en el punto culminante del camino, que se eleva solamente ochenta metros sobre el nivel del océano, pero hace mucho tiempo que los ingenieros aprendieron a vencer esas dificultades. El gran obstáculo para la construcción de esta línea férrea fue la terrible mortalidad que hizo estragos entre los obreros. La promesa de una paga muy crecida no dejó de ser una seducción irresistible que arrastró a millares de hombres de todo color y de toda raza, y los trabajadores principiaron con resolución y con los pies metidos en el fango quemante de los pantanos a aserrar los troncos de los paletuvios, a enterrar las estacas en el barro, a carretear arena y guijarros en el agua corrompida. ¡Cuántos desgraciados, hostigados por los insectos malignos, aspirando a cada soplo los miasmas pútridos que exhalan las aguas, extenuados, aturdidos por el implacable sol que les quemaba la sangre en las venas, se han arrastrado trabajosamente a la tierra firme, y acostándose para no levantarse más! Ha pasado como un proverbio que el ferrocarril de Panamá ha costado una vida de hombre por cada travesano puesto en el camino. Esta es una exageración evidente, porque este hecho supondría la muerte de más de setenta mil obreros; pero es cierto que la compañía no ha juzgado conveniente publicar, y probablemente ni aun sabe, el número de aquellos que han muerto a su servicio. Los irlandeses, más expuestos que los demás a causa de la exuberancia de vitalidad de su raza y de la riqueza de su

sangre que corre en innumerables filetes bajo la fina piel, fueron exterminados casi todos por la enfermedad, tanto que los agentes de la compañía renunciaron a hacer venir de Nueva York o de Nueva Orleans más trabajadores de esa nación. Los negros mismos de las Antillas sufrieron mucho con el clima y, poco cuidadosos de aumentar sus economías a costa de su salud, se retiraron en bandadas, para gozar en Providencia, Jamaica o Saint Thomas de las dulzuras del *farniente*. En cuanto a los chinos, que, bajo la fe de magníficas promesas habían abandonado su país para ir a enriquecerse con los *piastras* americanos más allá del Gran Pacífico, se les vio morir por centenares de fatiga y de desesperación. Muchos de ellos se dieron la muerte para evitar los sufrimientos de la enfermedad que principiaba a torturarlos. Se refiere que en lo más fuerte de la epidemia, una multitud de estos pobres expatriados fue a sentarse a la caída del día en las arenas de la bahía de Panamá, que habían abandonado hacía algunas horas las oleadas de la marea. Silenciosos, terribles, mirando al occidente el sol que se ocultaba más allá de su patria tan lejana, esperaron así a que la marea subiera de nuevo. Bien pronto las olas volvieron remolineando sobre las arenas de la playa, los desgraciados se dejaron engullir, sin lanzar un grito de angustia, y el mar extendió su vasto sudario sobre ellos y sobre su desesperación.

La vía férrea del istmo está muy distante de prestar al comercio y a la humanidad los servicios que podrían esperarse de ella. La falta está ciertamente en el monopolio y en las tasas exorbitantes de los precios que exige la

compañía, la cual hace pagar a los viajeros la suma de 125 francos por un simple trayecto de 72 kilómetros, y pide hasta 1.000 francos por tonelada de mercancías que se despachan de prisa. Así el camino de fierro no transporta de mar a mar más que treinta a cuarenta mil viajeros por año, es decir, menos que nuestra ramificación del oeste en un día. El movimiento de mercaderías entre los dos océanos representa un valor total de un tercio de millar, pero los artículos que transitan consisten simplemente en oro de California, en plata de México y otros objetos de gran precio en poco volumen. Todas las mercaderías voluminosas dirigidas de un mar a otro siguen aún la vía del cabo de Hornos, y aunque su valor medio se acerca a un millar, la compañía no piensa bajar su tarifa con el objeto de sacar algún beneficio de ese comercio inmenso. Más bien que pagar los precios enormes estipulados por la compañía del ferrocarril para el tránsito de las mercaderías, los negociantes de Nueva York y San Francisco prefieren imponer a sus cargamentos un rodeo de 9.600 kilómetros y una prolongación de sesenta días de travesía por en medio de las tempestades del océano austral. A excepción de los grandes vapores que conducen regularmente los pasajeros y las valijas, casi todos los buques que llegan a Aspinwall y a Panamá son pequeñas goletas que hacen el servicio de cabotaje entre los puertos de la Nueva Granada y de la América Central. Y sin embargo, el transporte de los viajeros y metales preciosos basta para hacer ganar cerca de 40 por 100 cada año a los accionistas de la compañía; andando el tiempo podrán ellos aumentar sus beneficios,

vendiendo las cien mil hectáreas de tierras fértiles que les concedió la república granadina.

Hasta hoy la compañía del istmo no ha tenido sino una competencia temible, la de los vapores del lago de Nicaragua, y aun, gracias a las piraterías de Walker, gracias también a las intrigas de los plenipotenciarios americanos, que exigían para los Estados Unidos una cuasi soberanía sobre el camino del tránsito, esta competencia ha desaparecido completamente durante algunos años. Temprano o tarde sin embargo, las vías férreas interoceánicas de Tehuantepec, Honduras, Costa Rica e istmo de Chiriquí se llevarán a cabo y es posible también que la Nueva Granada, justamente descontenta porque la compañía de Panamá no le paga el beneficio anual que está convenido, permita a una compañía rival la construcción de otro camino de fierro entre los dos mares⁴. Es evidente que este istmo prolongado, que se pliega tan graciosamente entre las dos Américas en una longitud de 2.200 kilómetros, y separa con

⁴ Lejos de eso, la situación ha empeorado con la venta de las *reservas* a la misma compañía, venta que se hizo con halagadoras promesas de grandes mejoras en la vía, que hasta ahora no solamente no se han realizado sino que ni siquiera se han principiado a cumplir. Ojalá que la experiencia adquirida sirva siquiera para no festinar el contrato de apertura del canal interoceánico, y sobre todo que no nos mostremos inferiores en patriotismo a los nicaragüenses, que prefirieron ver alejarse de su hermoso lago los vapores que hacían el servicio en él, dándole animación y vida, a aceptar las humillantes condiciones de *cuasi soberanía* que exigían los plenipotenciarios americanos, según lo expresa *monsieur* Reclus (Nota del traductor).

su estrecha banda de verdura las inmensas aguas azules de los dos grandes océanos del mundo, no debe continuar siendo una aterradora soledad, donde germinen esparcidos embriones de ciudades. Algún día, los pueblos de la tierra se darán cita en aquel punto, Constantinoplas y Alejandrías se levantarán en las embocaduras de sus ríos; sus pantanos se transformarán en campos fértiles, y el volcán pagano de Momotombo, que, según la tradición, se engullía a los misioneros cristianos, admitirá sin duda en sus extensos flancos a los pacíficos leñadores y agricultores.

▪ II

▪ EL NARCISO — PORTOBELO — LOS INDIOS DE SAN BLAS

DESEABA IR HASTA PANAMÁ para conocer el istmo en toda su anchura y contemplar las aguas del océano Pacífico, pero habría tenido que esperar durante un día y una noche la marcha de un tren, y confieso que la permanencia en un hotel construido al borde de un pantano me halagaba muy poco. Además me urgía llegar al pie de la Sierra Nevada, objeto principal de mi viaje, y me despedí de mis compañeros de travesía⁵.

⁵ Reunidos al día siguiente —17 de agosto de 1855— a los novecientos pasajeros del vapor de Nueva York el Illinois, estos viajeros llegaron a creer que tendrían que sostener un sitio en regla contra los habitantes de Panamá: diecisiete de entre ellos murieron a cuchillo. Un norteamericano se había robado una sandía y disparó un revólver sobre el panameño que quería recobrarla. Esta fue la señal del combate. Los americanos vencidos se vieron obligados

El vapor inglés que hace el servicio regular de las costas de la Nueva Granada tardaría casi dos semanas, por lo cual me apresuré a ir al puerto, a fin de inquirir si había alguna goleta que partiese para Cartagena. Felizmente apercibí una pequeña cáscara de nuez que levaba el ancla; apenas tuve tiempo para enviar por mis baúles y tirarme en un esquife, saltar a bordo de la goleta, que ya principiaba a bordear frente a Aspinwall, descendí a la bodega para depositar mis efectos entre dos sacos de cacao, y cuando subí la peligrosa escalera, estábamos en medio de la bahía.

El Narciso era una pequeña embarcación destrozada, del porte de 24 toneladas, y tan mal distribuida que el único espacio en que uno podía pasearse no tenía más de dos metros de largo. De momento en momento las crestas de las olas nos ocultaban el horizonte, y se hubiera dicho que a lo lejos la ciudad saltaba del seno del mar para volver a sumergirse en él. A cada nueva ola nuestro mástil de bauprés se sumergía en parte, y el agua corría hasta la popa. El espacio que quedaba seco era muy pequeño; había necesidad, sin embargo, de contentarse con él, y yo me instalé lo mejor posible, con los pies contra el borde de la boca de la escotilla, la espalda apoyada contra el bordaje, el brazo pasado alrededor de un cable; traté de formar un solo cuerpo, por decirlo así, con la embarcación, y permanecer inmóvil como un tronco amarrado en el puente. Esta posición me permitió contemplar a mi gusto las ondas espumosas, en medio

a batirse en retirada, y se salvaron gracias a la intervención de la Policía y de la fuerza armada.

de las cuales jugueteaban transparentes medusas, mientras que los tiburones las hundían con sus aletas dorsales, triangulares y cortantes como la cuchilla de una guillotina.

La tripulación de El Narciso se componía de cuatro hombres: el propietario, el capitán, el marinero y el grumete. El primero era un negro hercúleo, de fisonomía llena y placentera: acostado sobre el puente, miraba con satisfacción profunda las velas de su nave, infladas por el viento, los sacos de cacao amontonados en la bodega y aun al humilde pasajero tendido a su lado; gozaba voluptuosamente el privilegio de poseer, y miraba con ternura las ondas sobre las cuales flotaba su goleta; entregado enteramente a su dicha, rara vez se dignaba ocuparse de la manobra ni de prestar mano fuerte cuando se trataba de halar una cuerda o de virar de bordo. Por lo demás era de una dulzura inefable, y deseaba ver a todos sus compañeros tan dichosos como él; si el capitán no hubiera mandado, si el marinero y el grumete se hubieran cruzado de brazos, se habría dejado estrellar apaciblemente contra un arrecife, sin que la satisfacción pintada en su fisonomía se hubiera turbado. Verdadero tipo del negro de las Antillas, se decía cosmopolita, flotaba de ola en ola, de tierra en tierra como un ave marina; hablaba igualmente mal todas las lenguas, todos los patuás de los pueblos establecidos alrededor del mar Caribe, y respondía indiferentemente a los nombres de don Jorge, Juan, o Juan Jacobo.

El capitán era un joven hermoso, activo pero charlatán, impaciente, colérico, que no ocultaba el desprecio que le inspiraba su plácido armador; sin embargo, tenía el

buen sentido de no zaherirlo. Hijo de un francés casado en Cartagena, José María Mouton, tenía sin duda los rasgos de su padre, sus maneras y su vivacidad, pero había adquirido los hábitos y las supersticiones del país y no sabía ni una palabra de la lengua de sus antepasados; sus ojos me seguían con una curiosidad importuna. Pronunciaba cada palabra con el acento de la provocación, y no se dulcificaba un poco sino cuando se dirigía al marinero. Este, siempre silencioso, adivinando el menor deseo del capitán, trabajando sin descanso en las velas, en las cuerdas, en las cadenas, me parecía un ser indefinible. No solamente no hablaba, sino que tampoco miraba, y caminaba sin ruido, deslizándose como una sombra de la proa a la popa de la goleta. ¿A qué raza pertenecía? ¿Era negro, español o mestizo? Su piel negra podía haberse curtido por las lluvias, las tempestades, las nieblas, los soles; sus ojos han podido ser empañados por el espectáculo de esos millares de olas que se suceden sin fin unas a otras en la superficie de los mares. Poco me habría asombrado al saber que él era ese holandés volante que hace siglos vaga sobre el océano, y algunas veces, cuando la tempestad se prepara, agita delante de las naves sus grandes brazos cargados de bruma. En cuanto al grumete, era simplemente un pilluelo sucio y perezoso como una serpiente: dormía siempre, y el capitán no podía despertarlo sino a puntapiés.

Don Jorge, cuyas comidas eran numerosas y abundantes, ocupaba el resto de su tiempo en seguir con las miradas las redes y anzuelos que había asegurado a los flancos de la embarcación, y que daban botes en la estela

luminosa. Durante la primera jornada, su pesca fue particularmente fructuosa: sacó del agua muchos peces cuyos nombres bárbaros, tomados de una especie de patuá hispano-indio, he olvidado; después logró coger una dorada, y en fin un tiburón joven, de cerca de dos metros de largo. Para coger esos animales, los marineros cortan un pedazo de tela blanca en forma de pez volante y lo adhieren a un anzuelo que arrojan en la estela; enseguida se ponen a silbar como silban los vaqueros cuando conducen el ganado al abrevadero. El confiado pez, seducido por esta llamada, se arroja sobre el retazo de tela blanca, traga el anzuelo... y los que no han tenido vergüenza de engañar a un tiburón lo sacan a bordo, lo matan a golpes, lo hacen pedazos; después, saboreando con anticipación su festín, hacen freír gozosamente algunos pedazos. Se asegura que los náufra- gos de la Méduse prefirieron casi devorarse unos a otros a comer tiburón; sin embargo, yo me atreví a aproximar mi asiento a la mesa de la tripulación y satisfice mi apetito con la carne del pobre animal. La encontré buena; pero mientras la saboreaba, no podía apartar de mí un pensamiento: ¿de qué me quejaría yo, si los amigos del tiburón vengasen un día en mí a su hermano asesinado? Así va el mundo.

Llegada que fue la noche, el capitán, que en todo el día no había dirigido la palabra a don Jorge, se aproximó a él, y, vuelto comunicativo por la dulce y misteriosa influencia de la noche, condescendió en entrar en conversación. Primeramente habló de negocios, después de viajes, enseguida de fantasmas, y pronto le oímos referir una leyenda del tiempo de la Inquisición, llena de horribles detalles. Era la

historia de un alma cargada de crímenes oscilando en la boca del infierno, la cual se disputaban los ángeles y los demonios. Al fin, triunfaron estos, y el alma desesperada se sumergió en las terribles llamas del abismo. Esta sería quizás la milésima vez que el capitán recitaba esta leyenda porque sus palabras, que no tenía necesidad de buscar, se desarrollaban en frases precisas y sonoras, y desplegaba cierta elocuencia salvaje en la pintura de los tormentos infernales. Don Jorge, feliz con este relato, que estimulaba su digestión, gozaba visiblemente con su propio miedo, mientras que el grumete, apoyado en los codos y tendido sobre el vientre en medio del puente, fijaba sus ojos ardientes en el capitán y sentía que el alma se le escapaba de espanto. En cuanto al marinero, siempre solitario, se mantenía firme en la proa de El Narciso, y su alta estatura, que medio se alcanzaba a distinguir a través de los aparejos, se delineaba, como un negro fantasma, en el mar fosforescente.

Una fuerte lluvia puso fin a nuestra conversación, y capitán, armador, grumete, pasajero, nos apresuramos a descender a la bodega arrojándonos sobre los sacos de cacao que debían servirnos de lechos. Mis compañeros, acostumbrados a esta clase de camas, se durmieron bien pronto profundamente; pero a mí me fue imposible imitarlos. Los granos de cacao, duros como pequeños guijarros, se me entraban en las carnes; espantosas cucarachas, las más grandes que he visto en mi vida, me picaban los brazos y las piernas y se paseaban por mi cara; el aire condensado de la bodega, y sobre todo el penetrante olor del cacao, me sofocaban. A cada instante subía la escalera para

respirar un soplo de aire puro en la boca de la escotilla, pero la lluvia incesante me obligaba a encerrarme otra vez en el antro malsano en donde mis compañeros soñaban sueños de oro. Hacia la mañana, vencido por la fatiga, me dormí con un sueño febril y agitado.

Cuando desperté, El Narciso doblaba uno de los promontorios poblados de árboles que guardan la entrada de Portobelo, el antiguo Puerto de Oro de los españoles, adonde los galeones venían a cargar los tesoros del Perú. La lluvia había cesado, una niebla ligera flotaba aún sobre los montes, chispas de espuma blanca saltaban de los contornos de la ribera. A la verdad, el mar y las montañas, iluminados por el sol naciente, ofrecían un espectáculo admirable, que yo apenas contemplaba; no podía separar las miradas de las extensas selvas tropicales, que se me presentaban por la primera vez en toda su magnificencia. Hasta ignoraba si realmente eran selvas las que tenía delante de mí, porque no distinguía los árboles, y durante largo tiempo creí estar delante de una gigantesca roca cubierta de musgo y helecho. En la zona tórrida puede decirse que el árbol no existe; ha perdido su individualidad en la vida de unión estrecha, y puede decirse que es una simple molécula en la gran masa de vegetación de que hace parte.

Un roble de Francia ostentando sus grandes ramas de corteza rugosa, enterrando sus enormes raíces en el terreno hendido, sembrando la tierra de innumerables hojas secas, parece siempre independiente y libre, aun cuando esté rodeado de otros robles; pero nunca se presentan aislados

los más bellos árboles de una selva virgen de la América del Sur. Ligados los unos a los otros, atados en todos sentidos por cuerdas de bejuco, cubiertos por las plantas parásitas que los oprimen y beben su savia, parecen no tener existencia propia. Las influencias de los climas son las mismas para los pueblos y para la vegetación: es en las zonas templadas que especialmente se ve al individuo separarse de la tribu, lo mismo que al árbol aislarse del bosque.

Poco a poco nos aproximamos a la estrecha garganta del puerto, y poco a poco la escena se presentaba más espléndida. Dos colinas cada una con las minas de un antiguo castillo se levantan la una enfrente de la otra; en la base de estas prominencias, los cocoteros se inclinan hacia la superficie del mar; las aves marinas se mantienen graves e inmóviles en las esparcidas rocas. Desde la cima hasta el pie de las colinas, no se ve sino un tumulto, un océano de follaje; bajo esta masa que se inclina y se levanta al soplo de los aires, apenas puede concebirse el suelo que las sostienen; fácilmente podría creerse que la selva entera tiene sus raíces en el mar y que flota sobre las aguas como una enorme planta piramidal de doscientos metros de altura. Todas las ramas están entrelazadas las unas con las otras, y el menor movimiento se transmite de hoja en hoja a través de la inmensa y verde campiña. Sin embargo, las colinas son muy escarpadas, y para ligarse unos a otros los árboles, grandes masas de ramas, bejucos y flores se esparcen de cima en cima, semejantes a los hilos de una catarata. Es un Niágara de verdura.

En fin, El Narciso echó el ancla casi a la sombra de la misteriosa selva, la lancha fue arrojada al mar, y tomando

el marinero silenciosamente los dos remos, nos hizo seña de saltar a ella. Íbamos a hacer una pequeña excursión a tierra. Mi emoción, tan fuerte ya, se aumentó cuando el esquife se detuvo, y saltando de piedra en piedra, llegué a la playa sembrada toda de conchitas amarillas y rojas. En pocos segundos llegué a la desembocadura de un riachuelo que desciende en pequeñas cascadas de las profundidades del bosque y, remontando este camino abierto por las aguas, me interné en el oscuro portillo que delante de mí se prolongaba.

Es imposible no sentir una extraña conmoción física cuando uno deja tras de sí la atmósfera ardiente y luminosa, para penetrar bajo la sombra húmeda y solemne de una selva virgen. A pocos pasos del mar, podía creerme internado a cien leguas del continente; por todas partes una confusión inextricable de ramas; por todas partes misteriosas profundidades en que la mirada se atreve apenas a fijarse; a mi rededor, rocas cuyas paredes desaparecían bajo el follaje entrelazado; sobre mi cabeza, una bóveda de verdura a través de la cual penetraba una media luz que se reflejaba en una y otra rama. ¡Qué diferencia entre estos bosques tropicales y nuestras selvas calmadas y raquíticas, y nuestros bosques tajados, en que cada árbol herido por el hacha se presenta débil como un enfermo y tuerce con angustia sus brazos delgados y sin gracia! En los países amados del sol, a los árboles gigantescos que la tierra alimenta les circula bajo la corteza una savia fuerte e impetuosa, y podría decirse que el suelo, el agua y la roca se amalgaman allí para entrar más rápidamente en el círculo de la vida

vegetal. Las cimas son más altas y cubiertas de vegetación, el color de las hojas y de las flores más variado, los aromas de estas son más acres; y no es el reposo, es el terror lo que se experimenta bajo estas tenebrosas sombras.

Con precaución, con paso sigiloso y vacilante, avanzaba sobre aquel terreno. Lagartos y otros reptiles que se veían al borde del riachuelo, desaparecían en la maleza haciendo gran ruido en la hojarasca; delante de mí se condensaba la sombra; me detuve, pues, y me senté sobre el borde de una roca en la cual el agua había cavado un pozo siempre murmurante y lleno de espuma. Volviéndome, veía, a la extremidad del portillo oscuro por el cual había penetrado en la selva, el fondo de una pequeña ensenada, en donde las ondas azules con franjas plateadas venían a morir sobre la arena de una blancura deslumbrante. Permanecí largas horas sobre la roca, mientras que don Jorge dormía la siesta en la playa a la sombra de un *caracolí* de extensas ramas⁶.

Mi segunda visita fue para la ciudad de Portobelo, en donde el capitán Mouton, vestido con su ropa de fiesta, quería, decía él, comprar algunos sacos de cacao; en realidad iba sencillamente a requebrar a una *señorita*. En cuanto a mí, me apresuré a recorrer las calles de Portobelo para descubrir en ellas los vestigios de su esplendor de otro tiempo. Se reducían a muy poca cosa: miserables chozas cubiertas de cañas o de hojas de palma han reemplazado

⁶ *Anacardium caracoli*, árbol magnífico que tiene las dimensiones de nuestros castaños.

las vastas construcciones españolas; aquí y allá se levantan algunos lienzos de pared habitados por las serpientes y los lagartos; los árboles han introducido sus raíces en los bastiones de la fortaleza que dominaba la ciudad, y bien pronto no quedará piedra sobre piedra. La población, compuesta de negros y mestizos en número como de ochocientos a novecientos, es asquerosa por sus harapos y su desaseo y pasea orgullosamente su indolencia a lo largo de la playa. Las mujeres son las únicas que trabajan: pilan el maíz o asan los plátanos para las comidas de sus maridos y amos, llenan los sacos de cacao, conducen sobre las cabezas pesados cántaros de agua de que se proveen en una fuente distante. En lugar de la flotilla de galeones que se reunía en otro tiempo en el puerto, protegido por el cañón de las fortalezas, tres o cuatro goletas armadas por un negociante de Jamaica, el judío Abraham, se balanceaban perezosamente sobre las ondas, no lejos de pequeños almacenes de depósito pertenecientes al mismo propietario. Cada 15 días, el vapor inglés que hace el servicio de Saint Thomas a Aspinwall entra en el puerto, no para tomar o dejar pasajeros, sino únicamente para renovar la provisión de agua.

Antes de la construcción del camino de fierro del istmo, el primer trazado designaba a Portobelo como punto de partida de la línea férrea. El comercio habría encontrado allí la inapreciable ventaja de un excelente puerto, y los ingenieros solamente habrían tenido que seguir el antiguo camino de los españoles, hoy simple sendero obstruido por la maleza. Después, la insalubridad de Portobelo, más

espantosa aun que la de Aspinwall, modificó los planes de la compañía. En efecto, al este de la ciudad se extienden vastos pantanos adonde el agua dulce y el agua salada conducen con el flujo y reflujo plantas en descomposición; bosques de paletuvios crecen en el terreno movedizo a algunos pasos de las barracas, y las colinas que se levantan a la entrada del puerto impiden que las brisas renueven el aire corrompido que pesa sobre la ciudad. Continuamente se forman encima de esta hondonada, rara vez batida por los vientos, nubarrones que descienden en lluvias diarias. Puede decirse que la hoya de Portobelo es un cráter siempre humeante de vapores y miasmas.

El capitán no terminó hasta la caída del crepúsculo la importante compra de tres sacos de cacao, y las estrellas brillaban ya en el cielo cuando nuestra lancha tocó los flancos de la goleta. Arrullado con la esperanza de un sueño agradable que compensara el insomnio de la noche precedente, me apresuré a envolverme en una vela extendida sobre cubierta. Apenas había cerrado los ojos cuando una fuerte lluvia me obligó a buscar un refugio en la bodega. Desde que la nube que nos había obsequiado con ese baño desapareció, salí de nuevo de mi antro para agazaparme en un pliegue de la vela, pero otra nube vino bien pronto a descargarse sobre mi cabeza. Conocí que debía resignarme una vez más a los tormentos del insomnio. Pasé la noche entera, ya arrojado del puente por las sucesivas lluvias y forzado a descender a la bodega de repugnantes olores, ya subiendo a la cubierta humedecida por la lluvia, tomando al vuelo por decirlo así algunos instantes de

sueño fugitivo. Las voces extrañas que salían de las selvas vecinas, sobre todo los *chillidos* de una rana, que por sí sola hacía más ruido que un perro campesino, contribuyeron particularmente a hacerme difícil el reposo.

Al apuntar el día, el capitán hizo levar el ancla y largar las velas de El Narciso. Este, pésimo andador, no se apresuraba por salir de la garganta, tanto más cuanto que los vientos, que soplan casi siempre en estos parajes de nordeste a sudoeste, rechazan hacia el puerto las embarcaciones que intentan dejarlo. Estuvimos bordeando toda la mañana, arrojados por el viento de uno a otro promontorio. Para continuar directamente nuestro camino era necesario doblar la roca de Salmedina o de Farallón Sucio, que dirige hacia el este su torre escueta rodeada de negros arrecifes. Cuando ya nos alejábamos como una milla, una nueva bordada nos conducía siempre cerca de esta torre formidable, cuyos escollos aparecían y desaparecían sucesivamente como monstruos marinos que jugueteaban en las olas bramadoras. Una vez el viento se coló en las velas fuertemente en el momento en que el capitán acababa de pronunciar las palabras sacramentales: «¡Para a virar! ¡Vaya con Dios!»». Y la goleta, dirigiéndose rápidamente y en línea recta hacia Salmedina, hendió las olas blanquecinas que se estrellaban en la base de la roca. El capitán, el marinero, el grumete y yo mismo nos esforzábamos inútilmente, apoyados contra la verga, para vencer la resistencia de la vela, mientras que don Jorge, siempre placentero y sonriendo, dejaba vagar sus miradas por los aparejos de su goleta, que marchaba hacia una pérdida inevitable. Un

enérgico juramento del capitán le hizo levantar sobresaltado: desde que él nos ayudó con su atlética fuerza, la verga cedió, y El Narciso, describiendo en torno de las rocas una gran curva, se dirigió hacia plena mar.

A mediodía habíamos en fin doblado el terrible promontorio, y seguimos a dos o tres millas de distancia la costa que extiende de un extremo a otro del horizonte sus inmensas selvas, en las cuales no se presenta un solo claro. Las montañas cuya cadena uniforme y poco elevada se desarrolla de oeste a este parecían mucho más elevadas de lo que son en realidad, a causa sin duda del interpuesto velo de cálidos vapores que agrandaba extraordinariamente sus proporciones. Vimos presentarse, después desaparecer unas tras otras, las puntas que esas montañas proyectan en el mar, Punta Pescador, Punta Escondida, Punta Escribanos, todas semejantes por sus espesos bosques y circundados de mangles. El mar estaba tranquilo, la brisa inflaba apenas las velas de nuestra goleta, y esta hendía pesadamente las ondas, cuya ligera espuma iba a perderse en torbellinos a los lados de la estela. Continuamos así nuestro curso marítimo todo el día, y la noche nos sorprendió antes de que hubiésemos doblado el cabo de San Blas.

A la siguiente mañana, estábamos en medio del archipiélago de las Mulatas, cuyas islas «más numerosas que los días del año» están esparcidas en el mar en una gran extensión. Nosotros contamos más de sesenta en un horizonte extremadamente reducido por la bruma, y a medida que avanzábamos, veíamos surgir otras nuevas del seno de las aguas tranquilas. Todas estas islas bajas que parecen

reposar sobre la superficie de un lago como los jardines flotantes de Cachemira están cubiertas de cocoteros cuyas semillas han sido conducidas allí por las olas desde que los españoles introdujeron este árbol en el continente de América. Algunos islotes son de tal manera pequeños, que sus cinco o seis cocoteros de penacho encorvado los asemejan a grandes abanicos verdes desplegados sobre el agua transparente. Otros, al contrario, ocupan una gran superficie, y las chozas de los indios se agrupan aquí y allá a la sombra de sus bosquecillos, pero todos son redondos u ovalados. Un aeronauta que por primera vez contemplase este archipiélago desde lo alto de su globo, no podría menos de comparar las Mulatas a gigantescas hojas de nenúfar abiertas sobre la superficie apenas rizada de un pantano.

Cuando nuestra goleta pasaba cerca de un pueblecillo, una canoa hecha del tronco de un árbol, se destacaba de la ribera y se dirigía hacia nosotros, trayendo tres o cuatro indios. Desde que los remeros llegaban al alcance de la voz, levantaban en el aire sus remos para testificar sus intenciones pacíficas, y nos enviaban saluciones en mal español; enseguida, después de haber asegurado su canoa al costado de la goleta, saltaban al puente, reían para animarnos y disponernos en su favor, y nos ofrecían con voz cariñosa sus sacos de cacao, sus plátanos, o encantadores *pericos* verdes, anidados en *calabazos*, que se picoteaban y pellizcaban de la manera más linda del mundo. En cambio aceptaban géneros de algodón, madejas de lana y monedas americanas. Estos indígenas pertenecen a la tribu de los indios de

San Blas: son de pequeña estatura, fuertes, rechonchos, gruesos; tienen las mejillas rollizas, los pómulos salientes, el cabello negro y lustroso, los ojos penetrantes, frecuentemente untados de grasa alrededor, la tez color de bronce, pero más blanca que la de la mayor parte de los indios del continente. Conservan hasta una edad muy avanzada el aire de niños burlones, y la felicidad de la vida brilla en sus miradas. Al ver sus encantadoras islas esparcidas en el mar, sus cabañas escondidas en los bosques de cocoteros, uno se pregunta si convendría desear que los americanos o los ingleses, obreros del comercio, vinieran pronto a explotar esas selvas de palmeras para quebrantar su nuez, reducirla a *koprah*⁷, y exprimirla el aceite. ¿El imperio de Mammón, bastante extenso ya, debe aumentarse con estas islas afortunadas, a fin de que nuevas mercancías se amontonen en los muelles de Liverpool y que los cofres de los armadores de Nueva York se llenen más aún?

Estas poblaciones son felices: el comercio, tal como hoy se comprende, ¿no podría darles, en cambio de la paz, otra cosa que una servidumbre encubierta, la miseria y los goces salvajes bebidos en el aguardiente? La bella palabra civilización ha servido frecuentemente de pretexto para el exterminio más o menos rápido de tribus enteras. ¡Espere-
mos para arrastrar a estas en el gran movimiento comercial de los pueblos, a que podamos llevarles en nuestras naves, con mayor felicidad, la justicia y la verdadera libertad!

⁷ Pedazo de nuez pilada y despojada de la corteza.

De buena voluntad habría seguido a los indios de las Mulatas y héchome, al menos por algunas horas, ciudadano de su república; habría querido interrogar a los ancianos sentados a las puertas de las cabañas, ver a las mujeres ocupadas en los trabajos domésticos, asistir de lejos a los juegos de los niños que enteramente desnudos su revolcaban en la arena de la playa, pero don Jorge, siempre ocupado en su pesca, me suplicó que dejara continuar su rumbo a la embarcación con la esperanza de que numerosos peces se dejaran seducir por el cebo que jugueteaba en la estela. No me quedó, pues, otro recurso, que contemplar tristemente esas islas a medida que desaparecían una tras otra. En fin nos deslizamos lentamente al lado de la última; por largo tiempo vimos elevarse las palmeras sobre la superficie de las aguas, semejantes a una bandada de aves gigantescas; enseguida se desvanecieron poco a poco, y nos encontramos en pleno mar Caribe.

La travesía del archipiélago de las Mulatas a Cartagena duró ocho días, es decir, que nuestra goleta, mucho menos rápida que una tortuga de mar, avanzaba como una milla por hora, a pesar de que teníamos la corriente y frecuentemente los vientos en nuestro favor, pero El Narciso era de forma tan pesada, sus miembros todos estaban tan dislocados, que apenas marchaba más aprisa que una de esas producciones marítimas arrastradas por las olas. En sus viajes de regreso, emplea a veces más de tres semanas para llegar a Aspinwall, porque entonces tiene que vencer la resistencia de los remolinos que se forman en el golfo de Urabá por la gran corriente ecuatorial, cuyas aguas vienen a estrellarse contra las costas de la América Central, y

rebotan a derecha e izquierda siguiendo las costas. En cualquier otro mar, expuesto a bruscos cambios de viento y a violentas ráfagas, El Narciso no habría podido emprender un solo viaje sin correr el riesgo de zozobrar. Felizmente ni en el seno del golfo de Urabá, ni en las demás costas de la Nueva Granada, hay tempestades jamás. Los huracanes, que producen frecuentemente efectos tan desastrosos en las pequeñas y grandes Antillas, tienen siempre su origen a la entrada del mar Caribe, más arriba de la gran corriente ecuatorial, y desarrollando su inmenso torbellino que se agranda sin cesar, van a morir en las costas de los Estados Unidos o en los bancos de Terra Nova, después de haber removido las ondas, despedazado las naves, pulverizado las ciudades y los campos, pero en su curso terrible jamás desfloran siquiera los mares felices de la república granadina. Allá, todas las olas, conmovidas poco a poco por las tempestades de otros climas, se desenrollan con la regularidad de las ondulaciones que la caída de una piedra produce en un lago. Enormes y prolongándose paralelamente de un horizonte al otro, marchan impelidas por el soplo siempre igual de la brisa y levantan silenciosamente las naves sin quebrarse en sus bancos. Del fondo de los extensos valles que las separan, saltan por millares peces alados que, semejantes a los pájaros en los surcos de un campo, atraviesan de un solo salto las crestas de las olas y van a caer más allá en el agua transparente.

El séptimo día, El Narciso llegó al archipiélago de San Bernardo, cuyas islas, casi todas bajas y cubiertas de bosques como las de las Mulatas, cubren el mar al norte del

golfo Morrosquillo. La goleta se abrió pesadamente una vía a través de este dédalo de islas que proyectan en los estrechos, peligrosos bancos de arena, y después de haber seguido durante toda la mañana la costa de la Nueva Granada, vino a echar el ancla en una pequeña ensenada de la isla Barú, no lejos de Bocachica, la entrada de la bahía de Cartagena. El capitán no confiaba suficientemente en su habilidad para atreverse a guiar su resabiada goleta por entre los escollos del paso; por lo que a mí toca no pude menos de celebrar la resolución de esperar hasta el día siguiente para ver mejor las ruinas de esta otra Sebastopol, tan formidable en tiempo de la dominación española.

▪ III

▪ CARTAGENA DE INDIAS — LA POPA — LA FIESTA

AL SALIR EL SOL, EL NARCISO entraba, viento en popa, en el canal de Bocachica, apenas de unas pocas brazas de ancho, y sin embargo bastante profundo para admitir los mayores navíos de guerra. De cada lado se distinguen las rocas agudas esparcidas en el fondo del agua argentada; a medida que se avanza, la cintura de arrecifes se estrecha alrededor del tortuoso canal, mostrándose los escollos en todas direcciones; es imposible no estremecerse al pasar cerca de ellos. A algunos metros de distancia, sobre la izquierda, al pie de un promontorio de la isla de Tierra Bomba, se levantan las blancas murallas de un fuerte, cubierto hoy de arbustos y espinos; a la derecha, sobre un islote de rocas amarillentas, rodeado de arrecifes, una ciudadela minada por las olas despliega por encima de los escollos la larga línea de sus bastiones con las troneras vacías; a lo

lejos, a la extremidad de la isla Barú, toda verde de mangles, se presentan las ruinas de otro fuerte igualmente vasto. Tal era la primera línea de fortificaciones que protegía la entrada del puerto de Cartagena. En el último siglo fue forzada por el almirante Vernon, a quien, mejor defendida, habría podido oponer una resistencia invencible. Es verdad que este almirante fracasó ante la segunda línea de fortificaciones, y que siete mil ingleses pagaron con su vida esta tentativa audaz.

Después de haber bordeado durante algunos minutos, entramos en la rada de Cartagena, cuyas aguas tranquilas tienen una superficie de 18 millas cuadradas. Completamente resguardada hacia el lado del mar, al sur, por la isla de Barú; al oeste, por la isla de Tierra Bomba y por arrecifes y bancos de arena; al norte, por el archipiélago sobre el cual está construida la ciudad de Cartagena; esta rada se desarrolla en un magnífico semicírculo que penetra mucho en el interior de la costa. Podría contener flotas enteras, pero allí no había sino miserables canoas. Sobre las colinas, en donde esperaba distinguir algunas huellas del trabajo del hombre, solamente divisé malezas interrumpidas aquí y allá por claros de tierra roja y estéril; dos o tres pueblecillos de indios agrupan en desorden sobre los bordes del agua sus techos cubiertos de hojas. En fin, El Narciso dobló la punta oriental de Tierra Bomba, sobre la cual están construidas las cabañas de Loro, pueblo habitado por pobres leprosos solamente, y a nuestros ojos apareció de repente la antigua ciudad, que en tiempos pasados se nombró con orgullo la *Reina de las Indias*.

Magníficamente sentada en las islas que por un lado miran a la altamar y por el otro a la reunión de las lagunas interiores, que forman el puerto, rodeada de un cinturón de cocoteros, Cartagena parece dormir allí, ¡ay!, y duerme demasiado, a la sombra de La Popa, colina abierta que la domina al este. Dos grandes iglesias cuyas naves y campanarios son mucho más elevados que el resto de la ciudad, se miran una a otra, como dos leones echados, y la larga línea de murallas se extiende, hasta perderse de vista, alrededor del puerto y sobre las riberas del mar. De cerca la escena cambia: las plantas parásitas entapizan las murallas, en las cuales se pasean muy raros centinelas; grandes piedras que se han desprendido de las almenas forman arrecifes contra los cuales vienen a estrellarse las olas; algunos restos de embarcaciones se pudren en la playa del puerto, en el cual flota una que otra goleta; a través de las ventanas de los grandes edificios, cuyos techos se han desfondado, se alcanzan a ver las nubes o el azul del cielo. El conjunto de esta ciudad medio arruinada forma un cuadro admirable y doloroso a la vez, y no pude menos que experimentar un sentimiento profundo de dolor al contemplar esos tristes restos de un esplendor pasado.

El marinero dejó rodar el ancla de El Narciso, y descendí a la lancha con el capitán. En cuanto a don Jorge, no se levantó siquiera para mirar la ciudad. La colocación de su cargamento de cacao lo inquietaba muy poco, su sola preocupación del momento era permanecer a la sombra precaria del palo mayor para continuar su siesta principiada, sin correr el riesgo de sentirse bruscamente despertado por los

rayos ardientes del sol; tuvo, sin embargo, fuerza para dirigirme una semicortesía en señal de despedida, después se volvió de medio lado y se durmió.

Unos pocos golpes de remo bastaron para que llegáramos a las gradas de piedra de la base de la muralla, y penetré inmediatamente en la ciudad por una poterna practicada en la misma muralla. La primera escena de que fui testigo al poner el pie en las calles de Cartagena redobló la tristeza que me había inspirado la vista de sus ruinosos edificios. En una plaza rodeada de casas ennegrecidas y de elevadas arcadas, dos hombres de cabellos lisos, de mirada feroz, tez de color indeciso, se habían agarrado de los girones de sus *ruanas*⁸, desenvainaron, vociferando, sus terribles *machetes*⁹, y procuraban herirse con ellos. A su rededor se agitaba confusamente una multitud ebria y sucia; los unos gritaban con furor: «¡Mátalo! ¡Mátalo!», los otros hacían desviar los golpes de machete, deteniendo los brazos de los combatientes. Durante algunos minutos, vi pasar forcejeando ese torbellino de hombres por encima de los cuales se levantaban y bajaban sucesivamente las lucientes hojas de los sables. Al fin, se logró separar a los dos lidiadores, que seguidos de sus partidarios, se fueron, cada uno por su lado, a una *tienda*¹⁰, donde unos y otros se entregaron, botella en mano, a todos

⁸ Traje análogo al poncho mexicano: esto es un cobertor con una abertura en el centro para que entre por ella la cabeza.

⁹ Sable encorvado.

¹⁰ Taberna, venta de vino y aguardiente.

los demonios del infierno. Las mujeres que habían salido a las ventanas para ver la riña se retiraron a sus habitaciones, y la multitud de espectadores reunida bajo las arcadas se dispersó. Pregunté la causa del tumulto: «¡Son las fiestas!», me respondieron encogiéndose de hombros.

Cuando una ciudad está en decadencia, puede decirse que sus habitantes participan también del deterioro de las cosas. Todo envejece a la vez, hombres y edificios; los meteoros y las enfermedades trabajan de consuno en su obra. Por las calles, que limitan a lo lejos la masa sombría de las murallas y en que se ven conventos llenos de grietas, y elevadas iglesias de oblicuas paredes, pasaban cojos, tuertos, leprosos, enfermos de todas clases; jamás había visto tantos mendigos reunidos. Ciertas encrucijadas me presentaban el aspecto de una *cour des miracles*¹¹. Cuando el comercio o la industria abandonan a una ciudad, gran parte de sus habitantes quedan sin colocación y privados de trabajo en la vida, se agitan durante algún tiempo en busca de nuevas ocupaciones; después concluyen por entregarse al vicio y se embrutecen tanto física como moralmente. Tal es la desgracia que ha herido a la noble Cartagena de Indias. Pensé entonces involuntariamente en esos puertos en que durante las horas de la marea retozan las olas entre las naves con velas desplegadas; en que circulan incesantemente las embarcaciones conduciendo alegres marineros,

¹¹ Nombre que se daba en París, en la Edad Media, a muchas callejuelas y otros lugares habitados por pillos de profesión y por rateeros (Nota del traductor).

y en que todo presenta un cuadro lleno de animación y de vida, pero viene la baja marea y solamente queda el fétido fango en que hormiguan los gusanos en busca de asquerosos despojos.

Hace doscientos años, Cartagena servía de depósito al comercio de las islas Filipinas y del Perú, y monopolizaba enteramente el de la América Central y Nueva Granada. Entonces todo gran puerto mercante debía ser al mismo tiempo un puerto de guerra, especialmente en un mar como el Caribe, que en cada ola llevaba un pirata. De todos los puntos de la costa por donde pudieran exportarse para Europa los productos de la hoya del Magdalena, uno por excelencia, Cartagena, presentaba facilidades para la defensa y, por esta razón, el gobierno español le había dado el monopolio de los cambios en una longitud de 3.000 kilómetros de ribera. Después las cosas cambiaron, las colonias españolas se independizaron de la madre patria, puertos libres se abrieron al comercio del mundo en todas las costas del mar Caribe y del golfo de México; la paz llegó a ser el estado normal de las naciones y ha sido permitido cambiar las mercaderías en otras partes mejor que bajo la boca de los cañones. También la prosperidad facticia de Cartagena, que reposaba en el monopolio, se desvaneció con la libertad; la población, cada vez más miserable, disminuyó como dos tercios y al presente no alcanza ni a la cifra de diez mil almas. Hace algunos años que el Congreso granadino, con el laudable deseo de hacer revivir el comercio de la ciudad caída, expidió una ley exceptuando del pago de los derechos de aduana a las mercaderías que se importaran

a Cartagena¹². El Gobierno ha restablecido pues el monopolio bajo una forma disfrazada, porque en todos los otros puertos de la República los derechos se elevan por término medio al 25 por 100. Los defensores de la ley sostenían que era necesario dar esta recompensa a la hija primogénita de la libertad, o la ciudad que sacudió primero el yugo de la España, pero en nombre de la libertad, ¿no habría sido más justo mantener a todos los puertos en el derecho común y rebajar uniformemente las tarifas de importación? No es sobre el privilegio que Cartagena podrá fundar jamás una prosperidad seria.

Sin embargo, es seguro que la antigua reina de las Indias se levantará de sus ruinas, porque su posición geográfica es admirable. Sentada en las riberas de un mar sin tempestades, situada poco más o menos a igual distancia del golfo del Darién, en que desemboca el Atrato, y del río Magdalena, servirá necesariamente temprano o tarde de intermediaria comercial entre las hoyas de estos dos poderosos ríos; solamente está separada de Aspinwall y de otros puertos del istmo por la anchura de un golfo estrecho, y puede comunicarse con esos diversos puntos más rápidamente que todas las otras ciudades de la República; su rada es una de las más bellas del mundo entero y muy fácilmente podrían cavarse en ella diques flotantes o de carena, necesarios hoy en todos los grandes puertos comerciales. La entrada de Bocachica es demasiado estrecha quizás; pero ¿por qué no se limpia Bocagrande, ancho brazo de mar,

¹² Esta ley fue derogada posteriormente (Nota del traductor).

que separa de la isla Tierra Bomba la punta arenosa de Cartagena? Antes de 1760, época en la cual el gobierno español, en guerra con los ingleses, hizo obstruir ese estrecho con piedras y arena, presentaba un canal suficientemente profundo para los más grandes navíos. Que se abra nuevamente para ahorrar a las embarcaciones el rodeo y los peligros de la entrada por Bocachica, y Cartagena tendrá, por su posición comercial, pocos rivales en el mundo.

A la ventaja de poseer un admirable puerto de mar, Cartagena reúne la de poder adquirir, cuando quiera, un excelente puerto fluvial. Un antiguo brazo del Magdalena que se destaca de este río cerca del pueblo de Calamar, 150 kilómetros arriba de su embocadura, buscaba en otros tiempos una vía más corta hacia el mar, y se derramaba en la rada misma de Cartagena en el pueblecillo Pasacaballos. Muchas compañías, y entre ellas una angloamericana, se han formado sucesivamente para anchar y profundizar este canal o *dique*, en parte extinguido. Ya han penetrado por esta vía al río Magdalena pequeños vapores; falta de dinero, la empresa no ha podido llevarse a buen fin, pero no es posible que dejen de hacerse nuevos esfuerzos temprano o tarde; entonces la arteria central de la república granadina estará en comunicación constante con el mejor puerto de las costas. A recursos naturales de esta especie deben apelar los ciudadanos enérgicos para levantar a la ciudad de su postración y poderle dar el título de capital, sin ironía o sin ridícula vanidad. Desde que la Nueva Granada se constituyó en república federal, Cartagena ha sido el asiento del gobierno del estado de Bolívar, de una

extensión igual a la de diez departamentos franceses, pero la preponderancia política de la nueva capital no le asegurará sino una vida facticia, si el comercio y la industria no se levantan al mismo tiempo.

La catedral es el principal edificio de Cartagena, pero solamente presenta restos de su antiguo esplendor. Su alta y amenazante torre está negra y llena de grietas como las torrecillas de un castillo fuerte de Europa; las lápidas que forman el pavimento de la nave se hallan desunidas y las inscripciones borradas. Solamente el púlpito, enchapado de mosaicos de mármol y decorado con figuras de marfil, está aún perfectamente conservado. Esta obra de un escultor italiano presenta encantadores detalles: es uno de los muy raros objetos de arte que se encuentran en el Nuevo Mundo. Yo que venía de los Estados Unidos, ese país en que por amor al arte blanquean los árboles hasta la altura de un hombre, no podía mostrarme descontento, y me sentí verdaderamente conmovido a la vista de esas encantadoras figuras.

Lo mismo que la catedral, los otros edificios públicos de Cartagena, conventos, hospitales, iglesias, son espaciosos, y su extensión ocupa gran parte de la ciudad; pero esos edificios se están desplomando y, como todas las ruinas, ganan con ser vistas desde lejos. Su majestuosa belleza depende en gran parte de la armonía de los contornos y el paisaje que los rodea con sus ondas y sus playas, con el cielo que los cubre con su bóveda infinita. Por esto, me apresuré a subir a las murallas, desde donde podía contemplar al mismo tiempo el mar y ver la ciudad bajo su aspecto más pintoresco. Las murallas, poco elevadas y de muchos

metros de anchura, ofrecen un bello paseo alrededor de la ciudad, embaldosado con grandes losas de piedra. Están tan sólidas hoy como cuando fueron colocadas, y el mar, que mina lentamente la base, apenas ha arrancado algunos pedazos; pero los cañones que asomaban sus bocas por las troneras han desaparecido.

El Gobierno de la Nueva Granada, débil hoy para defender seriamente sus puertos de mar, ha tenido el buen sentido de vender la pólvora y los cañones de Cartagena a un industrial yanqui por la suma de 120.000 pesos, quien hizo cortar en pedazos las cureñas para distribuir las como leña a los pobres. ¡Ojalá todos los pueblos del mundo tomasen una medida semejante! Cuando las naciones cesen de combatir entre sí y formen una perpetua alianza, la república granadina podrá reclamar el honor de haber sido la primera en licenciar su ejército y demoler sus fortalezas.

Después de haber dado la vuelta a la ciudad me dirigí hacia La Popa, cuya masa escueta domina el pequeño archipiélago de Cartagena. Abríme paso a través de los grupos de indios, mestizos y negros que estaban estacionados frente a las *tiendas* en honor de las fiestas, y siguiendo una recua de mulas, ufanas por llevar sus monturas vacías y sus gualdrapas rojas, llegué en pocos minutos a la cima de La Popa. A mis pies se levantaban las torres, las altas murallas, los terraplenes de la ciudadela, cubiertos de árboles y semejantes a jardines suspendidos; a través de las palmas de los cocoteros que guarnecen los contornos de esos terraplenes, se divisaba el agua tranquila del puerto y de los canales; más allá, la ciudad aprisionada en sus murallas macizas

levantaba los campanarios y las faenadas de sus conventos arruinados, y se destacaba negra sobre el vasto semicírculo del mar, resplandeciente con los rayos del sol de ocaso.

Las islas y el continente presentaban el contraste más marcado: por un lado, los islotes esparcidos en medio de la rada parecían selvas flotantes desprendidas de un paraíso terrestre; del otro lado se extendía una cadena de colinas rojizas, desnudas de esa vigorosa vegetación que da a la naturaleza tropical tan maravillosa grandeza; podría decirse que el largo rastro de espuma que orla la costa separaba dos zonas.

Era de noche cuando llegué a la plaza mayor de Cartagena. El palacio de la Gobernación estaba brillantemente iluminado; músicos subidos en una plataforma soplaban en trompetas, trombones, pífanos, zangarreaban violines y contrabajos, con una alegría feroz; la plaza entera estaba transformada en un vasto salón de danza y de juego. Hombres y mujeres bailaban estrechamente enlazados y moviéndose en un inmenso círculo, arrastrados por esa danza tan común en la América española, que consiste en deslizarse imperceptiblemente en el suelo meneando las caderas. El movimiento de los pies no se ve, sino solamente la torsión febril de los cuerpos ligados el uno al otro; se diría que la tierra misma gira bajo los grupos convulsivos, tan silenciosamente avanzan, movidos por una fuerza invisible. Experimenté una especie de terror viendo pasar lentamente, bajo las luces titilantes adheridas a los pilares, esos cuerpos jadeantes y echados hacia atrás, esas figuras negras, amarillas o pintorreadas, todas sacudiendo sobre

sus frentes los desordenados cabellos, todas animadas con miradas centelleantes y fijas: era una danza endemoniada, una algarazara infernal. Largas hileras de mesas de juego, cubiertas de naipes sucios por su mucho uso, se extendían alrededor de la plaza; incesantemente estaban rodeadas de hombres, mujeres y niños, que venían a perder allí a porfía sus *cuartillos* y sus *pesetas*. Un tumulto espantoso se levantaba a cada lance desgraciado, maldiciones y amenazas terribles se cruzaban; sin embargo, no vi relucir en ninguna parte el acero de los machetes.

El aire estaba sofocante y cargado de cálidas emanaciones. Apenas podía respirar y me abrí paso por entre la multitud para huir hacia las murallas solitarias. ¡Qué contraste tan instantáneo entre los hombres y la naturaleza! Grandes reflejos se agitaban sobre las aguas y morían alrededor de los bancos de arena; algunas palmeras se inclinaban aquí y allá en los promontorios; la luna brillaba a través de las grietas de las ruinosas torres; las colinas delineaban en el cielo sus lejanos perfiles; los ecos de la plaza se desvanecían como un vano ruido sin turbar la solemnidad del conjunto; el lento mugido del mar dominaba toda la naturaleza y daba un ritmo lúgubre a la poesía de las ruinas y de la noche¹³.

¹³ *Monsieur* Reclus no permaneció en Cartagena ni veinticuatro horas siquiera, por consiguiente no tuvo tiempo de entrar en relaciones con la parte culta de la sociedad. Si, como nosotros, que hemos estado allí en tres épocas distintas, hubiera tenido ocasión de cultivar esas relaciones, indudablemente que les habría consagrado algunas líneas, bien favorables por cierto (Nota del traductor).

▪ IV

▪ EL CAPITÁN DE PAPELES — SABANILLA — EL BONGO — BARRANQUILLA

YO SABÍA QUE TODO VIAJERO que desembarca en Cartagena debe destinar algún tiempo a visitar el pueblo de indígenas llamado Turbaco y el célebre volcán de cenizas que describió Humboldt. Y, aunque mis huéspedes, alemanes que hablaban todas las lenguas, me daban muy buenas razones para prolongar mi permanencia en la Fonda de Calamar, había oído decir que una excelente goleta se disponía a partir para Sabanilla, y resolví aprovechar esta ocasión, que según todas las probabilidades no se volvería a presentar en mucho tiempo. Al amanecer, tomé una lancha e hice remar vigorosamente hacia La Sirio, cuyo elegante casco se balanceaba en medio del puerto. Contraté inmediatamente mi pasaje y el práctico del puerto que se solazaba en la orilla, retardando así la marcha, obedeció al llamamiento de la bocina, y vino a bordo; fue levada el ancla, las velas

desaferradas, y la goleta dobló el cabo hacia Bocachica. En menos de una hora La Sirio estaba en el canal; el piloto, de pie en la cubierta, daba sus órdenes con prontitud, y los marineros prontos a obedecerle, se suspendían de las cuerdas; a cada bordada la proa casi rozaba las rocas, pero al impulso del timón y de la vela, se volvía bruscamente y se dirigía en sentido inverso. En fin, la goleta pasó la cadena de arrecifes, fue puesta al paio y dos marineros, echando la lancha al agua, condujeron a tierra al práctico.

La Sirio había sido construida en Curazao; tenía un andar aventajado y hendía admirablemente las olas. En pocos minutos, dejamos a nuestra espalda la escarpada ribera de Tierra Bomba y el terrible escollo Salmedina; después, costeano la lengua de tierra arenosa que protege al oeste el puerto de Cartagena, volvimos a ver la ciudad como levantada sobre un pedestal, por encima de la larga línea de sus murallas; luego nos alejamos poco a poco y al fin desapareció tras el alto promontorio de Punta Canoa. Más allá de este cabo divisamos vagamente las islas de la Venta y de Arepa, en seguida se presentó ante nosotros la abierta península de Galera Zamba. Después de haberla doblado, La Sirio no tenía que hacer sino dirigirse en línea recta hacia la entrada del puerto de Sabanilla.

La rapidez de la marcha y la bella apariencia de la goleta pusieron de buen humor al capitán Janssen, y más de una vez hizo circular entre sus marineros la botella de *chicha*¹⁴.

¹⁴ Aguardiente fabricado con el jugo de la caña fermentado (Nota del autor).

El señor Janssen, cosmopolita, reunía en sus venas la sangre de todas las razas que se han establecido en las Antillas, y era un hombre bien diferente de don Jorge. Lo mismo que él consideraba a los marineros y los trataba como a iguales, pero no se contentaba con gozar de la vida tal cual el destino se la presentaba; trabajaba constantemente y no tenía ni un momento de reposo. Aunque navegaba en unas costas que frecuentemente había recorrido, no cesaba de consultar la brújula, de estudiar el rumbo en las cartas marinas, y anotar sus observaciones. Cuando yo le preguntaba algo, me respondía con voz precisa y segura. Al ver su frente recta, sus cejas fruncidas, su boca resuelta, no podía dudarse de que tuviese tanta energía como sus antepasados, los piratas del mar de las Antillas, y al mismo tiempo más inteligencia que ellos.

Al lado del señor Janssen, parecía agonizar un joven cruelmente atormentado por el mareo. Me senté cerca de la almohada en que tenía apoyada la cabeza, y creyendo que era pasajero como yo, le interrogué sobre el objeto de su viaje.

—*Soy el capitán* —me dijo, con débil voz.

—¡Cómo!, ¿y el que está consultando la brújula en este momento no es el capitán?

El aguardiente es una bebida que por destilación se saca del jugo de la caña, y es seguro que esta fue la que se distribuyó a los marineros, pero si en realidad se le dio la bebida fermentada que se fabrica del mismo jugo, esta es conocida en nuestras costas con el nombre de *guarapo* (Nota del traductor).

—*Sí, pero yo soy el capitán de papeles.*

Y me mostró un certificado sellado y rubricado, que le daba en efecto este título. No sé por qué ficción legal estaba obligado a meterse a bordo de una goleta, en que a pesar de haber pasado muchos años, sufría constantemente el martirio del mareo, y en donde su título oficial no le daba ni el derecho de hacer soltar una cuerda. El pobre cautivo era ciertamente digno de lástima. De tiempo en tiempo volvía melancólicamente los ojos hacia dos *titíes* que subían y bajaban por los aparejos, pero ni los saltos más alegres de los dos monos lograban desarrugar su fisonomía triste y enjuta. Solamente durante la comida sonreía ligeramente, viendo a los animalitos saltar alrededor de los platos, apoderarse de las tazas de café hirviendo, cubrirse con ellas la cabeza para absorber más pronto el líquido, y después echarse a rodar dando gritos lamentables.

Después de ocho horas de travesía llegamos frente a la ancha embocadura llamada Bocas de Ceniza¹⁵ en que desagua el brazo principal del río Magdalena, y la que destruyen numerosos bajíos cubiertos de mangles. El capitán se apoderó del timón, hizo girar rápidamente la goleta por entre bancos de arena y la introdujo en un canal cuya agua verdosa y cubierta de despojos vegetales permitía con todo divisar el fondo a tres o cuatro metros de profundidad. Enfrente de nosotros, entre una isla de paletuvios y las escarpaduras de la costa, se extendía una gran laguna

¹⁵ Nombrada así a causa de los montones de arena fina que allí se forman.

en que reposaban muchas embarcaciones ancladas: era el puerto de Sabanilla. Sabiendo que este puerto es el que exporta al extranjero casi todos los productos de la agricultura y de la industria granadinas, buscaba con la vista la ciudad y sus edificios, pero no veía sino una casa blanca recién construida para el servicio de la Aduana y en la cual nadie habitaba. Después me hicieron notar al borde del agua una larga hilera de chozas cubiertas de hoja de palma, y que se confundían de lejos con el terreno rojizo sobre el cual están construidas; tal era la ciudad floreciente cuyo puerto ha sido el heredero del comercio de Cartagena de Indias.

Como no estaba acostumbrado a esta clase de viviendas, me estremecí al ver esas chozas miserables. Trataba de escoger desde lejos, entre esas mezquinas habitaciones, aquella en que pudiera hacerme dar, de grado o por fuerza, la mejor hospitalidad posible. Mi elección recayó en una choza más grande que las demás y notable por el cobertizo exterior sobre que reposaba el techo de hojas. Pertenecía, me dijeron, al señor Hasselbrinck, cónsul de Prusia, el único extranjero que reside en Sabanilla. Apenas desembarqué en uno de los pequeños muelles de madera que han sido construidos delante del pueblecillo, indiqué la casa del cónsul al negro que se encargó de mi equipaje, y le seguí sin inconveniente y sin detenerme ante el puesto de los guardas, que sin duda dormitaban en sus hamacas. En la playa se paseaba un venerable anciano, cuyas facciones tudescas me indicaron ser el cónsul de Prusia. Me dirigí con desenfado hacia su casa, en la cual entré resueltamente,

y recibí enseguida en el dintel mismo de su puerta al sorprendido propietario a quien supliqué en su lengua nativa que se dignase excusar mi atrevimiento. Las pocas palabras alemanas que le dirigí bastaron para decidirlo en mi favor hasta el punto de que tomase a la vez mis dos manos y me diese una cordial bienvenida, con estas palabras: «*Mi casa está a la disposición de usted*». Durante las primeras horas de la noche, me abrumó a cumplimientos, me dio con la mayor amabilidad los informes que le pedí, y en cambio me hizo numerosas preguntas sobre Europa, de la que se había ausentado desde el año de gracia de 1829, pero a tiempo aún para haber ido de Stockport a Portarlington por el único camino de fierro de locomotivas que existía entonces en Europa. El pobre anciano se admiraba aún al recuerdo de ese viaje, y decía que podía morir en paz porque había visto ese triunfo de la civilización moderna. Cuando llegó la hora de dormir, hizo colocar inmediatas dos camas de tijera, a fin de poder prolongar la conversación, y oírme hablar de los progresos cumplidos en Europa y América desde 1830. Al día siguiente por la mañana, se ocupó él mismo de procurarme una embarcación para Barranquilla, y me despedí de él, provisto de una carta de introducción para su hijo, agente de la compañía inglesa de navegación por vapor en el río Magdalena.

El pueblecillo de Sabanilla existe únicamente por su proximidad a la embocadura principal del río, con el cual comunica su puerto por los pantanos del delta. No teniendo la barra más de un metro de profundidad, todas las producciones de las provincias ribereñas, el tabaco, la corteza de

quina, el café, deben depositarse arriba de la embocadura en los almacenes de Barranquilla, para ser transportados de allí trabajosamente por estrechos canales hasta el puerto de Sabanilla, donde se vuelven a cargar a bordo de embarcaciones que calen menos de cuatro metros de agua. Cuando la república neogranadina sea más rica y emprendedora y se ocupe de la mejora de este puerto, tendrá que hacer ejecutar en él grandes obras, porque las arenas de una boca del río Magdalena llamada Boca Culebra, se acumulan a la entrada y, por el impulso de las brisas y de las olas, avanzan continuamente hacia el oeste. Sería relativamente más fácil construir un ferrocarril entre Barranquilla y Sabanilla o, mejor aún, utilizar las bocas pantanosas del río, excavando un canal con la profundidad necesaria para permitir que pasando por él los mayores vapores del Magdalena fueran a atracar al lado de las naves marítimas en la rada misma, pero es probable que los negociantes de Barranquilla retarden por mucho tiempo la ejecución de este proyecto que los privaría de los beneficios que les produce el trasborde de las mercaderías¹⁶.

La embarcación que me facilitó el señor Hasselbrinck era un gran *bongo*, especie de chalana de tablones mal

¹⁶ En 1867 se concedió un privilegio para la construcción de un ferrocarril entre Barranquilla y Sabanilla; en Inglaterra se formó una compañía para llevarlo a cabo: los ingenieros levantaron los planos y los trabajos de la vía se principiaron, pero repentinamente fueron suspendidos estos, sin que se sepa la verdadera causa, y si volverán a emprenderse (Nota del traductor).

igualados y cubierto desde la proa hasta cerca de la popa. Cuatro *zambos*¹⁷ atléticos y medio desnudos, dos de cada lado, se mantienen de pie sobre la cubierta, volviendo la espalda a la proa, y apoyan en el pecho izquierdo lleno de callosidades sus largas *palancas*, cuyo otro extremo va a buscar punto de apoyo en el fondo del agua. Desde que con una palmada se dio la señal de marcha, se apoyaron con todo su peso en las *palancas*, y dando mesuradamente el grito de «¡*Jesús!* ¡*Jesús!*!» se lanzaron con paso gimnástico de la proa a la popa del bongo, después volvieron lentamente hacia la primera repitiendo siempre «¡*Jesús!* ¡*Jesús!*!» y dieron un nuevo empuje. Impulsado por estos cuatro pechos vigorosos, el pesado bongo hendía rápidamente el agua verdosa del puerto, y en pocos instantes vimos desaparecer las cabañas de Sabanilla y el muelle desde donde mi huésped me enviaba sus saludos.

Bogamos así durante más de una hora por una bahía de agua salada cuyas riberas recibían sombra de pequeños mangles, que de lejos se parecían a nuestros sauces de Europa. Después de haber pasado las miserables cabañas llamadas Playón Grande, el bongo dejó de costear la ribera de la bahía, dio una vuelta repentina hacia el norte, y el paisaje cambió bruscamente de aspecto. Estábamos

¹⁷ El nombre de *zambo* no debiera emplearse más que para los hombres de color salidos de negros y mulatos; pero en la Nueva Granada se aplica indistintamente este nombre a todos los hombres de color negro o de sangre mezclada.

en las aguas amarillentas de los pantanos, a la entrada de Caño Hondo¹⁸.

Gigantescas plantas acuáticas lanzaban alrededor nuestro sus tallos oprimidos que terminaban en umbelas, en plumeros, en penachos; casi por todas partes la superficie del agua estaba oculta por grandes hojas de todas formas y colores, que desaparecían bajo las flores que venían a abrirse encima de ellas; muchas capas de vegetación se amontonaban unas sobre otras, y en la estrecha estela que detrás de sí dejaba el bongo, el agua espesa cubierta por abundantes plantas flotantes, aparecía toda sembrada de vástagos vegetales. Aves acuáticas revoloteaban por bandadas en medio de las plantas, y a lo lejos se extendía el horizonte circundado de grandes árboles.

En ese pantano sobre el cual pesaba una atmósfera ardiente y fétida, los zambos se detuvieron para almorzar. Sacaron de una mochila algunas *yucas*¹⁹ asadas en la ceniza, restos de pescados y una botella de chicha, y, haciéndolo circular todo, me invitaron generosamente a participar de su frugal comida. Acepté, pero confieso que el apetito me abandonó repentinamente cuando vi a uno de mis anfitriones remover con el cabo de su palanca los peces muertos que sobrenadaban en gran número en la estela; desecharlos con desdén aquellos cuya cabeza estaba ya manchada de

¹⁸ Los *caños*, en todo semejantes a los *bayons* de la Luisiana, son los canales de agua estancada que comunican los brazos de un río con el mar.

¹⁹ Yuca, raíz *Jatropha manihot*.

líneas amarillas, pescar los otros por medio de un pequeño arpón, y guardarlos cuidadosamente para la comida.

Terminado el festín, los zambos se apoyaron nuevamente en sus palancas, y volviendo a principiar su cantinela, lograron abrirle paso al bongo a través de las plantas acuáticas de todas especies que obstruían la entrada de Caño Hondo. Este canal, que se extiende en línea recta bajo la selva, como una ancha avenida, tiene más de seis metros de profundidad; las palancas apenas alcanzaban al fondo; felizmente el agua, agitada al empuje de la lejana marea, tenía una ligera corriente y empujaba el bongo hacia adelante. Los grandes árboles unían sus ramas frondosas encima de nuestras cabezas, y prolongados bejucos verdes, suspendidos de las ramas, calaban en el agua de la corriente y se balanceaban muellemente a merced de cada remolino; plantas, hojas y flores detenidas por las raíces de los árboles en los bordes del *caño* oscilaban lentamente como islas floridas. Los buitres, posados sobre los troncos podridos, nos miraban pasar, fijando en nosotros sus ojos desdeñosos. Hacia la proa del bongo se veían las formas musculosas de los cuatro atletas, delineadas en el verde sombrío de la selva. De vez en cuando un rayo de sol que atravesaba la bóveda de follaje iluminaba las aguas, los bejucos y los troncos de los árboles con su luz deslumbradora.

Después del Caño Hondo, nuestra embarcación atravesó pantanos cuya agua está cargada de tal manera de despojos vegetales, que en ciertos puntos es un fango líquido en donde las embarcaciones forman negros surcos, levantando emanaciones de un olor pestilencial; enseguida penetramos

en otros canales de riberas fangosas, donde solamente los cocodrilos y las tortugas pueden permanecer sin temor y en los que el hombre que se viese abandonado sin recursos, no viendo a su rededor sino agua, fango y reptiles, se entregaría a la más completa desesperación. Esa naturaleza inhospitalaria me hacía estremecer, y deseaba con impaciencia respirar un aire menos cargado de miasmas funestos, ver un pedazo de tierra en la cual pudiera poner el pie con seguridad. Por fin entramos en un estrecho canal abierto por la mano del hombre a través de un terreno que se eleva algunas pulgadas de la línea de las inundaciones; al punto me pareció que el aire era más puro y me sentí curado de la fiebre que pérfidamente principiaba a inficionar mi sangre. Sin embargo, fue preciso renunciar a seguir viaje en el bongo que me conducía. Un incidente imprevisto me obligó a recurrir a otro medio de locomoción. De repente, en una de las numerosas vueltas del nuevo canal en que habíamos entrado, nos encontramos detenidos por una enorme caldera, enviada de Liverpool para uno de los buques de vapor que se estaban construyendo en Barranquilla. Cargada en un bongo reforzado exteriormente con enormes maderos, debía seguir, como nosotros, la vía tortuosa de los pantanos, pero hacía días que estaba en camino y, según las probabilidades, no llegaría a su destino muy pronto.

Tanto y tan penosamente me sorprendió el aspecto de Sabanilla, cuanto me creí feliz por este encuentro inesperado que ponía en un contraste tan sorprendente a la naturaleza entregada aún a las fuerzas desordenadas del caos y a la victoriosa industria que hace de la tierra una

esclava obediente. Nunca pudo aplicarse mejor la palabra del poeta: «Esto matará aquello», que a esa pesada o inmóvil caja de fierro, encallada en un canal fangoso en medio de inmensos pantanos.

Mis cuatro zambos conferenciaron con sus amigos, instalados sobre la caldera, pero su elocuencia fue inútil, porque la embarcación que nos obstruía el camino estaba perfectamente encallada; para sacarla de allí era necesario esperar refuerzos o una creciente del Magdalena.

Tomé pronto mi partido: mientras que mis compañeros se instalaron en la ribera y comían los pescados tan extrañamente cogidos por la mañana, salté a una canoa, perteneciente a un indiecito que había venido a ofrecer víveres a la tripulación de la caldera y le mandé remar vigorosamente hacia el río. Este estaba más cerca de lo que esperaba, y en menos de media hora la barca en que había tomado pasaje se encontró lanzada en el vasto seno del Magdalena.

En la América Meridional, el Magdalena no le cede en importancia sino al Amazonas, al Orinoco y al Plata, pero ante mí no se presentaba en aquel momento todo el poderoso curso de sus aguas, pues habíamos entrado en uno de sus brazos, llamado Ceniza, cuyo caudal derrama en el mar a algunos kilómetros más al oeste. Este brazo, mucho más ancho que nuestras corrientes de agua de la Europa Occidental, casi iguala al Misisipi: como él, está adornado de grandes árboles de sombrío follaje; mas en sus orillas no se distinguen sino una que otra cabaña cubierta de palmeras y platanales esparcidos en las riberas. Las aguas ligeramente

movidas por el viento y cortadas por rápidas y pequeñas olas, parecen menos profundas que las del gran río de la América del Norte; pero como las de este, arrastran tierra de aluvi6n y los cocodrilos no pueden distinguirse en ellas sino cuando estos monstruos dejan dotar en la superficie sus enormes quijadas con dientes de sierra. Vi a muchos de estos animales zambullirse a toda prisa cuando nuestro esquife se aproximaba, inclinado por la vela, hendiendo gallardamente las ondas: el cadáver, corrompido ya, de uno de esos gigantescos reptiles daba vueltas en medio de un remolino entre troncos de árboles varados, cada uno de los cuales conducía un buitre de largo cuello ávidamente tendido. En el puerto mismo de Barranquilla, vi huir a la gente en todas direcciones para evitar la inc6moda vecindad de uno de aquellos animales atraído por la algazara de varias personas que se bañaban.

A medida que nos acercábamos a Barranquilla, nuestra atención cambiaba de objeto, y mis miradas fueron todas para la ciudad, cuyas largas hileras de casas blancas se percibían encima de los ribazos arcillosos. Pequeños diques flotantes en la ribera del canal y llenos de bongos, lanchas, *canoas*; astilleros cubiertos con techos de hojas de palma, almacenes de depósito en donde indios y negros arrumaban productos de todas clases; muelles a los cuales estaban atracados buques de vapor; carenas de fierro constantemente golpeadas por el martillo de centenares de obreros: todo anunciaba una ciudad comercial semejante a las de Europa y Estados Unidos. En el muelle de la gran plaza en que desembarqué, la misma animación que en el puerto: marineros

yendo incesantemente de los bongos a los almacenes para depositar en ellos barriles y *bocoyes*, mujeres llevando en la cabeza canastas de plátanos y otras frutas, y mercaderes instalados delante de pequeñas mesas ofreciendo sus géneros. En medio de la multitud atareada circulaban pilluelos medio desnudos, apostrofando a los extranjeros con palabras inglesas pronunciadas con notable perfección.

Barranquilla, edificada sobre la ribera izquierda de una de las numerosas ramificaciones del río Magdalena, data de ayer, por decirlo así, y sus progresos solamente pueden compararse a los de una ciudad de los Estados Unidos, tan rápidos así han sido. Allí no se ven sino andamios, ladrillos y cal. Sobrepuja ya a Cartagena por el número de sus habitantes, si se tiene en cuenta también la población flotante; además la antigua ciudad de Soledad, situada en la ribera del río a algunos kilómetros más arriba, puede considerarse como un simple barrio de Barranquilla, porque sus habitantes viven únicamente de las diversas industrias que les procura la vecindad de la ciudad naciente, verdadera capital comercial del estado Bolívar. Barranquilla proyecta en todas direcciones sus calles tiradas a cordel y cortadas en ángulos rectos, pero formadas la mayor parte de chozas y jardines en que se agrupan los cocoteros y los *papayos*²⁰ semejantes a una hierba gigantesca. Las casas de piedra y peristilo se encuentran todas en la vecindad del puerto y en la plaza principal. En cuanto al llano de los alrededores, no presenta nada de pintoresco: el terreno

²⁰ *Carica papaya.*

de greda roja, mezclada de venas arenosas, es poco fértil, salvas las depresiones pantanosas.

La importancia de Barranquilla se debe casi exclusivamente a los comerciantes extranjeros, ingleses, americanos, alemanes, holandeses, que se han establecido allí en los últimos años; han hecho de ella el centro principal de los cambios con el interior y el mercado más considerable de la Nueva Granada; menos instigados los indígenas por el aguijón de la fortuna y sin estar iniciados aún en los secretos de la especulación, ninguna parte han tenido en el progreso de este *emporium* del Magdalena. A mi paso por allí, había diez vapores flotando o en construcción: cinco ingleses, tres americanos, uno alemán, y uno solo perteneciente a una compañía anglogranadina que administraba míster Hasselbrinck, el hijo del cónsul prusiano de Sabani-lla. Este excelente joven, antiguo alumno de la universidad de Göttingen y corresponsal del ilustre botánico Nees von Esenbeck, era un verdadero sabio cuya carrera lo llamaba naturalmente a ejercitar su ciencia en una gran ciudad de Alemania, pero a despecho de los negocios de comercio que lo ocupaban, no había olvidado la ciencia, y había logrado reunir a su rededor un gran número de hombres instruidos; tuvo la bondad de presentarme a muchos de ellos, casi todos granadinos.

En cambio, en el gran hotel de Barranquilla solamente vi extranjeros de todos los puntos del globo y conversando en inglés, esa lengua tan extendida en el mundo. *Madame Hughes*, nuestra huésped, había montado su casa bajo un pie enteramente europeo; tenía la tontería, es verdad, de

observar en el hotel una ridícula etiqueta británica, pero se le podía perdonar en virtud de que tenía el buen gusto de hacernos comer en un patio, debajo de los árboles cubiertos de fragantes flores a cuyo rededor revoloteaban los tominejos con alegres susurros. Por la noche hacía colocar las camas debajo de las arcadas que rodean al jardín, y los huéspedes que despertaban durante la noche tenían el placer de ver los rayos de la luna o el vago centelleo de la Vía Láctea a través del tembloroso follaje.

▪ V

▪ LOS CAÑOS — LA CIÉNAGA
— GAIRA

AL DÍA SIGUIENTE DE HABER llegado a Barraquilla, me dirigí muy temprano al puerto con esperanza de encontrar algún bongo que partiera para Pueblo Viejo, lugar situado al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta. El único patrón que me manifestó disposición de emprender el viaje era un hombre de mala fisonomía, y yo estaba casi decidido a esperar el bongo del correo, que debía marchar dentro de tres días, cuando tendí una mirada al horizonte y alcancé a ver una línea azul débilmente trazada en el espacio: esa línea la formaban las cimas de la Sierra Nevada, que había elegido para que fuese mi futura patria, y que debía ser el término de mi largo viaje. No vacilé pues un instante; hice traer mi equipaje al *bonguito* que se me ofrecía; el patrón llamó a sus dos remeros, compró su provisión de plátanos y yucas y desató la cuerda con que ataba a la ribera la pequeña embarcación.

Después de haber navegado con trabajo a través de las plantas de los pequeños caños, nos encontramos en pleno río, el cual tiene muchos kilómetros de ancho, y semejante a un mar proyecta grandes estrechos entre las islas cubiertas de árboles. Los de las riberas me parecían apenas de la elevación de nuestros sauces, y el alto cocotero hacia el cual se dirigía nuestro bonguito, se asemejaba a una banderola marina flotando a guisa de pabellón. Bastó una hora de travesía para que llegáramos al pie de este árbol, situado en la orilla misma del delta, entre las dos embocaduras. Mis remeros fatigados, y además deseosos de *echar una siesta*, amarraron la barca a una raíz, devoraron algunos restos de pescado y principiaron a dormitar. Por mi parte, me apresuré a dejar su incómoda compañía y, engolfándome en una calle de árboles sombreada por magníficos mangos, fui a sentarme sobre la hierba a corta distancia de una casita de ladrillos rodeada de platanales. El denso follaje dejaba penetrar solamente una luz casi crepuscular; apenas veía brillar los rayos del sol, y a la extremidad de la arboleda el agua amarillenta del río. Una vaca errante me olfateaba de lejos; dos chicuelas de negra piel, medio ocultas tras de los árboles, examinaban a hurtadillas al viajero que acababa de recostarse a la sombra de sus mancos. El conjunto del paisaje formaba un cuadro gracioso, y yo lo admiraba apaciblemente sin inquietarme por cierta comezón que sentía en todo el cuerpo. Sin embargo, esta llegó a ser intolerable, y pronto noté con terror que estaba

cubierto de innumerables *garrapatas*²¹ verduzcas y rojas, que bebían mi sangre por millares de heridas imperceptibles. Todos los esfuerzos que hice para arrancarme las miríadas de insectos que me incomodaban fueron vanos, y tuve que desistir de mi empeño esperando que cayeran por sí mismas cuando se hubieran llenado.

Me era imposible permanecer más tiempo a la sombra de esos pérfidos mangos, y fui a despertar a mis compañeros, que se levantaron refunfuñando y empuñaron sus remos de muy mal talante. Partimos, sin embargo, y el movimiento, la brisa fresca que se deslizaba por el río, el placer de contemplar el paisaje que se desarrollaba ante mis ojos, calmaron un poco el estado de irritación en que me habían puesto las garrapatas. Después de haber costeado por largo rato una de las riberas del río, erizada de raíces y troncos de árboles entrelazados, el bonguito penetró de repente en un pequeño canal cuya entrada estaba destruida por matorrales, en los cuales reposaban enormes iguanas inflando y desinflando el cuello. Este canal conocido bajo el nombre de Caño Clarín ha sido excavado por la mano del hombre a través de un terreno de aluvi3n, y une el Magdalena a los inmensos pantanos que recorría la antigua boca de este río; no es más ancho que uno de esos fosos que, en algunas partes de Francia, separan dos propiedades, y más de una vez me entregué al infantil placer de saltar de una a otra ribera por encima del bonguito.

²¹ Se llaman así porque se *agarran* a las carnes con las *patas* armadas de barrenas.

Dos embarcaciones no pueden cruzarse en él, y cuando se encuentran, es necesario que una de ellas retroceda hasta el río o hasta la laguna. Tuvimos este pequeño contratiempo: habíamos penetrado en el caño como un cuarto de legua, cuando otra embarcación nos obligó a retroceder y volver a la entrada misma del Caño Clarín.

Hacia el mediodía, los remeros amarraron el bonguito para dormir una nueva siesta. El lugar que ellos escogieron para estirarse no podía ser más desagradable: era un bosque de manzanillos atravesado en todas direcciones por senderos formados por las bestias de un rancho vecino. Los manzanillos de pobre follaje no impiden que pasen los rayos de sol en toda su fuerza, pero detienen la brisa, y al pie de estos grandes árboles solamente puede respirarse un aire sofocante, al cual se mezcla el olor fétido de los pantanos de las inmediaciones. Nubes de mosquitos se levantaban zumbando alrededor de los troncos; en ninguna parte crece un vástago de hierba, y el suelo inundado de luz estaba sembrado de frutas podridas o despachurradas. Allí fue donde se durmieron apaciblemente mis compañeros mientras yo vagaba de aquí para allá, no para evitar el sueño fatal que, según las relaciones poéticas, desciende de las hojas del manzanillo, sino para librarme de los piquetes de los mosquitos. De tiempo en tiempo recogía algunas de esas frutas verdes cuyo perfume es tan delicioso, y que, según dicen, causan la muerte a quien las come, imagen demasiado fiel de la naturaleza pérfida y encantadora de los trópicos.

Después de haber errado largo tiempo en el bosque, volví cerca de los tres dormilones, que roncaban a cual

más, y estudié a mi gusto sus fisonomías. Debo confesar que estos hombres me causaban cierto terror, y temía la noche que debía pasar en su compañía, en medio de una laguna desierta en donde los gritos de un hombre asesinado no encontrarían otro eco que los aullidos de los monos *aluates*²². El patrón de la barca era un viejo negro y de cara arrugada, ojos pequeños e irónicos, boca contraída por una falsa sonrisa; durante toda la mañana no había dejado de mirarme con aire triunfante, como un ave de presa que tiene entre sus garras un abadejo. De los dos remeros, el de más edad tenía el cutis de color azul gris, indicante de una mezcla confusa de diversas razas; su frente y sus mejillas estaban marcadas con grandes cicatrices guarnecidas de blanco, producidas, sin duda, por machetazos recibidos en algunas riñas. Mientras que remaba, sus ojos feroces se habían fijado frecuentemente en mí, y aun lo sorprendí una vez examinando la cerradura de mi baúl y sacudiendo el candado. El tercero, indio joven de talla pequeña y rechoncha, de piernas musculosas, de color rojo, de cara mofletuda, me parecía menos temible que los otros, pues aun en la mirada tenía cierta expresión de dulzura: así fue que tomé la resolución de hacerlo mi amigo, para que pudiese, en caso de necesidad, defenderme contra mis otros dos compañeros de viaje.

Cuando terminó la siesta, y los tres remeros después de haberse estirado de brazos suficientemente, se embarcaron

²² Llámase así a los que emplean el rabo para agarrarse y colgarse (Nota del traductor).

de nuevo en el bonguito, entablé conversación con el indio. Me pareció que mis atenciones hacia él lo lisonjearon mucho, y no habían transcurrido diez minutos cuando me refirió su historia, y me confesó candorosamente que había sufrido dos años de trabajos forzados en el presidio de Cartagena, a causa de un robo con fractura. Esta revelación inesperada no era muy a propósito para tranquilizarme, pero me bastó dirigir una mirada al patrón y al otro remero para convencerme de que en semejante compañía no tenía derecho de hacerme el exquisito. Continué, pues, conversando con mi nuevo amigo, dándole noticias sobre los europeos y los yanquis, que escuchaba con la boca abierta y con respetuosa admiración. Le hablé de las grandes ciudades, de los coches que marchan solos sobre listones de fierro, de hilos de cobre que conversan como los hombres y se hacen oír a cien leguas de distancia. En fin, cuando el indio estuvo bien encantado, le comuniqué mis planes. Le dije que iba a dedicarme a la agricultura en algún valle de la Sierra Nevada, a los alrededores de Santa Marta.

«¡*Soy práctico de la Sierra*, conozco bien la montaña y lo conduciré a usted por todas partes!», gritó con gozo. «Cuando usted pase por Bonda, pregunte por Zamba Simonguama, ¡y verá si los indios saben dar hospitalidad como los españoles!».

Ya no tenía nada que temer: siendo el huésped de Zamba podía estar seguro de que en caso de necesidad me defendería hasta la muerte.

Al caer de la tarde, el bonguito echó el ancla en el agua negra del lago Cuatro Horcas, llamado así a causa de cuatro

caños que vienen a derramarse en él. Bajo el pretexto de hacer mis preparativos para pasar la noche, coloqué mis baúles de través en la embarcación, de manera que quedarán las cerraduras vueltas hacia mí; enseguida hice que el indio se tendiera a mi lado, y coloqué un remo al alcance de la mano. La luna y la luz zodiacal brillaban con una rara intensidad y me permitían distinguir los menores movimientos de mis compañeros. La brisa de la noche soplaba impetuosa y retenía en las plantas los mosquitos, que vuelan ordinariamente por miríadas sobre toda la extensión de las aguas estancadas; no me fue pues difícil permanecer con la cabeza descubierta y los ojos fijos hacia la otra extremidad de la embarcación. Los chillidos de los monos *aluates* me mantuvieron despierto toda la noche; me felicité de ello, tanto más cuanto que el remero de la cara llena de cicatrices velaba también, y de tiempo en tiempo levantaba silenciosamente la cabeza para dirigir hacia mí sus miradas penetrantes.

En cuanto al viejo, parecía dormir apaciblemente: fue quizás sin razón que le atribuí pensamientos criminales.

Al día siguiente, atravesamos nuevas ciénagas y canales tortuosos, poco más o menos semejantes a los que habíamos recorrido el anterior, pero de un aspecto más grandioso, gracias a la magnífica vegetación que sombrea las orillas. Las raíces de los mangles, estribadas unas sobre otras, se reunían a cinco o seis metros de la superficie del agua y formaban así gigantescos trípodes, sobre las cuales se levantaban los troncos lisos como los mástiles de una nave. A través de la confusión de estas innumerables raíces,

se presentan otros árboles que crecen en un terreno menos esponjoso que el de las riberas. Esta es la inmensa y terrible selva que llena una gran parte de la hoya del Magdalena, y se prolonga sin interrupción a más de cien leguas al sur, hasta el pie de las alturas de Ocaña. Esta selva fue cruzada en todos sentidos por los conquistadores españoles. ¡Y cuántos de entre ellos fueron devorados por los cocodrilos y los jaguares! ¡Cuántos ahogados en los pantanos! ¡Cuántos muertos por la fiebre, más terrible que las emponzoñadas flechas de los indios cocinas!

Recuerdo una parada que hicimos en la península de Salamanca a la entrada de la ciénaga²³ de Santa Marta, laguna cubierta de islotes y de una superficie de más de ochocientos kilómetros cuadrados. Al este se levantan las escarpas de la Sierra Nevada como una formidable muralla apoyada en enormes contrafuertes; a los otros lados demoran extensos bosques que han brotado en un terreno de aluviones formado por las avenidas del río Magdalena. La península de Salamanca, que separa el mar de la ciénaga, se asemeja a los *Nehrungen* del mar Báltico y a esa notable punta de Arabat, bañada de un lado por el mar de Azof, del otro por el mar Pútrido.

Como todas las penínsulas de la misma naturaleza, la de Salamanca ha sido formada a la entrada del pantano por despojos amontonados allí por las aguas; la arena se ha depositado gradualmente hasta formar un cordón litoral; enseguida los vientos han amontonado dunas errantes que se trasladan a uno y otro lado, excepto en los lugares

²³ Ciénaga, de *cieno*, fango.

en que con el curso de los siglos se ha formado una selva que les opone la infranqueable barrera de sus troncos. Una sola abertura comunica a través de la punta Salamanca las aguas salobres y cálidas de la ciénaga, con el agua comparativamente más fresca del mar de las Antillas.

La playa en que desembarcamos estaba sombreada por manzanillos y algunos árboles cuyas ramas colgantes se asemejan a las de nuestros sauces llorones; más de cincuenta barcas estaban amarradas a las raíces y se balanceaban unas al lado de las otras; grupos numerosos de pescadores se hallaban esparcidos aquí y allá alrededor de grandes hogueras encendidas sobre la arena de las dunas; un espantoso olor de pescado inficionaba la atmósfera. Dejando mi equipaje al cuidado de mi nuevo amigo Zamba, atravesé apresuradamente los grupos y, subiendo a la más alta duna, busqué en el horizonte un camino hacia el mar. Llegué a él bien pronto deslizándome a través de las malezas de los negros mangles y de arbustos espinosos. La playa arenosa se extendía hasta perderse de vista en un vasto semicírculo desde la boca de la ciénaga hasta la del río Magdalena; al este aparecían los escarpados promontorios de Gaira y de Santa Marta, dominados por las azules cimas de la Sierra; delante de mí, las olas impelidas por una fuerte brisa, venían soberbias y precipitadas, a chisporrotear una después de otra en la arena. Cansado como estaba de las lagunas de aguas estancadas, de fangos nauseabundos, del aire tibio o inmóvil de los pantanos, respiré con delicia ese aire fresco, esa brisa que puede decirse está salpicada de la espuma de las olas.

Cuando volví al campamento de los pescadores, no logré evitar, como la primera vez, las preguntas, y a mi pesar hube de sentarme en la arena al lado de muchos mestizos que hacían secar sus pescados al humo de un fuego de leña verde. Mi amigo Zamba había cantado evidentemente mis alabanzas, porque mis interlocutores no dejaron de promover la conversación sobre todas aquellas materias que habían sido el objeto de la mía con el indio; me fue pues preciso discurrir durante muchas horas, hablar de Madrid, París y Londres, tratar de industria, ciencias y artes. Este ávido auditorio me escuchaba con gozo, y yo mismo, alegre por haber encontrado oyentes tan benévolos, olvidé el olor nauseabundo del pescado y el humo sofocante para entregarme todo entero al placer de enseñar a ignorantes lo poco que yo sabía. El más joven de los pescadores, el que me escuchaba con más interés, había oído no sé dónde hablar de Atenas. Me interrumpió repentinamente «¡Dicen que hay muy hermosos templos en Atenas! ¡Se hacen bellas estatuas en Atenas! La universidad de Atenas es la más célebre del mundo entero, ¿no es verdad? ¡Ninguna lengua es tan bella como el *latín* de Atenas?». ¡Cosa extraña, este lejano eco de la Grecia en las dunas del Atlántico! La gloria de Fidias y Pericles ha empleado dos mil años en salvar los mares, y al presente pescadores americanos se ocupan de ella, ¡como si esta gloria fuese aún la más radiante del mundo antiguo!

No me separé de mis nuevos amigos hasta acercarse la noche. La vela fue izada sobre el flexible mástil del bonguito, y pocos minutos bastaron para hacernos perder de

vista los árboles de la ribera. Tomé las mismas precauciones que la noche precedente, y permanecí con los ojos fijos en aquellos que me inspiraban tanta desconfianza. No cesé de mirar al patrón que constantemente se mantenía con el timón en la mano y al mestizo que estaba sentado junto de la vela; sin embargo, mi vigilia se mezcló de una manera íntima con cierto sueño, y todos los objetos que pasaban por mis ojos enteramente abiertos se me presentaban como otras tantas quimeras hijas de un delirio. Las negras ondas que nuestro bonguito hendía ruidosamente tomaban para mí figuras fantásticas que gesticulaban; las hierbas flotantes por en medio de las cuales pasábamos me parecían grandes islas cubiertas de coposos árboles que volaban en la superficie de las aguas con la velocidad de los hipogrifos. De repente vi, o más bien adiviné, que nos habíamos detenido en la ribera; el mestizo saltó a tierra y después el pequeño esquife volvió a emprender su curso desordenado. Inmediatamente me dormí con sueño profundo. Cuando desperté, era de mañana, el mestizo había desaparecido realmente, y la embarcación echó el ancla en un pequeño puerto al lado de otras embarcaciones. Veía en la playa las cabañas de Pueblo Viejo. Era día de mercado: los negros y los indios iban y venían de choza en choza ofreciendo sus pescados con grandes gritos.

Después de haber renovado a Zamba Simonguama la promesa de ir a Bonda a hacerle una visita, salí de la barca y corrí a inquirir en la población los medios de trasladarme a Santa Marta. Para ir por mar, debía esperar muchos días la marcha de un bongo; preferí alquilar una mula para

conducir mi equipaje e ir yo a pie. La distancia de Pueblo Viejo a Santa Marta es de cerca de 40 kilómetros: no tenía por qué asustarme de esto, y desde que encontré la mula, me puse resueltamente en camino, acompañado de un indio joven, llamado Pablo Fonseca, que me serviría de guía. En menos de un cuarto de hora, habíamos atravesado una selva de grandes árboles, y llegamos a la vista de Pueblo Nuevo de la Ciénaga.

Esta población, que común y abreviadamente se llama la Ciénaga, está situada en un llano liso como la superficie de un lago, al pie de las montañas de la Sierra, verdes en sus bases, azules en las cimas, y cortadas por valles umbrosos. Del lado del mar el terreno está casi desnudo y no tiene otra vegetación que *salsoles*²⁴ e *hinojos*, pero alrededor de las casas se agrupan árboles frondosos que forman la población como un nido de verdura, y de en medio de los cuales sobresalen las astas de los cocoteros. En el interior, la Ciénaga no desmiente lo que promete vista a distancia: las calles, anchas y rectas, están bastante animadas; las casas blanqueadas con cal están cubiertas casi todas de tejas; a través de las puertas entreabiertas de los huertos se distinguen arbustos en flor. Por todas partes hay nuevas construcciones, testimonios de los progresos materiales de la Ciénaga. Su población, que alcanza a 6.000 almas, sobrepasa hoy a la de Santa Marta, capital del estado soberano del Magdalena; sin embargo, casi la totalidad de aquella población es de indígenas y mestizos que deben

²⁴ Plantas muy semejantes a la sosa.

su prosperidad a sus propios esfuerzos, y no hay como en Santa Marta y Barranquilla negociantes extranjeros.

En las altas planicies de la Nueva Granada, el antagonismo de las razas produjo el levantamiento de los *comuneros* hacia fines del siglo pasado, y finalmente ocasionó la guerra de la Independencia y la expulsión de los españoles; después de esta época, los descendientes de los muisca²⁵ han reconquistado su nacionalidad y formando la gran mayoría de los neogranadinos, han absorbido poco más o menos a los blancos; al presente están confundidos con ellos en un solo pueblo. En las costas del Atlántico, no es así todavía: el odio subsiste entre las dos razas²⁶, y como dos polos cargados de electricidad contraria, Santa Marta y la Ciénaga se han levantado frente a frente. La primera tiene la ventaja inmensa de poseer un vasto puerto y de comerciar directamente con todos los países del mundo; menos favorecida, la Ciénaga solamente puede hacer un pequeño tráfico de cabotaje entre su laguna y a lo largo de las costas, pero tiene sobre Santa Marta el privilegio de estar habitada por indios aborígenes que no temen el trabajo como la mayor parte de los blancos del litoral. Así los resultados de la lucha entre las dos ciudades están completamente en favor de los cienagueros. En los valles de la Sierra Nevada, sobre las riberas de

²⁵ Cuando el descubrimiento de la América, los muisca, que habitaban la planicie de Cundinamarca, no eran menos civilizados que los aztecas. Para ser conocidos les ha faltado solamente un historiador.

²⁶ Felizmente, hoy ese odio está del todo extinguido o próximo a serlo (Nota del traductor).

todas las corrientes de agua, cultivan en vastos campos plátanos, yucas, papayas; recorren la laguna en todos sentidos sus naves de pesca; abastecen a Santa Marta de legumbres, frutas y pescados; sin ellos, sin su trabajo, esta ciudad, que duerme perezosamente al borde de su linda playa, sería exterminada por el hambre. En los últimos tiempos, la rivalidad de las razas se ha transformado gradualmente en rivalidad política: los samarios²⁷, deseosos de mantener la antigua supremacía de la raza blanca, se han hecho naturalmente conservadores, mientras que los cienagueros son demócratas, y en las elecciones votan como un solo hombre en favor de los candidatos liberales. Durante las revoluciones que agitan la República, no temen invadir armados la ciudad de Santa Marta, y los samarios rara vez osan usar represalias.

Saliendo de la Ciénaga, en donde mi guía Pablo Fonseca me hizo permanecer demasiado tiempo bajo el pretexto de comprar hierba para su mula, pero en realidad con el único objeto de hacer ojitos a alguna bella, atravesamos un torrente cuyas fértiles riberas están plantadas de platanales; después seguimos la costa por un promontorio de arena formado por las olas, y, dejando a la derecha en medio de árboles el ingenio de vapor del genovés Andreys, único habitante extranjero de la Ciénaga, llegamos a la orilla del río Toribio, uno de los torrentes más impetuosos de la vertiente occidental de la Sierra Nevada. Las ruinas de un puente que se llevó una inundación obstruían aún el lecho del río; quise vadearlo atravesando los

²⁷ Habitantes de Santa Marta.

rápidos borbotones formados por la corriente en medio de las piedras, pero Pablo me hizo desistir de tal designio, pretendiendo que los temibles cocodrilos habían elegido por guaridas las cavernas formadas por las aguas al pie mismo de los machones. La mula cargada ya con mis baúles, recibió aun sobre su ancho lomo el peso de nuestras dos personas, y nos condujo sin tropezar al escarpado ribazo de la otra orilla del Toribio.

Más allá de este río, el paisaje cambia de aspecto. Las montañas se aproximan al mar y proyectan en las ondas sus escarpados promontorios, que el camino rodea por una sucesión interminable de subidas y bajadas. Ya no se ven platanales ni otras plantas cultivadas, sino solamente mimosas cubiertas de espinas, guayacanes, árboles cuyos duros troncos crecen generalmente en las tierras estériles. El terreno desnudo de tierra vegetal deja ver por todas partes sus venas de piedra. Algunas veces el camino se engolfa en un barranco profundo, hendedura de paredes rojas y quemadas por donde descienden furiosos torrentes en la estación de las lluvias, pero en las cuales se buscaría en vano una gota de agua durante la estación de la sequedad. En medio de estas rocas, que reflejan los rayos del sol, respiraba un aire abrasador, el sudor descendía por mi rostro en grandes gotas, la fatiga principiaba a entorpecer todos mis miembros. Esta fatiga aumentó cuando al salir de un barranco me encontré en un camino arenoso muy cerca del mar. Los cactus que se levantaban de cada lado del sendero, como hileras de estacas de diez metros de alto, estaban muy esparcidos para dar sombra, y muy espesos

para dejar pasar la brisa marítima. Algunos *guamos* cubiertos con sus flores amarillas esparcían en la atmósfera un fuerte aroma que me causaba vértigos. El sol perpendicular dejaba caer sobre mí sus fatigantes rayos, y a cada paso hundíamos la planta en la arena ardiente.

«¿Cuándo llegaremos al pueblo de Gaira?», preguntaba cada rato a mi guía.

—Pronto, ahora mismo —me respondía.

Y yo me figuraba que a la primera vuelta del sendero divisaría un fresco albergue rodeado de árboles frondosos que crecían a la orilla de un arroyo, pero solamente veía los cactus levantándose hacia el cielo como un bosque de lanzas. Repentinamente Pablo, fatigado como yo, saltó sobre la mula, picó y me dejó solo, sin otro guía que me condujese al pueblo que las huellas de los cascos de su bagaje.

Me hallaba próximo a abandonarme a la desesperación, cuando el camino desembocó en una playa en donde, ha más de tres siglos, centenares de españoles, fatigados y abrasados por el sol como yo lo estaba en aquel momento, fueron batidos sin trabajo por los indios de Gaira y rechazados hacia las ondas donde perecieron todos, hasta el último. Mientras seguí la orilla del mar, me sentí revivir bajo las suaves caricias de la brisa, pero, desde que las huellas me condujeron hacia el interior de las tierras, perdí inmediatamente la fuerza y me faltó ánimo hasta para pensar, porque de nuevo empezó el calor a sofocarme. Una hilera de mangles detenía el ligero soplo de la brisa del mar que me había refrescado hasta allí, y vi extenderse a lo lejos ante mis ojos un llano calcinado por la sal, y cortado

por pantanos de agua estancada. Avancé con trabajo a través del agua y de las arenas abrasadoras. Una sed devorante me atormentaba y sentía la lengua como adherida al paladar; me parecía que mi cerebro estaba en ebullición; temblores convulsivos recorrían todo mi cuerpo, tenía la piel seca, los puños cerrados y agarrotados y los ojos fijos; por momentos experimentaba frío, y temía por instantes que el sol me derribase con un último rayo, y, para gozar de aquel resto de mi vida, me entregué con embriaguez a ensueños de náyades y tritones jugueteando en el seno de las aguas frescas bajo eternas sombras. En fin, llegué al límite de la selva de cactus y mimosas. «Ánimo hasta aquel árbol», me decía un resto de voluntad. Mi cuerpo obedeció. «¡Más allá, hasta aquel otro!», repitió la voz interior, y así me arrastré por largo trecho. Repentinamente, vi a mis pies un riachuelo, un verdadero riachuelo que mis ojos dilatados me hicieron aparecer grande como un río; los árboles de extensas ramas se recreaban en las aguas, las muchachas venían a llenar allí sus cántaros, los muchachos se bañaban retozando, las vacas bebían a su sabor. Tuve aún fuerza para atravesar el riachuelo sin sumergirme enteramente en él, y fui a caer en el suelo de la cabaña en que me esperaba mi guía.

Permanecí más de una hora tendido en una estera, aturdido, tonto, viendo danzar delante de mí objetos de formas extravagantes, pero sentía como en un sueño que una mano femenil me acariciaba con dulzura. Cuando volví de mi aturdimiento, una muchacha indígena estaba delante de mí y me presentaba una calabaza llena de una bebida

fortificante. Esta joven era bella; sus negros ojos brillaban con tierna piedad; su encendido rostro, rodeado de largos cabellos flotantes, me parecía que estaba resplandeciente de luz; creí que tenía delante un genio bienhechor. Al verla, me sentí conmovido; mi corazón se llenó de afecto hacia esta extranjera que sonreía así a un viajero desconocido, y hasta pensé en aquel momento si no haría bien en poner término a mis viajes y edificar una cabaña en las orillas del riachuelo de Gaira. «¿Debe recorrerse el mundo como un insensato, cuando puede encontrarse la dicha en una choza de ramas, a la sombra de una palmera?».

Resistí con todo a la voz interior que me hablaba, llamé al guía y lo seguí a través de la selva. Una hora después, llegamos a Santa Marta, en el momento en que un cañonazo anunciaba la entrada de un buque en el puerto.

▪ VI

▪ SANTA MARTA

SANTA MARTA ESTÁ SITUADA en un paraíso terrestre. Sentada al borde de una playa que se extiende en forma de concha marina, agrupa sus casas blancas bajo el follaje de las palmeras y brilla al sol como un diamante incrustado en una esmeralda. Alrededor de la ciudad, la explanada, redondeándose en un vasto círculo, se levanta en suaves ondulaciones hacia la base de las montañas. Estas sobrepone unas a otras sus gigantescas gradas, matizadas con gran variedad por la vegetación que las cubre y la transparente atmósfera, cuyo azul se condensa alrededor de las altas cimas; las nubes se esparcen en grandes rastros blancos en los valles superiores, se agrupan en bandas sobre las cimas, y por entre este amontonamiento de nubes, picos y montañas de toda forma, brota la soberbia Horqueta, cuya doble cabeza que se levanta y domina el horizonte, parece reinar sobre el espacio inmenso. Los enormes contrafuertes sobre los cuales se apoya el pico de dos cabezas

proyectan a derecha e izquierda dos cadenas de montañas que se arquean alrededor de la explanada de Santa Marta, rebajan por una sucesión de graciosos declives la larga arista de sus cimas, y sumergen en el mar, a cada lado del puerto, sus escarpados promontorios, cada uno con una vieja y arruinada fortaleza. Así la explanada parece sostenida en los brazos del gigantesco Horqueta y dulcemente inclinada como un canastillo de follaje hacia las ondas deslumbrantes de luz. El promontorio del norte continúa por una cadena submarina y vuelve a presentarse fuera de las aguas formando el Morrillón y el Morro, islas pedregosas que sirven de quiebra olas al puerto. El conjunto del paisaje encerrado en este recinto es de una armonía indescriptible: todo es rítmico en ese pequeño mundo, limitado hacia el continente, pero abierto del lado de las aguas infinitas; todo parece haber seguido la misma ley de ondulación desde las altas montañas de cimas redondas hasta las líneas de espuma, débilmente trazadas sobre la arena. ¡Cuán dulce es contemplar ese admirable cuadro! Se mira, se mira sin cesar, y no se sienten pasar las horas. Sobre todo en la tarde, cuando el borde inferior del sol principia a sumergirse en el mar y que el agua tranquila viene a suspirar al pie de la ribera, la verde explanada, los oscuros valles de la Sierra, las rosadas nubes y las lejanas cimas como salpicadas de polvo de fuego, presentan un espectáculo tan bello, que el viajero absorto parece que no tiene vida sino para ver y admirar. Los que han tenido la dicha de contemplar este grandioso paisaje jamás lo olvidan. Uno de mis amigos granadinos, a quien antes de ir a

Santa Marta le había pedido algunos datos de esta ciudad, solamente pudo responderme con una sonrisa de pesar y con esta palabra: ¡ay!

El interior de la ciudad no está en armonía con la magnificencia de la naturaleza que la rodea. Santa Marta es el primer establecimiento que los españoles fundaron en la costa firme granadina, y, a pesar de la antigüedad de este origen, a pesar de su hermoso puerto y de su título de capital del Magdalena, a pesar de la fertilidad de su explanada y de sus montañas, cuenta cuando más con una población de 4.000 habitantes. Las calles, anchas y cortadas a ángulos rectos, como las de todas las ciudades de menos de cuatro siglos de existencia, no han sido empedradas jamás, y durante los días de fuertes brisas, presentan a la vista una perspectiva de torbellinos de arena en que el pasajero no se atreve a aventurarse. Las casas son bajas y mal construidas en general; en los barrios apenas hay simples cabañas de estacas y tierra, cubiertas con techos de palmas y pobladas de escorpiones y de innumerables arañas. En 1825, tres siglos después de la fundación de Santa Marta, un temblor de tierra²⁸ derribó más de cien casas, y abrió grietas en los muros de su catedral y de sus cuatro iglesias. Desde esta época los pedazos de ladrillos y argamasa no se han escombrado, las ruinas no han sido reedificadas, las grietas se abren cada día más; solamente el tiempo ha decorado de arbustos las desplomadas paredes, y tejido sobre

²⁸ No fue en 1825 sino en 1834 que tuvo lugar el temblor de tierra a que alude el autor (Nota del traductor).

la alta cúpula de la iglesia mayor una verde guirnalda toda mezclada de flores amarillas y rojas. En esta ciudad, tan arruinada aún como al día siguiente del temblor de tierra, solamente vi una casita nueva y los cimientos de un edificio sin concluir, que debía servir para un gran colegio provincial. La morada del más rico comerciante de la ciudad, en otro tiempo verdadero palacio, no presenta ya del lado del mar sino un conjunto de ruinas; paredes desplomadas rodean el jardín lleno de escombros amontonados, cuerpos de columnas y capiteles cubren el suelo y árboles espinosos crecen en medio de las piedras²⁹.

A pesar de estas huellas del desastre de 1825, Santa Marta está muy distante de producir en el espíritu la misma lúgubre impresión que Cartagena: las calles son más anchas, las casas que dejó en pie el temblor de tierra están blanqueadas con cal o pintadas de alegres colores, y además la naturaleza es tan bella que arroja un reflejo de su belleza sobre la ciudad agazapada a sus pies en medio de los árboles. Desde la división de la Nueva Granada en ocho repúblicas federales, Santa Marta ha decretado la construcción de un faro en el Morro, establecido muchas instituciones de utilidad pública, y fundado una escuela de enseñanza superior. ¡Pueda ella continuar en esta vía y deje de ofrecer cuanto antes un penoso contraste con El Dorado que la rodea!

²⁹ El edificio a que alude el autor era propiedad del caballero a que se refiere, pero no su casa de habitación (Nota del traductor).

Delante de las casas, en el centro de la extensa curva delineada por la playa, se levantan las ruinas de un antiguo fuerte, cuyas murallas medio roídas se desmigajan piedra a piedra en las ondas invasoras. Los bongos de la Ciénaga, cargados de plátanos, pescados y cocos, anclan al pie de la fortaleza, y es en medio de los montones de piedras, sobre la cima de las murallas, que los indios ostentan sus productos. Las mujeres de la ciudad, en general con vestidos demasiado cortos, vienen allí en tropel a buscar sus provisiones del día. Nada tan pintoresco como este mercado al aire libre, sobre muros que se desploman en las azules ondas.

Las grandes naves de Europa y de los Estados Unidos anclan a la distancia de un kilómetro hacia al norte, en el fondo mismo de la ensenada y al pie del promontorio que la protege contra los vientos del norte y del este. La playa que se extiende entre los promontorios y la ciudad está circundada de un lado por el mar, del otro por salinas algunas veces inundadas. Por la tarde sirve de paseo a la población que la recorre en todos sentidos, una gran parte a pie, otra a caballo y tal cual en coche. La aduana, un almacén arruinado para depósito, un muelle, algunas enramadas levantadas sobre los bultos de mercaderías, son las únicas construcciones que se ven en el puerto, que, lejos de presentarse como un centro de actividad, parece más bien un lugar de placer. En todos los instantes del día, nadadores blancos y negros se precipitan desde lo alto del muelle, retozan como tritones alrededor de las naves y cambian el azul de la superficie del mar en olas de blanca espuma;

los zambos ociosos permanecen en la ribera y los marineros apoyados en el bordaje de las embarcaciones juzgan las proezas de los nadadores y con estrepitosos aplausos rinden homenaje a los más hábiles.

De repente después de las primeras horas de la mañana, consagradas al mercado, las plazas y calles de Santa Marta pierden la fisonomía animada que les había dado la concurrencia de los indios, y el *farniente* viene a ser tan general como en el puerto: las cuatrocientas o quinientas tiendas abiertas en todas las esquinas de las calles que ofrecen a los compradores una pequeña provisión de plátanos, cazabes, fósforos químicos y chicha³⁰ quedan vacías; los habitantes de Gaira, Mamatoco y Masinga se retiran en caravanas, arreando una larga procesión de asnos y mulas. Entonces los samarios que quedan en posesión de la ciudad principian su siesta, o bien se sientan en los umbrales de las puertas, conversan alegremente sobre los incidentes de la mañana, mientras que las señoritas, a la extremidad de los frescos corredores, se mecen en sus hamacas suspendidas de las columnas de los patios. A medida que el calor aumenta, las voces se extinguen poco a poco, los insectos mismos dejan de zumbar; se diría que la ciudad entera reposa y languidece bajo una atmósfera de voluptuosidad. El trabajo parece un esfuerzo inútil en este dichoso clima, donde la paz descende de las verdes montañas y del azulado cielo.

¿Cómo se puede vituperar a esas poblaciones que se abandonen al gozo físico de vivir cuando todo las invita

³⁰ Guarapo.

a ello? El hambre y el frío no las atormentan jamás; la perspectiva de la miseria no se presenta ante su espíritu; la implacable industria no las espolea con su aguijón de bronce. Aquellos cuyas necesidades todas son satisfechas inmediatamente por la benéfica naturaleza evitan contrariarla con el trabajo y gozan perezosamente de sus beneficios; son aún los hijos de la tierra, y su vida se pasa en paz como la de los grandes árboles y la de las flores. Frecuentemente el calor, aunque sea templado siempre por la brisa, es de tal manera fuerte que toda actividad se convierte en fatiga, porque Santa Marta está situada bajo el ecuador meteorológico del mundo, y la temperatura media es allí de veintinueve grados centígrados.

Cuando los valles y terraplenes de la Sierra Nevada estén poblados por centenas de millares de agricultores, entonces los samarios, hoy tan poco activos, serán arrasados en el gran torbellino del trabajo, y el comercio de inmensos brazos se apoderará de Santa Marta como se ha apoderado de tantas otras ciudades tropicales que dormitaban también bajo un cielo encantador. En nuestros días, la capital del estado del Magdalena solamente hace un comercio de tránsito: recibe del extranjero cargamentos de telas, mercaderías poco voluminosas que puedan expedirse fácilmente hacia los mercados del interior; en cambio, envía a Inglaterra una gran parte del oro extraído por los mineros del estado de Antioquia, y algunos cargamentos de tabaco a Alemania. El total de las importaciones y exportaciones se eleva cuando mucho a quince millones de francos por año. ¡Cuán fácil sería aumentar esta suma,

comparativamente insignificante, si sus habitantes quisiesen entregarse seriamente al cultivo de la tierra!

Como todos los extranjeros que visitan Santa Marta, me sentí embriagado desde los primeros días con ese aire voluptuoso, impregnado en los aromas que se desprenden de la explanada; en lugar de ocuparme inmediatamente de mis proyectos de agricultura, me dejé llevar perezosamente a la contemplación de la naturaleza de las cercanías. Sin embargo mis horas no se perdieron enteramente; bien acogido en todas las casas en que me presentaba, me hice a amigos que se apresuraban a responder a mis diversas preguntas con una cortesanía enteramente castellana; cuando me paseaba por la playa, trababa frecuentemente conversación con los indios o mestizos pescadores; de todos modos, procuraba estudiar a lo vivo las costumbres, las creencias, los hábitos de la población. Para conocer los principales productos de la explanada, me bastaba errar por los senderos y penetrar en los huertos en donde se me ofrecía toda clase de frutos a precios increíblemente módicos. Higos, plátanos de muchas variedades, nísperos³¹ de carne color de sangre, anones, papayas, ciruelas³² de los trópicos, aguacates, mangos de olor de terebinto, guayacas, *marañón* o manzana de anacardo, cuyo perfume vale él solo un festín, guanábana³³,

³¹ *Achras sapota*. Zapote es el nombre que se le da en las costas; el níspero es una fruta distinta (Nota del traductor).

³² *Spondia*, ciruela.

³³ *Annona muricata*.

que recuerda el gusto de las fresas en vino azucarado, y tantas otras producciones exquisitas, cuya nomenclatura exigiría un diccionario en regla. En esta explanada afortunada y sobre los declives de esas montañas en que el sol madura con un mismo rayo los más suaves frutos de todos los climas, no sería difícil volver a ser frugívoro como nuestros primeros padres, y abandonar el espantoso régimen de la carne y de la sangre por el de los vegetales que brotan espontáneamente del seno de la tierra.

Bajo nuestros tristes climas del Norte, durante la estación del invierno, muchos actos de la vida causan un verdadero sufrimiento. Por la mañana, sobre todo, se necesita hasta energía para abandonar la cama. En el momento de despertar, están los miembros dulcemente envueltos en cobertores como con una triple atmósfera de calor; estremecimientos eléctricos y voluptuosos recorren el cuerpo; los párpados se abren amorosamente a la vida. En la alcoba, al contrario, todo parece contraído por el frío; cristales de hielo cubren las vidrieras con sus centellantes flores; la blancura mate que las penetra hace presentir que una espesa capa de nieve se extiende sobre la tierra; silbantes soplos de viento se lamentan por encima de los tejados y se engolfan en las chimeneas con un murmullo lastimero. Entonces los que no tienen a su disposición todos los recursos del *confort* deben alzar repentinamente sus calientes cobertores, saltar al piso helado de la alcoba, sumergir la cabeza y las manos en agua fría: agitarse enseguida con desesperados movimientos y abandonar toda reflexión durante la consumación de esta especie de suicidio. Los

sibaritas prolongan su sueño por un medio adormecimiento y luchan contra el día que se levanta, el ruido creciente de la calle, los pasos que resuenan y el implacable tic tac del reloj. Ven con espanto que se aproxima el momento de levantarse: bastaría hacer un movimiento, abrir los ojos para disipar los restos del sueño, pero tienen especial cuidado de mantenerse inmóviles; cierran los párpados con desesperación, alejan todo pensamiento y logran dormir por la fuerza. Después, cuando el momento fatal llega por fin, inventan razones para esperar aún otro poco; el estudiante recita sus lecciones, el devoto dice cincuenta *Avemarias*, el poeta compone versos. Solamente los hombres verdaderamente valerosos se levantan con gozo, experimentan placer al sentir el agua helada que corre por el cuerpo y las penetrantes caricias del aire exterior que hace una irrupción repentina por la ventana entreabierta. Este valor puede provenir también de la necesidad, y es al agua fría, al soplo helado del invierno, que debe quizás atribuirse en gran parte la constante fuerza, la tranquila resolución de los hombres del Norte. El que arrostra el frío puede también arrostrar el cañón.

Por el contrario, ¡cuán suave y delicioso es el levantarse en los dulces países del Mediodía, en una explanada como la de Santa Marta! Los vagos aromas de las flores que se entreabren vienen a inundar la alcoba, las aves baten sus alas y gorjean mil cantos variados, la sombra del follaje se delinea en la blanca pared y parece jugar con los nacientes rayos del sol. La atmósfera tan dulce en el interior de las casas, es fuera de ellas más dulce aún, más fresca, más

vivificante; el viento que pasa hace experimentar al cuerpo y al alma, a todo nuestro ser, las suaves sensaciones de la juventud. En medio de esta naturaleza que se despierta a la vida con tanto amor, es imposible no revivir uno mismo con todo el ardor de su ser; en la ribera de este mar tan bello a los primeros rayos del sol, se respira con embriaguez, se siente uno renovado.

Al amanecer, gentes de a pie y de a caballo llenan los caminos que conducen al pequeño río Manzanares, nombrado así por los *conquistadores* en memoria del riachuelo de Madrid, y cada uno escoge una ensenada sombreada para el baño matinal. El sendero que yo recorría ordinariamente pasaba por en medio de huertos floridos. Las altas hierbas entapizaban también los bordes, los árboles agrupados entrelazaban tanto sus ramas en forma de bóveda encima del camino, que uno podía creerse bajo un inmenso toldo de verdura. El sol hacía penetrar aquí y allá ráfagas de luz, y por uno que otro claro aparecían los penachos de los cocoteros balanceándose a mucha altura por encima de los árboles del camino. Las ciruelas de los trópicos cubren el terreno, las emanaciones de las flores entreabiertas y de las maduras frutas se esparcen en el aire. Frecuentemente pasan algunas hermosas indias en asnos que van al trote y se cambia con ellos el saludo de costumbre: «¡*Ave María!*!». «Sin pecado concebida».

Al llegar al puente del Manzanares, monumento notable en su género, porque es el único de la provincia, pero que se compone sencillamente de unas tablas de madera muy mal colocadas sobre estribos ya cuarteados y

desplomados, los grupos se separan: cada uno de los que van a tomar el baño descende de la escarpada orilla, y se sumerge en el agua transparente que rueda sobre un lecho de arena micácea, semejante a un mosaico de oro y plata. A esta hora matutina todas las aves cantan, los enjambres de mosquitos no remolinean aún en el aire, el calor del sol no ha atravesado aún el espeso ramaje de los árboles, y el agua que acaba de descender de las montañas conserva todavía la frescura de las rocas de que ha brotado. Después de algunos minutos de este baño delicioso y vivificador, se sube la ribera y enseguida las gentes se dispersan al acaso en los huertos vecinos. Así se pasan las primeras horas de la mañana en Santa Marta.

Una gran parte del día se emplea en dormir la siesta, al menos los hombres³⁴, porque las mujeres, activas en todos los países del mundo, no interrumpen sino rara vez sus quehaceres domésticos. Cuando el calor era tan fuerte que no me permitía una excursión a lo largo del río o de

³⁴ No obstante el respeto que por su gran ilustración, sus vastos talentos y la imparcialidad de sus juicios nos inspira el autor, nos tomaremos la libertad de aclarar unas veces y de rectificar otras algunos conceptos, formados indudablemente bajo las primeras impresiones o por informes erróneos o exagerados.

No dudamos que él observara frecuentemente que los habitantes de Santa Marta estaban ociosos, pero esto dependía de la carencia de trabajo, pues generalmente los hijos de aquella ciudad no son perezosos, y de esto dan pruebas trasladándose a otros países de la República, y aun de los Estados Unidos y Europa, en busca de ocupación cuando tienen medios de hacerlo (Nota del traductor).

la playa, no me quedaba otro recurso que tenderme en mi hamaca con un libro en la mano. La casa que había tomado en arrendamiento por la módica suma de veinte francos por mes era espaciosa, bien sombreada, rodeada de un hermoso huerto, y mi vecina, la niña³⁵ Perlita, con ese tierno instinto de hospitalidad tan frecuente en las mujeres criollas, no había esperado la formalidad de una visita para enviarme todos los muebles necesarios para mis reducidas necesidades domésticas. Extranjero desembarcado apenas, encontré ya en mi nueva patria mayor número de afectos simpáticos que los que de ordinario se encuentran en el país natal. Algunos jóvenes, ansiosos de instruirse, como lo son sin excepción todos los neogranadinos, venían a conversar conmigo; las damas a las cuales era presentado me interrogaban con la encantadora libertad del país. Algunas llevaban la audacia hasta preguntarme si las francesas eran bonitas. A esto yo hubiera contestado con ánimo resuelto, pero bajo los ojos fulgurantes de esas hijas del sol, apenas osé decir que allá en las brumas del Norte germinaban también bellas flores.

Una cosa que desde luego me llamó la atención fue la notable inteligencia de todos los jóvenes que conocí en Santa Marta. Siempre dichosos y alegres no hacen consistir su gloria suprema en representar el papel de héroes ridículos; viven jovialmente, hermanando el estudio con los placeres ruidosos. Se expresan con elegante facilidad y

³⁵ *Niña*, jovencita. En la Nueva Granada, las señoras casadas reciben, así como las señoritas, este tratamiento de confianza y amistad.

se elevan naturalmente a una elocuencia a veces verbosa, pero siempre seductora. Además del español, hablan en general una o dos lenguas vivas: el francés, el inglés, el alemán o el holandés. Ávidos de conocer todo lo que pertenece al extranjero adquieren cierta educación superficial que les permite conversar sobre todo sin quedarse jamás en zaga. Esta educación se la deben enteramente a sí mismos, porque en las escuelas la disciplina es completamente nula, y para obtener algún resultado de los niños es necesario hablarles como a hombres libres. Las instituciones republicanas han dado tal temple a la voluntad en todos los países de la América, que los niños así como los hombres no admiten la obediencia. Para hacerse respetar, los profesores deben darse sencillamente el título de amigos, y lejos de hacer uso de la menor autoridad, tienen que proceder con dulzura. En Luisiana, un director francés, infatuado con las tradiciones clásicas, introdujo en su colegio una disciplina rigurosa, y los jóvenes se amotinaron y quemaron el establecimiento.

Estos niños, tan quisquillosos en materia de dignidad personal, son felizmente muy exaltados en punto de honor; la emulación puede hacerlos obrar prodigios. Basta mostrarles confianza para que inmediatamente traten de justificarla por su actividad.

En esto los hombres de la Nueva Granada no difieren en nada de los niños, y cuando se convenzan de que su honor está comprometido en hacer prosperar a su país, en fundar escuelas, abrir caminos, cultivar su extenso territorio, es seguro que harán cuanto sea dable exigir de ellos. El

punto de honor es la principal palanca que podrá levantar este pueblo y lanzarlo en la vía del progreso: es la gran virtud que pondrá en actividad todas las otras. Las cualidades de los criollos granadinos son numerosas: si se les puede enrostrar cierta pereza moral, no se les puede negar la inteligencia, la bravura, la afabilidad y, sobre todo, la modestia. ¡Con qué conmovedora gracia no arrojan en la sombra a su propia patria cuando hablan de la Francia, que para ellos es con razón o sin ella, el representante más glorioso de las razas latinas y el portaestandarte del progreso!

El joven más notable de aquellos que conocí se llamaba Ramón Díaz. Era un mulato de dieciocho años apenas, y había tenido tiempo de adquirir una instrucción sólida. En compañía de un viajero europeo había estudiado la ornitología y la botánica en la explanada que rodea la ciudad; después de la partida del explorador extranjero, continuó sus pesquisas enteramente solo. Ayudado de algunos libros, había redactado para su uso privado tratados de filosofía, literatura y geometría. Sin embargo, la variedad de sus conocimientos no le había inspirado la menor ambición, y permanecía como si tal en la tienda portátil de su madre, en donde vendía quizás una quincena de plátanos por día. Si estaba destituido de ambición, no carecía de orgullo, y sabía muy bien que no es la posición social sino la dignidad personal la que da importancia al hombre.

Ramón Díaz y sus amigos no eran los únicos que me hacían pasar agradablemente las horas; tenía también otros visitantes: el mono atado a una larga cuerda, que cansado de balancearse en una rama, venía de tiempo en tiempo a

dar-me un abrazo; el loro, que me recitaba los nombres de todos los niños de la vecindad y se interrumpía frecuentemente con el grito de «¡burro!, ¡burro!» aprendido sin duda de los indios que excitan así a sus cabalgaduras; el pequeño perico verde que inclinaba la cabeza con aire tímido y zalamero, como para pedir un beso, alisando enseguida con el pico sus alas extendidas, y gritando alegremente cuando yo le arrojaba las frutas rojas del cacto³⁶.

Rodeado así de amigos y además un poco debilitado por el calor, no podía consagrar todas mis horas al trabajo. Sin embargo, mis estudios, aunque no eran serios, no dejaban de ser provechosos. Puede aprenderse, aun gozando, y el vaivén de la hamaca, las sombras de las ramas inclinadas sobre el pavimento a través de las columnas de madera del patio, la vista de la cuartada cúpula de la catedral que se delineaba color de violeta en el fondo azul del cielo, todas estas cosas contribuían a grabar irrevocablemente en mi espíritu cada una de mis reflexiones. En el silencio del gabinete sobre todo durante las noches frías y lúgubres de nuestros países del Norte, el que busca la verdad la encuentra desnuda con toda su serena majestad, y puede mirarla frente a frente sin que nada turbe su contemplación. Esta conquista tiene algo de heroica; es, sin duda, la más digna del hombre, pero es solitaria, por decirlo así, y no presta su poesía a nada de lo que lo rodea. En medio de la naturaleza tropical, potencia mágica que embellece todos los objetos, cada pensamiento es al mismo tiempo

³⁶ Tunas (Nota del traductor).

un cuadro; las abstracciones, tan frías en el Norte, armonizan con todo lo que las rodea, y frecuentemente una idea espera que un rayo de sol pase a través del follaje para despertarse en los espíritus. Las almas vibran de concierto con el gran alma de la tierra.

Con la noche vienen los bailes y los paseos. Los tocadores de tamboril y castañuelas se reúnen en las esquinas de las calles, e improvisan conciertos que los muchachos imitan de lejos con gran acompañamiento de calderos y carracas. Los jóvenes se reúnen en casa de las amigas que celebran sus días, y bailan en torno de un altar adornado con flores y guirnaldas; al lado de la imagen de la Patrona se suspenden todos los objetos preciosos existentes en la casa: collares, brazaletes, abanicos, piezas de género, láminas francesas representando el entierro de Atala o la muerte de Poniatowski³⁷. Los ministriles tocan con una especie de furia sus destemplados retornelos, recostados en muebles forrados en zaraza, y no descansan sino de hora en hora para apurar de prisa un vaso de chicha. Entra el que quiere,

³⁷ Poniatowski, conocido con el sobrenombre de “Bayard Polonais”, era sobrino de Stanislaw II, rey de Polonia. Se distinguió por su indomable valor, y viéndose obligado a expatriarse, tomó servicio en el ejército de Napoleón I, haciendo en 1809, con 8.000 hombres, una brillante defensa de Varsovia contra 60.000 austriacos y batiendo al archiduque Fernando. Fue nombrado mariscal de Francia en el campo de batalla de Leipzig, y pereció poco después ahogado en el Elster —19 de octubre de 1813—, en cuyo río se precipitó antes que rendirse, cuando no pudo proteger la retirada del ejército (Nota del traductor).

sea para bailar, sea para tomar de los refrescos que circulan a expensas del dueño de la casa y de sus *niñas*. La casa pasa a ser todas las noches de propiedad pública hasta el aniversario del natalicio de otra joven³⁸.

Gracias a la belleza de las noches, los paseantes son más numerosos en la playa que los danzantes en las salas de baile; los grupos se mezclan, se separan, se modifican; por diversas partes se oyen cantos que se confunden con el armonioso ruido de las olas. Los que no conocen el esplendor de las noches tropicales no pueden figurarse cuán dulces son las horas que se pasan a la luz velada de esas noches deliciosas; ignoran a qué grado puede uno gozar acariciado por la límpida atmósfera que lo rodea; todos los sentidos están halagados a la vez, los movimientos se hacen con tanta suavidad, que uno puede creerse libre hasta de su propio peso. El cielo cuyas estrellas brillan con una claridad cuatro veces mayor que en la zona templada³⁹ está casi siempre sin nubes, y se puede contemplar en toda su extensión el flamígero arco de la Vía Láctea. La luz zodiacal, que muchos astrónomos americanos pretenden ser un anillo semejante al de Saturno, redondea su inmenso arco hacia el occidente; al sur se presentan como copos de

³⁸ Creemos que el autor confunde la celebración del natalicio con la de la Invencción de la Santa Cruz, la cual tiene lugar en los nueve días que trascurren del 2 al 10 de mayo, y se verifica en los términos que él indica, durante las noches de esos nueve días (Nota del traductor).

³⁹ Según Alexander von Humboldt.

nieve las nubes magallánicas, y grupos de constelaciones tan vastas como nuestro cielo y perdidas sin embargo como un vapor en el espacio infinito. A cada instante estrellas errantes mucho más voluminosas en apariencia que las de nuestros climas y que dejan en pos de sí largos rastros de luz de variados colores, cruzan el cielo en todas direcciones; diríase a veces que aquellas exhalaciones son cohetes y fuegos de artificio; sin embargo, jamás hacen explosión. Esta circunstancia, y el número y volumen de las estrellas errantes, me parece que dan un gran peso a la opinión de los sabios, que no ven en estos meteoros otra cosa que la combustión espontánea del gas escapado de los pantanos. En efecto, en ninguna parte fermentan tantas materias corrompibles como en las lagunas de las selvas tropicales, y los gases que de ellas se levantan pueden formar, sin duda alguna, verdaderas nubes en las regiones superiores de la atmósfera.

Otra cosa contribuye también a aumentar la influencia casi embriagadora de las noches tropicales en el organismo: los perfumes de los huertos y de los bosques. Las flores de cada especie se abren unas después de otras, y derraman en el aire el olor especial que las distingue. Algunos de estos olores, entre otros el de la palma *córrea*, hacen una irrupción repentina o invaden bruscamente la atmósfera; otros, más discretos, se insinúan con lentitud y se apoderan gradualmente de los sentidos; otros producen una especie de ritmo en las olas aéreas, y brotan de las flores por intervalos, pero todos se suceden en un orden regular y producen así un verdadero diapasón de perfumes. Imitando

a Linné, que proponía la construcción de un reloj de flores, en el cual las horas se marcarían por la abertura de las corolas, *messieurs* Spyx y Martius, los célebres exploradores del Brasil, proponían convertir un jardín en un vasto reloj tropical, en el cual se indicaría cada división del tiempo por un olor diferente, escapado de una flor entreabierta como el humo se escapa del incensario.

▪ VII

▪ LOS ALREDEDORES DE SANTA MARTA — LA HORQUETA — EL INGENIO DE ZAMBA — EL MÉDICO HECHICERO

DESPUÉS DE HABERME INSTALADO en Santa Marta, me faltaba hacer algunas excursiones por la explanada y por las montañas que la circundan con su gigantesco anfiteatro. Dirigí mi primera correría hacia el promontorio que cierra del lado del norte las salinas y el puerto de Santa Marta, cuyas escarpadas cimas dominan atrevidas las ondas. Gracias a una estrecha barranca abierta por las aguas de las lluvias en las rocas de pizarra, pude subir, no sin trabajo, hasta el punto culminante de la colina. Desde lo alto de la enorme mole en la cual me encontraba, dominaba a la vez dos extensas bahías. A la izquierda se redondeaban los suaves contornos de la rada de Santa Marta, en donde se balanceaban algunos buques al ancla; a la derecha, se desplegaba el puerto de Taganga, más abierto, pero mucho

más extenso que el de la ciudad y, sin embargo, rara vez visitado si no es por alguna goleta de contrabandistas o una canoa de indios. En este momento, nada me recordaba al hombre, ni siquiera una miserable choza sobre la ribera.

No obstante mi deseo de contemplar por más largo tiempo los dos golfos tan graciosamente cercados por la estrecha cadena, la violencia del viento me obligó bien pronto a descender de roca en roca, como pudiera por una escalera y agazaparme sobre la arena en una gruta defendida de las olas por arrecifes en desorden. El viento se hace sentir siempre con una fuerza mayor a cierta altura sobre el nivel del mar; en la propia superficie de las olas, el rozamiento con el agua sobre la cual se desliza lo retarda mientras que más alto no experimenta ninguna resistencia y sopla con toda su fuerza: las velas superiores de las naves se inflan siempre más fuertemente que las bajas. Por medio de pequeñas hélices fijadas en los mástiles, me parece que podría medirse la intensidad del viento en alturas diversas, y acomodar para las corrientes atmosféricas los cálculos que el ingeniero de Prony ha hecho para los ríos; podría descubrirse también a qué altura sobre el nivel del mar se hace sentir el máximo de fuerza del viento en cada estación y en cada latitud. Este trabajo, que, para ser completo y concluyente requeriría numerosos y repetidos experimentos, se haría más fácil por la regularidad con la cual sopla sobre las aguas el viento de la zona tropical; lejos de propagarse como los vientos de nuestros climas por una sucesión de soplos violentos que separan intervalos de reposo, la brisa recorre el espacio con un impulso siempre igual: es una corriente cuya celeridad no cambia.

Mi segunda excursión fue más larga y menos fácil que la primera: se trataba de atravesar la boca del río Manzanares, costear la playa hasta las ruinas del fuerte San Carlos⁴⁰, y subir la montaña que lo domina. Nada más sencillo en apariencia, pero no contaba con una república de perros salvajes, que habían establecido su campamento sobre la ribera izquierda del río, y no dejaban invadir su dominio sin defenderlo. Apenas había atravesado la barra, largo valladar de arena alternativamente bañado por las aguas dulces del Manzanares y por las saladas del mar, cuando vi que cinco mastines vigorosos se levantaron de un salto de las altas hierbas en que estaban acostados, y se lanzaron hacia mí con el ojo ardiente y el cuello tendido. En un momento estuve rodeado, y las cinco furiosas bocas se abrieron para devorarme, pero cogí un pedazo de madero que estaba clavado en la arena y rompí con él la quijada al animal más encarnizado.

Esto fue un golpe de teatro: los mastines se detuvieron moviendo la cola en señal de afecto y se echaron a mis pies. El perro de la quijada colgante y ensangrentada me miraba con una ternura más servil que los demás. Este cambio repentino equivalió para mí, lo confieso, a la lectura de un largo artículo de historia o de filosofía. ¡Cuántos hombres, cuántos pueblos se han doblegado así bajo la mano que los golpeaba! ¡Cuántos esclavos no hay en América y en otras partes, que gimen bajo la opresión y que, sin embargo, aman cobardemente a sus amos y corresponden cada acto de tiranía con un nuevo envilecimiento!

⁴⁰ San Fernando era el nombre de este fuerte (Nota del traductor).

Media hora después llegué al fuerte de San Carlos, cuyos bastiones se levantan sobre la roca a través de la playa. Las murallas están desmanteladas; los cañones, expuestos hace más de un siglo al áspero viento del mar, se desmoronan en planchas herrumbrosas; el océano ha formado grutas en las casamatas. Nada más apacible que todo este tren de guerra mellado por el tiempo; en ninguna otra parte pueden formarse mejores ilusiones que al pie de estas murallas que tanto tiempo ha dejaron de amenazar a las escuadras. Desgraciadamente, desde lo alto del fuerte, se goza de una vista demasiado limitada, si no es hacia el mar, que se extiende al occidente en toda su inmensidad, pero del lado de tierra solamente se ve un estrecho horizonte de rocas y cactus.

Para contemplar en toda su belleza el panorama de la explanada, es necesario arriesgarse en las escarpadas pendientes de la montaña al pie de la cual fue construido el fuerte. Las dificultades de la ascensión principian en la base misma del cerro. Las rocas pizarreñas de que se compone están formadas de una masa muy deleznable que se rompe al pisarla y rueda en pedazos a lo largo de las escarpas. Las únicas plantas que crecen en las fragosidades pertenecen a la familia de los cactus y están erizadas de espinas formidables; el suelo mismo está todo sembrado de estos dardos acerados. Para subir por en medio de las piedras que ceden al poner el pie en ellas, corriendo a cada instante el riesgo de perder el equilibrio, es necesario colocarlo con la mayor prudencia entre las espinas e introducir delicadamente el cuerpo por debajo de los troncos y de las ramas de los cactus entrelazados. Un solo paso falso, un solo gesto extemporáneo y

puede uno cegarse o herirse gravemente enterrándose en las carnes un manojo de alfileres. Antes los españoles de Colombia plantaban a las inmediaciones de sus fortalezas hileras de cactus, y estas fortificaciones vegetales eran más difíciles de tomar que las murallas rodeadas de fosos.

A fin de conocer mejor el aspecto general de estas montañas en que deseaba establecerme, y familiarizarme al mismo tiempo con los peligros que presentan, resolví internarme en la *montaña*⁴¹, y subir tanto cuanto me fuese posible por los flancos de La Horqueta. Todos aquellos a quienes pedía algunos datos sobre esta montaña procuraban amedrentarme con la descripción de una multitud de peligros imaginarios: uno me habló de serpientes y tigres; un indio, fuerte en aritmética, pretendió persuadirme de que había una treintena de estos animales, catorce machos y dieciséis hembras, correteando por las pendientes de La Horqueta. Otro me aseguró que existía en los valles superiores una tribu de salvajes que tenían la costumbre de asesinar a los extranjeros por medio de flechas untadas del veneno del *curare*. Un tercero sostenía que las montañas estaban encantadas, y que los naturales, hábiles hechiceros, se entendían con el diablo para guardar la entrada de sus desfiladeros. El que salvaba la primera garganta, me decía él, debe desafiar torrentes de lluvia que descienden del cielo como verdaderas cataratas. Si la fuerza y el valor no le faltan, y llega al segundo desfiladero, es asaltado por un hur-

⁴¹ Selva virgen. En casi todas las antiguas cartas francesas de la América, *montaña* ha sido traducida erróneamente *montagne*.

cán de nieve; si a pesar de la tempestad continúa subiendo la roca, entonces el diablo en persona viene a su encuentro y muestra sus cuernos al viajero obstinado.

Esta fábula se apoya en un fondo de verdad y puede dar a las gentes supersticiosas una vaga idea de la superposición de los climas en los flancos de las altas montañas. En efecto, la Sierra Nevada, colocada como una gigantesca barrera a través del camino seguido por los vientos alisios, recibe en sus valles todos los vapores que se levantan del mar; después del mediodía, entre dos y tres, o más tarde, aun en las dos estaciones de sequedad anuales, cuando un implacable azul se extiende sobre la explanada, la tempestad estalla en la Sierra y los vapores se precipitan en copiosas lluvias en los valles inferiores, en huracanes de nieve en las pendientes elevadas. A mayor altura se extienden los *páramos*, mesetas desiertas en donde los que no están habituados al tránsito de las montañas son atacados frecuentemente de vértigo. ¿A qué atribuir este vértigo sino a los maleficios del demonio?

Yo temía poco los sortilegios, pero en la ausencia de guías no podía pretender descubrir solo los desfiladeros practicables y los senderos abiertos por el tapir a través de los montes y de las malezas. En Santa Marta, ni un solo hombre, blanco, negro o zambo, había penetrado en la Sierra hasta la base de La Horqueta. Cuarenta días antes de mi llegada, una docena de hombres abastecidos de provisiones y armas habían partido para la montaña con la esperanza de obtener del Gobierno la concesión de 16.000 hectáreas de excelentes tierras, prometidas al que o a los que descubrieran una

garganta fácil en la dirección de Valledupar, ciudad situada en línea recta a veinticinco leguas al sudeste, pero la expedición, lejos de atravesar la cresta de la Sierra, descendió por un valle lateral al pueblo de Fundación, cerca de la Ciénaga. Es, pues, cierto que estas montañas son de difícil acceso; sin embargo, jamás podrá uno admirarse suficientemente de que una cima de más de cuatro mil metros, que se levanta a menos de cuatro leguas de Santa Marta, haya permanecido inexplorada hasta hoy.

Los picos más elevados no han recibido nombre siquiera, y nadie pudo decirme cuál era el San Lorenzo, frecuentemente citado en las obras de Humboldt. Presumo que este gran viajero designó así La Horqueta. No pudiendo encontrar a ningún español que quisiera servirme de guía, recordé la promesa que había hecho a Zamba Simonguama, y resolví visitarlo en Bonda, esperando encontrar en él un excelente compañero. Pregunté sencillamente dónde estaba situado Bonda, pero se me miró con aire de admiración.

—*No hay gente en la Sierra.*

—¿Cómo, los pueblos están desiertos?

—*No hay gente, le digo, no hay sino chinos.*

Doblemente admirado de esta aserción contradictoria que negaba la existencia de habitantes en los pueblos de la Sierra y afirmaba al mismo tiempo que los chinos estaban establecidos en ellos, insistí en poseer la llave de este enigma, y descubrí que los habitantes de la explanada, blancos y negros, tienen solos el nombre de *gente*; en cuanto a los indios de las montañas, no tienen derecho al título de hombres, no son sino *chinos*.

Este nombre, como el de indio, evidentemente impuesto a los indígenas de la América por los primeros conquistadores, es una nueva prueba de que los españoles estaban firmemente persuadidos de que habían descubierto las costas orientales de Asia. Cristóbal Colón creía que las costas de Veraguas, cerca de Portobelo, estaban a nueve jornadas de marcha de la embocadura del Ganges. Para él la isla de Cuba no era otra cosa que el Japón o reino de Cipango, la Costafirme era una península de la vasta y misteriosa *Tierra sinensis*, y los *pieles rojas*, eran chinos o indios. En el embarazo de la decisión, se les dieron ambos nombres: el uno ha sido adoptado en Europa, mientras que el otro se ha perpetuado en la América del Sur hasta nuestros días. Por largo tiempo los castellanos rehusaron el título de hombres a los indígenas y los trataron como bestias. Los negros importados de África no fueron más respetados al principio, pero en consecuencia de los cruzamientos y de la abolición de la esclavitud, la mezcla entre blancos y negros se obró gradualmente, mientras que los indios quedaron aparte en sus valles montañosos. Poco a poco los negros y mulatos, con su presunción natural y la potencia de simulación que los distingue, han formado resueltamente entre la *gente*, y dejan para los indios solos la calificación de *ninguno*. No hay necesidad de decir que nadie hace esta distinción injuriosa en los estados más civilizados de la Nueva Granada⁴², en

⁴² Ni tampoco en nuestras costas del Atlántico pues, aunque es cierto que a los naturales de los pueblos los llaman *indios*, no es por desprecio, sino porque descienden de la raza primitiva (Nota del traductor).

las altas planicies, donde los indios forman la mayor parte de la población y han nacido hace mucho tiempo para la vida política. Las tribus de indios que no se han mezclado a la masa del pueblo y viven aparte en sus caseríos o en sus ranchos son los únicos que los habitantes de las ciudades se permiten tratar así; ellas forman poco más o menos la vigésima parte de la población granadina.

El deseo de ver esos *chinos* no podía menos que aumentar mi ardor para realizar la excursión a La Horqueta. Mi amigo Ramón Díaz ofreció acompañarme hasta Mamatoco, pueblo de indios situado a una legua de Santa Marta, sobre la ribera izquierda del Manzanares. El ancho sendero que conduce a este pueblo cruza los huertos, rodea al norte de la explanada la base de la cadena montañosa, después sigue por un desfiladero entre esta cadena y algunos mamelones rocallosos cubiertos de cactus. Por allí, durante las fuertes crecientes, el Manzanares derrama sus aguas y amenaza a la ciudad de Santa Marta. En cada una de estas inundaciones, arrastra consigo enormes cantidades de arena que cubren el camino con su masa movediza y hacen el tránsito de él sumamente penoso. Más allá del río, que se atraviesa a vado, el camino es excelente, y se llega en pocos minutos al pueblo de Mamatoco, larga calle formada por cabañas y que remata en una pequeña plaza en que se levanta una casa de ventanas y barandas, perteneciente al cónsul inglés.

Casi todos los indios, hombres, mujeres y niños, estaban ocupados en sus huertos y en sus cañaverales; la calle estaba desierta, y los únicos habitantes del pueblo eran los

buitres —*gallinazos*—, posados sobre los techos de hojas de palmas. No reteníendome en Mamatoco ningún objeto especial, me despedí de Ramón Díaz después de haber obtenido las señas necesarias, y me apresuré a recorrer el sendero montuoso que conduce a través de la selva al hermoso valle de Bonda.

Mi antiguo compañero de viaje, Simonguama, me recibió con una explosión de alegría y corrió a llamar a sus amigos para festejar con ellos mi bienvenida con una botella de chicha; enseguida me sirvió un refresco de frutas y de *pichipichis*⁴³, y me comprometió a pasar la noche en su cabaña. Verdadero *caballero*, me mostró y puso a mi disposición sus herramientas, sus instrumentos y hasta sus vestidos, pero olvidó presentarme a su mujer, india despavorida, cuya desordenada cabellera flotaba al viento como las crines de un caballo. Su marido no le dirigía nunca la palabra; se contentaba con darle sus órdenes por señas que ella comprendió por demás de un modo admirable y se esmeraba en ejecutarlas inmediatamente. Ante los extranjeros la mujer del piel roja de la Sierra es siempre una esclava muda. ¿De dónde viene esta desaparición de la esposa cuando ella ve penetrar un tercero en la cabaña conyugal? Quizás de un refinamiento de celos de parte del esposo. Con esta religiosidad que él observa generalmente en todos sus actos, el marido considera a su mujer más bien como una institución que como una persona: ella es su propiedad por

⁴³ Pequeñas conchas bivalvas que presentan alguna semejanza con el *Cardium esculentum*.

excelencia y, para ampararla mejor, no quiere que sea admirada siquiera. El musulmán cubre con un velo a su mujer; más celoso todavía, el indio la rebaja sistemáticamente en presencia del extranjero: hace de ella una esclava, le prohíbe la palabra, casi la mirada, le quita toda individualidad y la suprime por decirlo así. Acostumbrada a su papel de máquina, la mujer lo ejecuta admirablemente.

Mi título de francés me valió una acogida favorable de parte de todos los indios invitados por Zamba. Los piratas bretones y nanteses, que antes espumaban el mar de las Antillas y que dejaron tan sangrientos recuerdos en las costas de Colombia y en la América Central, solamente atentaban contra las fragatas, las plantaciones, las ciudades españolas, y en sus expediciones tomaban frecuentemente a los indios por compañeros en los asesinatos y el incendio. De aquí sin duda, esa popularidad que acompaña al francés. A pesar mío, vine al cabo de muchos años a tener alguna solidaridad con los antiguos piratas de la isla de la Tortuga.

Así como las otras tribus de la Sierra Nevada de Santa Marta, todas conocidas con los nombres de sus pueblos, Gaira, Mamatoco, Masinga, Taganga, la tribu de los bondas descende del antiguo pueblo de los taironas, quienes, a la llegada de los españoles, cultivaban los valles y las pendientes de las montañas hasta el pie mismo de los hielos, y podían, dicen, poner más de 50.000 combatientes sobre las armas. Más de una vez rechazaron a los españoles en batalla campal, y la playa de Gaira conserva aún el recuerdo de la terrible lucha en que todo un ejército de invasores blancos

fue exterminado sin que quedase uno solo. Sin embargo los indios, atacados nuevamente, cedieron al fin ante la disciplina y las armas de fuego de los europeos, y probablemente debieron a su retirada a las montañas el haber escapado en parte al exterminio. Hoy los descendientes de los antiguos taironas están en un estado de transición. No han entrado aún en la corriente de la vida civilizada, como sus hermanos de los estados de Santander y Boyacá, y sin embargo no viven ya en su fiera y salvaje libertad antigua. No hablan siquiera la lengua de sus padres, y desde la guerra de la Independencia, que los transformó en soldados y ciudadanos, han perdido el sentimiento de la patria local para adherirse a la gran patria granadina. En este nuevo patriotismo está el germen de su futura regeneración.

Los caciques de los indios de la Sierra han tenido siempre una autoridad libremente consentida por los miembros de la tribu, pero antes podían juzgar todas las causas y pronunciar todas las sentencias de una manera absoluta y sin apelación. Hoy los caciques no son en realidad sino simples jueces de paz, y todos los negocios importantes deben pasarse al tribunal de Santa Marta. Simonguama lo había experimentado a su costa. Si él hubiese sido juzgado en su tribu, no habría sido condenado ciertamente a la fuerte pena que tuvo que sufrir por haber penetrado de noche en la cabaña de un mulato de Mamatoco y haberla pillado completamente. Cada pueblo tiene su moral: a los ojos de los otros bondas, Zamba solamente había cometido una falta, y cuando volvió del *presidio*, no había perdido nada en la estimación de sus compañeros.

A pesar de las apariencias, la religión de los indios de la Sierra difiere igualmente de la de los samarios. Es verdad que ya no adoran el Sol: en general, tienen también en su cabaña una pequeña imagen de la Virgen, fija a una vigueta con un alfiler o con un clavo, pero esta imagen no basta para hacerlos católicos. La Santa Virgen les parece una buena y pequeña diosa, suficiente a lo más para la protección del hogar, pero completamente impotente fuera de la cabaña. Que salven el umbral de sus puertas, inmediatamente verán erguirse por sobre las selvas y los picos las dos grandes puntas azules de La Horqueta. Esta doble cima es la grande, la temible diosa de todas las tribus que viven a su sombra; es ella la que arranca las nubes al cielo para ceñirse la frente, es ella la que vierte los torrentes en sus gargantas y sus valles, ella la que brama con la voz de las tempestades; la explanada que se extiende a sus pies es fertilizada por sus lluvias y sus arroyos. ¿No es a ella a la que es necesario rendir todo homenaje por el crecimiento de las plantas y por el sustento diario? ¿No es ante ella que debe temblarse cuando lanza la tempestad en los valles que la rodean?

Después de su vuelta del presidio, Zamba Simonguama había tenido tiempo para hacerse industrial y montar un pequeño trapiche. Durante los pocos instantes de reposo que me dejaba su solícita hospitalidad, traté de examinar en detal todos sus aparejos de fabricación. Lo mismo que los de todos los modestos ingenios de la Sierra, se reducen a muy poca cosa, pero no por eso dejaron de parecerme bien respetables como el tipo original de las sabias y complicadas máquinas que se ven hoy en los importantes

establecimientos de Europa y América. Un asno atado a un madero hace girar uno sobre otro los dos cilindros de madera dentados; un muchacho introduce el extremo delgado de la caña de azúcar entre los dos cilindros, la caña se hace pedazos, y el *vino de caña* pasa por un tubo de bambú a una enorme calabaza, en donde un segundo muchacho, provisto de una calabaza más pequeña, toma el jugo para trasladarlo a la marmita que sirve a la vez de *grande*, de *refinador*, de *miel* y de *batición*⁴⁴. Esta marmita, sostenida por algunos ladrillos, descansa en una hornilla cavada en el suelo, de suerte que para activar el fuego, el atizador se ve obligado a bajar al fondo de un agujero de más de un metro. En todas las veinticuatro horas se vacía la miel de la marmita en una cubeta chata, en la cual se condensa lentamente; enseguida se corta en *panelas*, pequeños panes rectangulares que forman con los plátanos la base de la alimentación en las provincias septentrionales de la Nueva Granada. Sucede frecuentemente que los indios y los negros se contentan con azúcar para su comida. Yo he calculado que en las costas atlánticas de Colombia cada persona come más de ciento cincuenta kilogramos de azúcar por año. En ningún país del mundo, ni aun en las Antillas, es tan considerable el consumo de este artículo, pero tampoco en ninguna parte la caña es más rica en azúcar, y aunque los medios de extracción son enteramente primitivos, el

⁴⁴ Nombre de las cuatro calderas por las cuales debe pasar el jugo de la caña sucesivamente antes de sacar el aguardiente.

rendimiento del caldo de la caña en azúcar cristalizada es de cerca del dieciséis por ciento.

Cuando llegó la noche, queriendo Simonguama darme la hospitalidad como verdadero gentilhomme español, hizo que su mujer desplecase una gran tela nueva tejida con las fibras de la pita americana; después, subiendo sobre un tronco de guayacán que servía alternativamente de silla y de mesa, logró colgar esta tela sobre mi lecho, especie de zarzo fijado más abajo del techo. Quizá nunca se había desplegado por indio alguno lujo semejante, y yo manifestaba mi reconocimiento a Zamba, cuando de repente cayó un escorpión de tino de los pliegues de la tela. Mis gracias expiraron en los labios, y fue con verdadero horror que salté sobre mi lecho. Aquella noche fue para mí muy poco agradable, lo confieso, pues me parecía a cada instante que otro escorpión iba a enterrar su dardo en mis carnes.

Al día siguiente, descendiendo de la percha de cañas silvestres sobre la cual había pasado la noche tan desagradablemente a tres metros sobre el suelo, insté a Simonguama para que me acompañase a La Horqueta, pero me confesó que no conocía esa región de las montañas y que solamente había recorrido las *sierritas* de las inmediaciones. Ofreció al mismo tiempo conducirme hasta Masinga, pueblo situado en la cima de un terraplén muy elevado, desde donde se disfruta de una vista admirable sobre el mar y la explanada de Santa Marta. En efecto, apenas dirigí mi petición al *caporal* o cacique de los indios de Masinga, cuando este me presentó un joven que, decía él, podía llevarme «*por todas las partes del mundo*». Me

apresuré a arreglarme con este guía incomparable, y partimos inmediatamente.

Durante muchas horas consecutivas, marchamos a través de la selva sobre la pendiente de un valle en que oíamos correr un torrente; después seguimos un camino abierto por las cabras por en medio de los pastos, y hacia las dos de la tarde llegamos a una explanada árida donde se perdía toda traza del sendero. Al frente aparecía azul y serena la doble cabeza de La Horqueta, separada de nosotros por un abismo; cambiando de frente, podíamos percibir aún la explanada ostentando su verde cintura alrededor de la concha tranquila del puerto. El guía que hasta allí había marchado con paso firme daba señales de inquietud; había llegado evidentemente al límite de ese mundo que conocía tan bien, y llegó mi vez de conducirlo a él. Subí desde luego a un gran *peladero*⁴⁵, con la esperanza de poder rodear del lado del sur el gran valle que se extiende al pie de La Horqueta, pero vi que era necesario atravesar el golfo, y eligiendo para descender una garganta cuyas pendientes estaban cubiertas por un monte de cañas espinosas, descendí lo mejor que pude al lecho del torrente. Sus bordes estaban sombreados por una vegetación de tal manera embrollada, que para avanzar era más fácil deslizarnos de rama en rama como monos, que arrastrarnos por el suelo. Después de habernos despedazado los vestidos, las manos y el rostro, logramos subir a la meseta que domina la otra ribera, pero habiendo llegado al límite de

⁴⁵ Montoncillo de rocas, desnudo de toda vegetación por la intemperie.

las selvas que se extienden sobre las pendientes mismas de la montaña, nos fue imposible pasar la barrera de troncos, bejucos y parásitas entrelazados. Al mismo tiempo se formaba una tempestad amenazadora sobre nuestras cabezas. Me fue forzoso ceder a las súplicas de mi guía y decidirme a volver cara ignominiosamente. Tal como se me había predicho en Santa Marta, los sortilegios del diablo obtuvieron la victoria.

Para regresar a Masinga, me pareció que el camino más cómodo era el lecho del torrente cuyo valle habíamos rodeado. Esta fue una bajada penosa; durante más de dos horas, con una fuerte lluvia, nos fue necesario saltar de grada en grada en una inmensa escalera cuyos escalones son rocas y troncos de árboles arrojados al acaso. Todos los que están acostumbrados a las excursiones de las montañas saben que para descender así es necesario entregarse enteramente al instinto y dejar que la inteligencia, que ordinariamente se tiene en la cabeza, se refugie en los miembros; reflexionar, cuando un pie se detiene en la punta de una roca y el otro se balancea en el espacio, es caer, y caer, es despedazarse el cráneo. Tan pronto era preciso saltar por encima de la rama de un árbol; tan pronto arrastrarse por debajo, después lanzarse sobre una roca en medio del agua blanca de espuma, mantenerse en equilibrio sobre el borde de un precipicio, apoyar el pie en la fragosidad de una pared vertical, y saber sostenerse, sin quebrarla, de una rama seca, o de una gavilla de hierba sin arrancarla.

Así descendíamos, cuando de repente sentí en un ojo un vivo dolor; una avispa del país, la *conchahonda*, cuyo

enjambre suspendido de una rama de árbol toqué por descuido, me picó en el párpado. En pocos segundos, el ojo picado estaba enteramente cerrado, y el otro no dejaba pasar la luz sino a través de una abertura estrecha. Apenas veía, y me dejé deslizar trabajosamente de piedra en piedra, cuando de repente me encontré sumergido en el agua hasta medio cuerpo, en el fondo de un pequeño pozo cavado en la roca al lado de una cascada bramadora. Felizmente no estaban lejos las primeras cabañas de Masinga; me arrastré penosamente con la ayuda de mi guía, y me dirigí donde el caporal para reclamarle la hospitalidad a que me daba derecho mi carácter de extranjero. Mi huésped me puso inmediatamente una compresa en los ojos, me subió al zarzo de cañas silvestres suspendido de las vigas del techo; después se fue a buscar al médico hechicero del pueblo. Este, hermoso joven, de ojo meditabundo, de andar vacilante, me acarició largamente la cara, como tienen la costumbre de hacerlo los indios con sus enfermos, después me aplicó sobre el párpado una hoja de naranjito⁴⁶.

En pocos minutos me sentí completamente curado.

⁴⁶ Arbusto cuya hoja se asemeja a la del naranjo.

▪ VIII

▪ SAN PEDRO — MINCA — EL PLANTADOR FILÓSOFO — LOS CORREOS

DURANTE MI PERMANENCIA en Santa Marta, que se prolongó algunas semanas, pude comprender cuán difícil me sería fundar una explotación agrícola tal como yo la concebía. Casi toda la explanada está dividida en porciones de muy escasa extensión, pertenecientes a mestizos y negros que cultivan ellos mismos árboles frutales y vienen todas las mañanas a la ciudad conduciendo su recolección de frutas. Yo no podía pensar en una asociación con estos agricultores, bravas gentes que viven sin ninguna preocupación por el porvenir, y pasan su vida, demasiado perezosa por otra parte, en disputas con motivo de los conductos de irrigación, frecuentemente estancados en provecho de uno solo. En cuanto a los valles y pendientes de la Sierra, cuyos terrenos, de una fertilidad exuberante,

bastarían para alimentar ampliamente a medio millón de hombres, han sido concedidos hace mucho tiempo a algunos grandes capitalistas que no quieren ni vender ni cultivar, y, con la indefinida esperanza de una futura colonización emprendida en una escala gigantesca, rehúsan enajenar la menor porción de su inmenso territorio. Jamás lo han visitado, jamás han recorrido esas soledades, aún ignoran su verdadera extensión, pero al menos pueden cada tarde, al pasearse por la playa, contemplar las azules montañas, los valles cubiertos de sombra que les pertenecen, y decir con satisfacción: «¡Todo ese horizonte es mío!».

Las pendientes de la Sierra Nevada que dan frente a Santa Marta son las únicas monopolizadas en previsión de futuras inmigraciones; las demás y la mayor parte de la cadena central no han sido concedidas todavía a nadie por el Gobierno de la República, y todo colono serio puede establecerse allí sin pasar bajo las horcas caudinas de un primer concesionario. Desgraciadamente todas esas regiones son de todo punto inaccesibles a los viajeros que partan de Santa Marta, y, para penetrar hacia el interior, siquiera de la mole principal de la Sierra, es indispensable elegir como punto de partida la ciudad de Riohacha, o los pueblos situados al mediodía en el gran valle del río Cesar. Debía, pues, resolverme a abandonar El Dorado de la explanada del Manzanares, pero con el objeto de gozar de él el mayor tiempo posible, resolví completar a los alrededores de Santa Marta mis estudios preliminares sobre la agricultura tropical.

Por esta época, las únicas explotaciones importantes del distrito eran las de San Pedro y Minca, pertenecientes

entrambas al mismo propietario, el señor Joaquín de Mier, el más rico comerciante de la ciudad. San Pedro está situado no lejos de Mamatoco, entre el Manzanares y su principal afluente, que desciende de las gargantas de La Horqueta. El agua, este elemento tan necesario para las plantas, corre murmurando por pequeños acueductos distribuidos a lo largo de los canales de servicio; árboles gigantescos arraigados al borde del río balancean sus hojas, de un verde oscuro, por encima de los vastos campos de caña; en el huerto de donde se escapan aromas que pudieran llamarse irritantes, se ven innumerables arbustos cubiertos de flores que se abren extendidas o chorrean en forma de cascada sobre las ramas inclinadas; por todas partes la naturaleza, como madre generosa, da productos magníficos sin mayor trabajo. La hacienda contrasta con la exuberante vegetación que la rodea. Los edificios de explotación se encuentran en mal estado; los patios están desempedrados; la máquina de vapor, toda desarreglada, funciona rara vez y la mayor parte del jugo de la caña se emplea en la confección de la bebida llamada guarapo. Fue en San Pedro, en una modesta alcoba de la casa de habitación, que murió en 1830 el general Bolívar, acusado por sus compatriotas de haber atentado a las libertades públicas de su patria y de haber gobernado a estilo de emperador la República que lo había nombrado su presidente⁴⁷.

⁴⁷ El exagerado republicanism de unos, la ambición de otros y la ingratitud de los más, formularon esa acusación que jamás

Minca, llamado así por una tribu de indios que en otro tiempo habitó esta parte de la Sierra, es una de las más antiguas plantaciones de café del Nuevo Mundo, y sus productos son muy estimados en todas las costas del mar Caribe. Así se ve que los cafés de Cúcuta, de la Sierra Negra y de otras procedencias usurpan frecuentemente aquel nombre. Los extranjeros que permanecen algunas semanas en Santa Marta no dejan de visitar Minca y, a pesar de la fatiga de una marcha de cinco horas por caminos fragosos, jamás se arrepienten de esta excursión, la única que pueden hacer sin peligro en la Sierra propiamente dicha.

Rodeando el ingenio de San Pedro, se suben sucesivamente las pendientes de muchos peladeros, después se sigue el borde de una garganta profunda, que más que verla se adivina, tanto así se estrechan unos contra otros los árboles. Cuando uno se inclina sobre el estrecho sendero en que está como suspendido para mirar al fondo del valle, solamente divisa un abismo de follaje, una mezcla inextricable de troncos, bejucos y hojas. Apenas se distingue de cuando en cuando el brillo de un punto blanco, un copo de espuma que indica el paso del torrente cuyas cascadas braman como una tempestad. Los mismos árboles, cuyos troncos ocultos por la aglomeración de las hojas no han podido divisarse en el fondo del golfo, entrelazan sus copas por encima del sendero, y solamente dejan pasar por entre sus ramas una vaga y misteriosa luz. El piso sobre el

justificaron y cuya falta de fundamento ha venido descubriendo el tiempo (Nota del traductor).

cual se marcha desaparece bajo las plantas de todas especies; podría creerse uno perdido en un océano de verdura. Hubo un momento en que no pude darme cuenta del paisaje que me rodeaba: me parecía a las veces que cruzaba por un puente de verdura echado sobre un torrente, cuya agua escuchaba mugir a una gran profundidad, pero los árboles que se levantaban a derecha o izquierda tenían tantas guirnaldas de parásitas en flor, las entradas del puente estaban obstruidas de tal manera por grandes arbustos entrelazados, que no pude saber si era debido al trabajo del hombre, o si era un arco abierto en las rocas por el torrente.

Se comprende que, en una naturaleza tan fragosa, el sendero desaparezca frecuentemente por la vegetación, que esté obstruido por árboles caídos y quebrado por las inundaciones repentinas; sin embargo, al lado de este camino, cuyas curvas y zigzags cambian todos los años por las pisadas de los animales y de los peones, se ve aún el antiguo camino de los indios mincas, enlosado con piedras de granito de más de un metro de dimensión. En los lugares en donde la pendiente de la montaña es muy rápida, las piedras están dispuestas en escalones, pero regularmente están colocadas de plano sobre el terreno inclinado, y forman un pavimento resbaladizo en el cual no se atreven a aventurarse las bestias, sobre todo en el tiempo de lluvias. Por otra parte, este camino no sirve para orillar ningún obstáculo, y sube las colinas escarpadas o desciende a pico en los valles, sin desviarse de la línea recta, y se comprende que fue construido por una raza de montañeses para los cuales era desconocida la fatiga. Hoy, de los indios mincas solamente queda

el nombre y este camino monumental, al lado del cual los españoles trazaron su sendero cortado por barrancos.

De la cima de una roca escarpada que atraviesa el camino se descubre repentinamente la plantación de Minca, extenso claro que la selva circunda por todas partes con sus toldos de verdura. Hay un puente sobre el torrente de Gaira y enseguida una calle de naranjos conduce a la habitación principal, situada a seiscientos metros de elevación, a media pendiente de un contrafuerte de La Horqueta, que domina una garganta inculca que se redondea en semicírculo al pie de la montaña. Desgraciadamente su cafetal no está mejor conservado que el ingenio de San Pedro. Los árboles de café, plantados en quincunces, de tres en tres metros, están cubiertos de musgo; muy pocas frutas mezclan su brillante rojo al verde de las hojas; las hierbas abatidas por el aire se abren paso a través de la tierra, donde se colocan las bayas para hacer secar las cáscaras. Los obreros parecen también mucho más inclinados a dormir la siesta que a cuidar los campos.

¡Cosa sorprendente! En esta plantación tan fértil, donde basta sembrar al acaso para que la tierra produzca el céntuplo, donde podrían hacerse crecer en un mismo vergel todos los árboles frutales del globo, no se ha pensado en desmontar una parte de la selva para establecer en ella un platanal o una hortaliza, y es preciso que todas las mañanas vaya una caravana de *peones*, asnos y mulas a buscar a Santa Marta, a cinco leguas de distancia, las provisiones para cada día. Cuando me presenté en persona al *capataz* Fortunato, el valiente hombre se aterró verdaderamente por mi llegada inesperada, y con gran trabajo pudo descubrir en toda la

hacienda cuatro plátanos y un trozo de azúcar para llenar conmigo los primeros deberes de la hospitalidad. Ordinariamente los visitantes llevan los víveres para no verse reducidos a tomar por todo alimento algunas tazas de café⁴⁸.

La decadencia de Minca data de la abolición de la esclavitud. Antes de esta época, un gran número de negros trabajaban, no bajo el látigo, porque en Colombia era muy raro que los esclavos fuesen maltratados por sus amos, sino bajo una vigilancia constante y un eficaz apremio moral del cual les era casi imposible evadirse. Daban su trabajo diario casi gratuitamente, y estuviera o no presente el dueño, no dejaba de trabajarse lo necesario en la estación favorable; los productos se recogían en el tiempo requerido, y el dinero pagado por las cosechas fluía regularmente a la caja. Cuando fue devuelta la libertad a los esclavos, los amos cuidaron de no cambiar nada en su sistema de agricultura, y siguieron escrupulosamente sus antiguos errores: en lugar de transportarse a sus propiedades, de supervigilar ellos mismos el trabajo, descargaron en un capataz el cuidado

⁴⁸ Como el mismo autor lo dice enseguida, cuando él visitó Minca esta hacienda estaba en decadencia, y esa decadencia se debió, no a la incuria del propietario, sino a la carencia de brazos para hacer la recolección del café, cuyas primeras cosechas se perdieron completamente por tal causa. Por lo demás, tenemos seguridad de que el señor de Mier ignoró la visita que el autor hizo a sus propiedades, pues al haberla sabido aquel, habría sido su compañero, y entonces no habría extrañado la carencia de víveres, porque el señor de Mier conocía y sabía practicar dignamente los deberes de la hospitalidad (Nota del traductor).

de buscar peones, de arreglar con ellos los precios, y vieron en consecuencia disminuir poco a poco sus rentas.

En un país como la Nueva Granada, donde cada hombre libre puede tener un dominio, donde las exigencias de la vida material reducidas a la simple alimentación solamente requieren un trabajo insignificante, todo propietario debe, si quiere prosperar, interesar directamente al trabajador en su prosperidad. Algún tiempo después de mi partida de Santa Marta, el señor Joaquín Mier hizo llevar de Génova unos cincuenta agricultores, con los cuales esperaba transformar de nuevo a Minca en una floreciente propiedad. Estos italianos pasaron en el *farniente* más absoluto los tres meses de su compromiso, y enseguida se dispersaron por diferentes puntos, trabajando y desmontando por su propia cuenta; la mayor parte se reunió a inmediaciones de la Ciénaga de Santa Marta, en un pueblo de formación reciente: Fundación. Allí se han entregado al cultivo del tabaco y de los árboles frutales cerca de cien familias europeas en el espacio de cuatro o cinco años, y bajo el solo impulso del trabajo libre, este punto ha venido a ser el centro agrícola más importante de las costas de la Nueva Granada.

A mi regreso de Minca tuve ocasión de ver una vez más cuán fácil es enriquecerse con el trabajo agrícola en las regiones montañosas de la Nueva Granada. En el fondo de una cañada alcancé a ver un sendero lateral serpenteando entre los troncos unidos de los *bihaos*⁴⁹; lo seguí

⁴⁹ *Heliconia bibai*, plátano de los monos. Es una planta que a primera vista puede confundirse fácilmente con el plátano.

con cierta curiosidad y pronto me encontré en un vasto claro ante un cobertizo reducido a las más simples proporciones, que consistía únicamente en un gran techo de hojas de palma sostenido por cuatro estacas gruesas. En una hamaca suspendida de largas cuerdas a las soleras del techo, se balanceaba un anciano de severa fisonomía, leyendo tranquilamente un periódico. A su lado dos peones dormían sobre unas esteras; una mula, amarrada a una de las estacas del cobertizo, masticaba perezosamente espigas de maíz; aquí y allá estaban esparcidos machetes, sillas, vestidos, pailas, platos; en un rincón, entre dos piedras ennegrecidas por el humo, acababan de extinguirse algunos carbones. Al ruido que hice rozando las hojas de bihao, el anciano se volvió y, alegrándose a la vista de un caballero extranjero, se enderezó en su hamaca y me invitó cortésmente a descansar a la sombra de su techo; después despertó a uno de sus peones y le ordenó que colgara otra hamaca y que me preparase una taza de *jengibre*⁵⁰.

Demasiado político para preguntarme el objeto de mi paseo, se apresuró a prevenir mi curiosidad refiriéndome cómo había venido a establecerse en un rancho perdido en medio de las selvas. Habiendo heredado, hacía algunos meses apenas, un territorio de muchas leguas cuadradas, el señor Collantes, inspirado repentinamente, había tomado la resolución, bien extraña a los ojos de sus amigos, de ir a cultivar una parte de su vasto dominio. Eligiendo

⁵⁰ Bebida exquisita y saludable, producida por la infusión de una raíz de jengibre en un agua muy azucarada.

cerca del camino de Minca una cañada abundantemente regada y desprovista de grandes árboles, hizo poner fuego por muchos puntos a la vez, y el incendio propagándose con rapidez en los altos matorrales formó bien pronto un extenso claro en el cual se veían esparcidos aún algunos troncos ennegrecidos. Dos o tres días bastaron para que el rancho se levantara en medio de las cenizas; la hamaca fue suspendida en él y Collantes se instaló allí como en un trono.

Sin variar su posición horizontal, vigilaba con un solo golpe de vista los trabajos agrícolas e indicaba con un gesto en qué parte de la cañada o de las colinas inmediatas debía sembrarse el tabaco, plantar las plataneras o las cañas de azúcar. Comía con sus peones, bebía con ellos el jengibre o el café y jamás dejaba, aun antes de lo fuerte del calor, de llamarlos para la gran siesta. Cada tres o cuatro días, un peón iba a la ciudad a buscar los periódicos, las cartas y las provisiones; una vez por semana, recibía la visita de algún amigo o extranjero que iba a Minca. Verdadero filósofo el anciano, no pedía más para ser dichoso. Estaba al abrigo de la lluvia; su hamaca y una frazada reemplazaban todo lo que en las ciudades se cree necesario para la comodidad, el periódico lo mantenía al corriente de lo que pasaba en el mundo; veía ondular al impulso de la brisa sus plátanos y sus cañas, ¿qué más podía desear? Además su empresa debía producir infaliblemente buenos resultados, porque sus gastos eran casi ningunos, sus cosechas se vendían con anticipación a un precio muy elevado y tenía el cuidado de asegurar siempre el trabajo de los peones haciendo de ellos

sus libres asociados. Para estudiar prácticamente la agricultura tropical, quizás hubiera hecho bien en pedir la hospitalidad por dos o tres semanas al plantador Collantes, pero prefería establecerme en las inmediaciones de la ciudad, con un joven e inteligente italiano que, hacía más de un año, poseía una roza⁵¹, a media legua de Santa Marta, donde cultivaba las especies más importantes de árboles frutales y algunas plantas industriales. Feliz este joven por haber encontrado un compatriota, porque en la América del Sur todos los latinos se llaman hermanos, acogió mi propuesta con gozo, y bajo su dirección me puse inmediatamente a la obra. En el espacio de unas pocas semanas, aprendí a conocer las diversas variedades de frutos y semillas; planté una hilera de plátanos, ayudé a reparar una parte del canal de irrigación; ensayé, bien que mal, el modo de extraer la fécula de la yuca, todo esto con gran admiración de un zambo que ganaba renegando sus cuarenta sueldos por día⁵², y no podía comprender que un hombre en sus cabales encontrase algún placer en el trabajo.

Aprendí, sin embargo, bastante, y para hacer aún mejor mi aprendizaje, elevándome a la dignidad de propietario, traté de comprar un huerto encantador de una hectárea de superficie, situado a orillas del Manzanares y perfectamente regado. Me lo ofrecieron con su casita y todos sus árboles frutales por la módica suma de treintaiocho

⁵¹ *Roza*. En la Nueva Granada llaman así a los huertos y vergeles.

⁵² Cuatro reales (Nota del traductor).

francos. Estaba próximo a cerrar el negocio cuando fui a consultar a mi italiano y lo encontré tendido en su estera con el cráneo roto: en una riña que se originó después de haber bebido, un compañero de botella le había asestado un terrible bastonazo. Esta aventura, que me reveló ciertos hábitos de mi profesor, resfrió mi celo, y no encontrando quien pudiera servirme de mayordomo en lugar de Andrés Giustoni, resolví no diferir por más tiempo mi partida para la ciudad de Riohacha.

Podía elegir la vía de tierra o la de mar: la primera me parecía infinitamente más agradable, pero estábamos al principio de la estación lluviosa y, sin rodearme de una multitud de precauciones que no estaba en posibilidad de tomar entonces, me habría sido imposible hacer transportar mi equipaje por las riberas del mar. Además la marcha habría sido horriblemente penosa. Los correístas, únicos de quienes habría podido pretender que me sirvieran de guías, hacen en tres días el trayecto de 175 kilómetros entre Santa Marta y Riohacha; además las dos primeras etapas son las únicas que tienen un rancho en que puedan obtenerse algunos recursos en caso de un accidente; no hay siquiera trazado un camino de una ciudad a otra, y es indispensable seguir la orilla del mar entre el agua saltadora y los altos derrumbaderos, cuyas bases corroen las olas. Frecuentemente hay que elegir el momento preciso en que la ola se retira para lanzarse en el agua hasta medio cuerpo y rodear así la extremidad de un promontorio. Si se vacila un solo instante, la ola vuelve remolineando por encima del viajero y lo arroja en medio de las piedras esparcidas

o lo golpea contra el barranco. Veinte ríos desembocan en el mar entre Santa Marta y Riohacha. En tiempo de sequedad, la mayor parte derraman sus aguas en lagunas pantanosas separadas del mar por un cordón litoral, pero durante la estación de las lluvias se abren a través de las arenas numerosas bocas siempre cambiantes, y algunas veces los correístas en su marcha de tres días tienen que atravesar más de cien brazos de agua corriente. Cuando estos ríos no son muy profundos, se puede seguir la barra marcada por la línea blanca de los bajos, pero marchando sobre la arena que cede con las pisadas es necesario no olvidar que es preciso dar machetazos a diestra y siniestra para espantar los monstruos, cocodrilos o tiburones, que pueden encontrarse en las inmediaciones. Si el agua está muy profunda o la corriente muy rápida para poder pasar a vado, uno se amarra sólidamente debajo de los brazos dos vejigas o *balsos*, para conservar la cabeza y el pecho fuera del agua, y, sable en mano, se atraviesa así la embocadura. La administración ha elegido para correístas a indios jóvenes, caminadores incansables, y que podrían en caso necesario hacer todo el camino sin reposar ni un solo instante; a su llegada parecen tan frescos como en el momento de partir. Son siempre tres, con el objeto de poder intimidar a los jaguares: el uno conduce a la espalda la valija de la correspondencia; el segundo va encargado del saco de provisiones y al tercero se le confían las armas y las vejigas. Cada viaje es remunerado con veinte francos poco más o menos.

Seguro de llegar medio muerto si intentaba seguir a estos terribles caminadores, tomé el partido más prudente

de ir por mar, con tanta más razón, cuanto que para penetrar en el interior de la Sierra, como tenía intención de hacerlo, debía seguir después la parte más interesante de este camino. Fui a tomar mi camarote en la goleta La Margarita, próxima a hacerse a la vela para Riohacha; dije adiós a todos mis amigos y después a esa ciudad de Santa Marta, tan bella en medio de sus huertos, a la sombra de sus grandes montañas. Apenas habíamos pasado el Morro cuando la ciudad desapareció de repente como un sueño, el más agradable que haya tenido en mi vida, pues millares de mariposas blancas que revoloteaban a nuestro rededor como una trompa inmensa, ocultaban a nuestros ojos la Sierra y los promontorios.

Durante toda la travesía, esta nube movable nos quitó la vista del panorama de los cerros, y para abreviar las horas, me vi obligado a recurrir a mi pequeña biblioteca. Cuál no fue mi sorpresa cuando al abrir mis libros, al parecer intactos, los encontré casi sin hojas como cajas cuyo contenido se hubiera vaciado. Durante mi peregrinación en Santa Marta, en el espacio de algunas semanas, el comején había devorado todo, salvo las pastas y los cantos; de tal manera que de la obra entera de un célebre filósofo ecléctico, no me quedó sino el título impreso en bellos caracteres mayúsculos. ¡Singular ironía de la suerte!

Después de una travesía de dos días, llegamos a la vista de las escarpas, o barrancos de arcilla roja que prolongan al oeste la costa de Riohacha, y por la tarde desembarqué en el largo muelle del puerto de aquel nombre.

▪ IX

▪ EL CÍRCULO FRANCÉS — LA COLONIA DE EXTRANJEROS

SANTA MARTA, TAN NOTABLE por su magnífica posición, difiere poco de las otras ciudades de la República bajo el punto de vista de sus habitantes y de las costumbres de estos. Riohacha, al contrario, es una ciudad distinta, y los objetos de estudio se presentan allí en tropel. Puesto avanzado de la civilización granadina, está separada de las tribus salvajes apenas por la embocadura de un río. Allí se encuentran y se unen con los lazos de un comercio activo muchas sociedades completamente diferentes por su origen y por sus hábitos: los hombres de sangre mezclada, que forman la mayoría de la población, los guajiros nómadas, los *arhuacos* industriales y tímidos, y algunos grupos esparcidos de europeos, que representan el elemento moderno del progreso.

Antes de despedirse de mí, el capitán de La Margarita me instó vivamente para que diera la preferencia a la

posada el Palacio Verde. Ya estaba yo acostumbrado a las exageraciones de lenguaje; sin embargo, el pomposo nombre de Palacio Verde me hizo suponer balcones elegantes, grandes arcadas moriscas, espesos bosques de palmeras y fuentes de aguas murmuradoras en medio de las flores. Llegué pronto al lugar designado, miré cuanto me fue posible, y solamente vi una sencilla casita baja con cinco o seis ventanas de hojas verdes que le habían valido sin duda el sonoro nombre con que la había bautizado el propietario. El Palacio Verde servía alternativamente de colegio y de albergue; cuando yo me presenté, estaba ocupado por una quincena de muchachos que, bajo el pretexto de aprender a leer, retozaban alrededor de las mesas y se subían sobre los bancos. El director del colegio avanzó gravemente hacia mí, con la gramática española en la mano, y me anunció que por entonces no era posadero: «Mi casa, como yo y todo lo que poseo, están a la disposición de usted; sin embargo si usted prefiere permanecer en un hotel, le recomiendo la casa de su compatriota el ingeniero don Antonio Rameau».

Este personaje grueso y fresco, sencillamente vestido, pues sólo llevaba camisa y calzoncillos, estaba sentado a la puerta en medio de un grupo de personas vestidas apenas un poco más decentemente que él. Desplegó para recibirme maneras parisienses que contrastaban singularmente con su traje, y me presentó, uno tras otro, a los miembros de la sociedad, todos compatriotas: era una verdadera colonia de franceses llevados por la casualidad a esa playa lejana. La asamblea me recibió con una explosión de gozo, y me

hizo sufrir inmediatamente un interrogatorio en regla. Yo era allí, en aquel momento, un representante de la patria y, como tal, no me pertenecía ya a mí mismo; había pasado a ser la propiedad de mis nuevos conocidos, que habían adquirido el derecho de abrumarme a preguntas.

Es sabido que por instinto nuestros nacionales se adhieren más al suelo natal que los demás europeos; los emigrantes franceses que se destierran voluntariamente dejan siempre el corazón cerca del hogar doméstico y alimentan hasta la muerte la esperanza de volver. Excepto en las grandes ciudades, en donde forman comunidades numerosas, en las demás se consideran como expatriados; con frecuencia se echan en cara el haber dejado la patria querida; protestan obstinadamente contra las nuevas circunstancias en que se encuentran y rehúsan, casi siempre, hacerse ciudadanos de la república en que habitan. El francés, separado de la patria por las inmensas ondas del mar, cree que la única capital de la civilización es París, que la única voz del mundo es la que parte de la Francia. En todo compatriota, cualquiera que sea su origen o su pasado, ve un amigo, y el nombre de francés le hace perdonar faltas y crímenes. No sucede lo mismo con el inglés: este es más exclusivo en su patriotismo; él es para sí mismo su propio país y puede pasarse sin hermanos. En cuanto a los alemanes emigrados, la mayor parte de entre ellos se despojan de su nacionalidad como de un vestido, y a veces afectan despreciarse mutuamente en presencia del extranjero.

El círculo francés de Riohacha se reunía todas las noches en la puerta de la casa del ingeniero Rameau o en el patio de

la del vicecónsul. Este último, excelente anciano que durante mi larga permanencia en Riohacha me hizo numerosos e importantes servicios, habitaba en la Nueva Granada hacía treinta años, y del francés solamente conservaba el patriotismo exaltado; su matrimonio, sus relaciones, su comercio, sus costumbres lo habían transformado bajo todos los otros aspectos en neogranadino; no presentaba ya ninguno de los rasgos característicos que distinguen a sus compatriotas.

Mi huésped el ingeniero, o para hablar más modestamente el albéitar Rameau, era todavía el hijo de París, y su carácter no había cambiado nada después de su llegada a Riohacha. Hijo de un ujier del Ministerio del Interior, había hecho sus estudios en la escuela de artes y oficios de Angers. Él mismo confesaba que jamás había comprendido nada de las ciencias y que apenas aprendió algunas canciones populares, pero gracias a su habilidad natural, había llegado a ser, sin gran trabajo, un excelente obrero. Cuando dejó la escuela resolvió casarse, y hacía algunos meses que lo había verificado, cuando en un café se encontró con un alegre negociante de Le Havre encargado por sus corresponsales de Riohacha, de remitirles por el próximo correo un ingeniero que supiera hacer un pozo artesiano. El negociante le propuso el negocio a Rameau. El joven marido vaciló al principio, pero la triple perspectiva de visitar el Nuevo Mundo a costa de una compañía, de ganar una suma considerable y de merecer el título de ingeniero lo decidieron al fin. Con el objeto de aprender la teoría de los taladros, compró un volumen de una enciclopedia popular, enseguida adquirió por cuenta de la sociedad granadina los

instrumentos necesarios, abrazó a su mujer y a su anciano padre, y helo ahí navegando en el Atlántico y esforzándose en leer su manual a pesar del marco. Cuando llegó a Riohacha, se puso a la obra atrevidamente y taladró en el primer lugar que se le designó, sin hacer el menor estudio preliminar sobre la naturaleza geológica del terreno. El trabajo marchó bien durante algunas semanas, pero los utensilios se rompieron en un banco de rocas. Los retira, los repara lo mejor que le es posible y vuelve a comenzar el taladro. Las máquinas se rompen nuevamente y el dinero suscrito por los accionistas se gasta en reparaciones y en compras. Se le hacen recriminaciones, se acusa al ingeniero francés de no conocer su oficio, y finalmente se le invita a presentar su dimisión; enseguida se arrojan las herramientas en el agujero de sonda, y se cubre todo con algunas planchas.

A pesar de haberse evaporado sus sueños de gloria y de fortuna, Rameau no se desalentó; se hizo arquitecto de la catedral de Riohacha, albéitar, herrero, armero, chalán, hotelero, reparador de arcos y flechas, fabricante de estribos y espuelas para los indios guajiros. La fortuna le sonreía y gracias a sus variados talentos, podía dormir todos los días una siesta de muchas horas. Tomó una *comprometida* para gobernar su casa y veía crecer a su rededor una media docena de muchachos de todos los colores y completamente desnudos. Tal era mi anfiction.

El decano de los franceses de Riohacha era don Jaime Chastaing, carpintero, ebanista por estado, pero censualista por naturaleza. Era un individuo seco y apergaminado, siempre cubierto con un gorro de algodón que deliberadamente

le cubría hasta las orejas. Hábil obrero, había dejado Francia por invitación de un capitán de buque que le pintó Riohacha como El Dorado, pero perezoso más allá de toda expresión, había esquivado trabajar para enriquecerse, y poco a poco había caído en una miseria relativa. Así, ¡qué amargura cuando se veía obligado a permanecer dos o tres días delante de su banco para ganar con qué hacer frente a las necesidades de todo un mes!

Aprovechaba las ocasiones para maldecir su destino y creerse el más desgraciado de los hombres. Gran contradictor, solamente sentía renacer el gozo en su alma cuando había podido triunfar en una pequeña escaramuza de palabras y sofismas; entonces acariciaba su bigote blanco, inclinaba con aire provocador su gorro de algodón y hablaba con complacencia de las ventajas del estudio. Pocos días después de mi llegada, descubrió en mi aposento algunos números sueltos de una colección filosófica: esto fue para él el descubrimiento de un mundo. Desde entonces sus discusiones versaron solamente sobre el *ser* y el *no ser*, la inmortalidad del alma, la personalidad de Dios y otras cuestiones trascendentales. Fuerte con las armas que tomaba en el arsenal de los silogismos, triunfaba de todos sus adversarios, y si había algunos que se atreviesen a abordar ciertos asuntos cuyo monopolio se había reservado él, lo hacían temblando. El único sentimiento que se guardaba de contradecir era el amor de la patria; hablaba de Francia con el mismo respeto que los demás miembros del círculo.

Hacia principios de mi permanencia en Riohacha, un recién venido aumentó la colonia francesa: era un capitán

náufrago. Descendiente de una familia de lobos marinos bretones, fue enviado desde muy temprano al Seminario de Rennes; había recibido el grado de bachiller en Derecho y en Teología, pero en un hermoso día el amor hacia ese mar que lo había mecido en su cuna cuando era niño revivió en su corazón, colgó los hábitos y se enganchó como marinero a bordo de un buque que iba a partir para Pondichéry. De mar en mar, de ribera en ribera, había recorrido el mundo bajo los pabellones de todos los colores, ingleses, americanos, chinos, holandeses. Se había casado en la isla de Madagascar; después, huyendo del matrimonio como había huido del celibato, interpuso mil ochocientas leguas entre su esposa y él, con el objeto de ir a ejercer el oficio de pirata en las islas de la Sonda. Su temeridad inaudita, su inteligencia, su instrucción sólida, fortificada aun con sus viajes y sus aventuras, su falta absoluta de conciencia le habían puesto la fortuna en las manos cien veces, y cien veces la había dejado escapar por su amor a lo desconocido. En fin, pudo adquirir una goleta en el puerto de Cumaná, con la cual hacía un comercio de contrabando muy fructuoso en las costas de Colombia, entre La Guaira y Puerto Cabello. En una noche de tempestad su goleta se había perdido con todo el cargamento en uno de los bancos de arena que estrechan la entrada a la laguna de Maracaibo, y él mismo escapó a duras penas medio desnudo. Recogido al día siguiente por un buque de Riohacha, había llegado a esta ciudad sin recursos, casi sin vestidos, aunque con sobra de ánimo. La noche misma de su llegada había principiado a construir el edificio de su fortuna: instalado en la esquina

de una calle, sentado en un banquillo que le había facilitado el ingeniero Rameau, ofrecía a los peones y a los muchachos plátanos, tazas de café, azúcar. Verdadero charlatán, acompañaba sus arengas con muecas y gestos, con gran sorpresa de los caballeros y con no menos escándalo del vicescónsul francés, antiguo capitán también, que veía en esa conducta un doble ultraje a la dignidad del francés y a la del marino. Pero ¿qué importaba la dignidad al capitán Delarroke? Ocho días después de su llegada tenía un pequeño peculio, recogía el sebo que los carniceros de Riohacha arrojaban a la calle, fundó una modesta fábrica de velas y realizó beneficios que le permitían pensar en una próxima partida para California, en donde quería hacerse minero. Por la noche no dejaba de asistir al conciliábulo francés, cuyo más bello ornamento se creía; desgraciadamente su lengua se desataba demasiado algunas veces a causa de la chicha del país, refería entonces con cierta complacencia su vida de latrocinio y piratería; aun se vanaglorió un día con una sonrisa de satisfacción de haber sido mercader de negros y de haber ayudado al asesinato de la tripulación de un crucero inglés. Facineroso engreído por sus proezas, se parecía por el egoísmo y la inclinación al mal a un *rowdy* americano, pero cuando era sobrio, su espíritu, su instrucción, sus modales servían de pasaporte a sus vicios.

Otro capitán asistía regularmente a las reuniones de la noche; era un anciano que de naufragio en naufragio había venido a encallar en esta playa lejana, a dos mil leguas de su patria. Demasiado viejo y cascado para emprender un último viaje, había tomado el partido de permanecer

donde la fortuna lo había arrojado, y se consideraba como una producción marítima abandonada por las ondas en la arena de la orilla. Con los restos de su haber, se hizo construir una cabaña frente al mar, y pasaba los días a la puerta contemplando las naves que se balanceaban a lo lejos en la rada. Todas las noches a la misma hora, se veía al viejo capitán volviendo la esquina de la calle, apoyado en su bastón con puño de marfil; sin fuerzas para caminar, hacía deslizar lentamente sus pies medio sumergidos en la arena y avanzaba así como una sombra. Cuando llegaba al centro del círculo, se sentaba aniquilado por la fatiga, y hacía una inclinación de cabeza por vía de saludo, porque estaba casi mudo a consecuencia del asma. Al escuchar los sonidos de la dulce lengua materna, se reanimaba poco a poco, sus ojos brillaban y se sentía revivir. En él estaba muy bien representado el patriotismo con toda su fuerza instintiva. Para él sus compatriotas eran la Francia con sus goces, su gloria y su belleza; en ellos amaba todo su pasado, su juventud, sus recuerdos, su dicha perdida. ¡Excelente anciano! Cuántos años vivió así, con dos cosas solamente que le hacían soportar la existencia: durante el día, la vista del mar, y por la noche, ¡las vibraciones que en su oído producían los armónicos acentos de la bella lengua francesa!

¡Cosa extraña! Riohacha no poseía otros representantes de la nacionalidad francesa. Ordinariamente en todas las ciudades importantes de la Nueva Granada se encuentran también peluqueros parisienses, vendiendo sus perfumes, sus jabones y sus cepillos con tanta gracia y cortesanía como si ocuparan aún un almacén de la calle

Vivienne. El peluquero, hay que confesarlo, es el heraldo de la civilización francesa: él hace conocer al extranjero nuestras maneras, nuestras modas, nuestras opiniones, a él lo toman como el tipo del francés ideal. Así nada iguala la audacia con la cual recorren el mundo estos *artistas*; en todas partes se consideran ellos como en país conquistado, y gracias a su origen transatlántico se figuran que lo conocen todo, sin haber tenido necesidad de aprender cosa alguna. En Riohacha me refirieron la historia, probablemente exagerada, de uno de ellos, que diciéndose ingeniero, se había ofrecido sin rubor a una sociedad de Antioquia para dirigir la explotación de unas minas de oro. Su facundia ofuscó a los accionistas que le dieron plenos poderes, creyendo haberse puesto en un excelente minero. Sin la menor vacilación, hizo abrir canales, construir esclusas, comenzar excavaciones, emprender al acaso grandes trabajos. Todo lo vuelve de arriba a abajo, pero con gran admiración, no logró su objeto y consumió en la empresa los capitales de los empresarios. Al fin, tuvo que reconocer él mismo lo infructuoso de sus esfuerzos y confesó francamente el estado desesperado de las cosas. «Circunstancias imprevistas han hecho fracasar mis planes, pero contando con vuestro concurso para emprender nuevamente los trabajos, me ofrezco, señores, entretanto, para haceros la barba. He aprendido igualmente el oficio de peluquero».

Tales son los personajes que componen, con antiguos marinos, algunos obreros y raros comerciantes, las colonias francesas de la Nueva Granada. Las principales naciones de Europa están representadas también en la República,

y Riohacha, como las otras ciudades, tiene su cuota parte de inmigrantes de todos los países de ultramar.

Cuando estuve en Riohacha, el italiano de la ciudad era el genovés Canova, sobrino del gran estatuario, una especie de Holofernes que se oía aullar de un extremo al otro de la Calle Mayor. Sucesivamente exportador de café, tabaco y cacao; plantador, banquero, expendedor de aguardiente, armador, había recorrido todo el país y su nombre era célebre en el más insignificante caserío de la Nueva Granada. Para enriquecerse con toda seguridad, había tenido la ingeniosa idea de ostentar un aire estúpido: cuando su estrepitosa risa levantaba las paredes de su ancho pecho, podía asegurarse que urdía alguna trama con el objeto de engañar a algún desgraciado comprador.

El español de Riohacha era un antiguo paje de cámara transformado en exportador de cuernos y pieles; traficante avaro, se ocupaba día y noche en verificar el balance de su fortuna. El inglés era un hijo de familia arruinado que, de desorden en desorden, de bancarrota en bancarrota, había concluido por agazaparse en Riohacha para ocultar su vergüenza. El griego era un hombre de ojos negros, de facciones angulosas, boca pérfida, andar oblicuo: tenía la apariencia de un pirata, y causaba asombro que no se lo hubiese colgado de la verga de algún navío. De todos estos extranjeros, el alemán era el único verdaderamente respetable: evitaba en general la compañía de sus colegas los comerciantes. Por la noche, se le veía siempre pasearse solitario por las orillas del mar; su nariz prolongada en forma de pico, sus anteojos redondos, sus faldas flotantes,

sus piernas largas y flacas, su andar lento y precavido, le daban el aire de una garza preparándose a dejarse caer en las olas en pos de algún pez.

Los elementos entre los cuales se reclutan en general los extranjeros de la Nueva Granada son demasiado impuros. La república granadina no se aprovecha aún de esa gran corriente de emigración que se dirige a Chile, a la república Argentina y aun al Brasil; quizás no cuente anualmente por término medio cincuenta emigrados útiles, desembarcados en las costas de los estados de Bolívar y del Magdalena, con el objeto de crearse allí una nueva patria. Casi todos esos colonos pertenecen a las razas latinas o bien a esa raza germánica, que pierde tan fácilmente su nacionalidad y, como el hielo convertido en agua por los rayos del sol, transforma sin esfuerzo sus hábitos y costumbres al contacto de los pueblos del Mediodía. Los americanos del Norte establecidos definitivamente en la Nueva Granada son poco numerosos, y los que fijan allí su residencia se apresuran a reclamar el título de ciudadanos granadinos. Impacientes por pronunciar discursos, ejercer sus derechos y desempeñar funciones públicas, se hacen naturalizar antes de saber hablar el español; y sin embargo de tal procedimiento, son mal vistos a consecuencia de su gravedad anglosajona y de su espíritu de dominación. Los neogranadinos fundan todas sus esperanzas en sus hermanos los latinos de Europa⁵³.

⁵³ Hoy no es así: la malhadada expedición francesa a México ha producido una completa reacción en los espíritus de los suramericanos

Entre los extranjeros residentes en Riohacha, sería injusto olvidar a dos miembros muy asiduos del club al aire libre de don Antonio Rameau, los hermanos Bernier, mulatos de Jacmel, desterrados a consecuencia de una sublevación contra Soulouque. Se decían franceses como todos los haitianos, respecto de los cuales pueden hacerse a Francia muy graves cargos, y con el objeto de hacer constar perfectamente bien su origen, recordaban frecuentemente el nombre de su bisabuelo, el célebre médico del Gran Mogol, Akhbar. Ordinariamente no se aprecia en su justo valor la influencia que las razas latinas y la rama francesa en particular ejercen en toda la América, por intercesión de los haitianos y de los negros de las islas españolas y francesas, verdaderos corredores de civilización que bogan siempre de Antilla en Antilla a través del mar Caribe, y descansan aquí y allá en las costas de Colombia como aves viajeras. Los haitianos, esencialmente imitadores, reciben con entusiasmo lo que les viene de la antigua metrópoli, y fuertes con su existencia en cuerpo de nación, enseñan con la autoridad que da la independencia lo que han aprendido. Principalmente por su mediación, los diez o doce millones de negros que habitan el Nuevo Mundo serán sometidos a la influencia de la civilización europea.

que, con justo motivo, vieron en esa expedición una amenaza a su independencia y un ataque a la República, única forma de gobierno que ellos aceptan. Temiendo futuras tentativas, vuelven la espalda a la Europa, y buscan en la gigante república del Norte el poderoso aliado que los defiende contra aquellas tentativas (Nota del traductor).

▪ X

▪ RIOHACHA

POCOS DÍAS DESPUÉS DE MI llegada, di las gracias por su hospitalidad al ingeniero Rameau, y alquilé al extremo opuesto de la ciudad una casa agradable, sombreada por un pequeño grupo de palmeros. Al principio tuve algunas dificultades que estaba muy lejos de prever: mi arrendador, el señor Morales, no quería oír hablar de arrendamiento, y a duras penas le hice aceptar la módica suma que le correspondía. Debo a este propietario modelo una multitud de noticias sobre la sociedad de Riohacha, el mecanismo de la administración local, la geografía de los alrededores, los indios guajiros y las montañas. Cuando un neogranadino presta servicios, no pone límites a su complacencia.

La ciudad de Riohacha, menos regularmente construida que la de Santa Marta, tiene la inmensa ventaja de no estar arruinada; sus calles con aceras de ladrillo a ambos lados, aunque muy llenas de polvo y muy mal alineadas, avanzan cada año más hacia el campo, y el número

de habitantes pasa ya de cinco mil, población considerable para una ciudad insalubre de la costa. Casi todas las casas cubiertas con hojas de palma se componen de maderos verticales, cruzados con listones de cañas silvestres o bambú; las paredes forman de este modo una especie de zarzos, cuyos intervalos se llenan con barro amarillo endurecido al sol; así, las fachadas de las casas que miran al norte y al este, esto es, expuestas a los vientos alisios, se conservan completamente húmedas por el espacio de algunos meses. Los únicos edificios de piedra son la aduana, las ruinas que sirven de palacio al cuerpo legislativo de la provincia, dos o tres casas particulares, y la iglesia, monumento demasiado grande, y en el cual se trabajó durante cuarenta años; esta se halla coronada por un faro erigido en 1856, el primero que se haya levantado a costa de una ciudad neogranadina. Cuando este faro brilló por la primera vez, fue una fiesta nacional: todos los ríohacheros, hombres y mujeres, se transportaron al muelle para ver brillar su luz; les parecía que no tenían cosa alguna que envidiar a las grandes ciudades del mundo. Desgraciadamente, después de ese día de triunfo, el guardián del faro ha olvidado frecuentemente su deber, y la estrella de fuego no esparce sus rayos sobre la ciudad sino de tiempo en tiempo.

De los tres fuertes que defendían la ciudad en tiempo de los españoles, uno solo subsiste aún; las ondas han zapado los otros dos ha mucho tiempo, cuyos cimientos se han convertido en pequeños arrecifes, cubiertos de pulpos. Los temblores de tierra, tan frecuentes y a veces tan terribles en otras partes de Colombia, parece que no han

sido la causa de su destrucción. Tal vez se ha efectuado una lenta depresión del terreno, porque se nota en muchos lugares la invasión gradual del mar, y la calle de la Marina, antes la más importante de Riohacha, ha desaparecido bajo las ondas, que se la han llevado en claro. En otro tiempo debió de producirse con gran intensidad un movimiento en sentido inverso: la explanada entera compuesta de aluviones marítimos y de conchas calcáreas tiene la apariencia de una bahía recientemente formada. Los contornos de los arrecifes perdidos en el interior de las tierras están tan tersos como en la época en que los golpes de las olas formaron desigualdades en ellos; las arenas parecen arrojadas allí la víspera, y los pantanos formados en los terrenos bajos están aún tan salados como el día en que una calzada de guijarros los separó del mar.

La explanada de Riohacha puede tener dieciséis leguas granadinas en todos sentidos; cubre una superficie de seis mil cuatrocientos kilómetros cuadrados, limitada al oeste por la Sierra Nevada, al sur por las montañas de pórvido llamadas Sierra de Treinta o de San Pablo, y al este por el río que ha dado nombre a la ciudad y que la separa de los desiertos y de los pantanos de la península guajira. Al pie de las alturas y sobre las riberas de las corrientes de agua, esta explanada es extremadamente fértil, pero en la zona más próxima a Riohacha, la falta de agua dulce y la naturaleza arenosa del terreno hacen muy precaria toda tentativa de agricultura, excepto en las riberas del río, en las cuales nadie osa establecerse a causa de la terrible vecindad de los indios. El campo está cubierto solamente de

árboles espinosos y de malezas que crecen en las dunas, a lo largo de las antiguas playas marítimas y alrededor de pantanos infectos. En las condiciones actuales de la agricultura granadina, sería absurdo hacer tentativas serias de colonización en los alrededores de Riohacha, porque alejándose una docena de leguas hacia el sur o el oeste pueden encontrarse admirables terrenos que hasta ahora no han sido ocupados, y que son infinitamente más propios para toda clase de cultivo; los raros huertos de los alrededores de la ciudad deben su existencia a los ricos propietarios, que los plantaron con el objeto de que sirvieran como lugares de recreo.

En 1856, el vicecónsul francés hizo plantar quinientos mil pies de ajonjolí en un campo de veinte hectáreas poco más o menos, que había hecho desmontar cerca del promontorio de Mariangola, a seis kilómetros al oeste de Riohacha. Él me detalló complacientemente sus esperanzas. «Rebajando», decía él, «un cuarto del precio que puedo conseguir en Marsella por mis productos, cuento con trece mil pesos por estación, que son veintiséis mil pesos o ciento treinta mil francos por año». Desgraciadamente las lluvias fueron poco abundantes y las plantas, que crecen muy bien en medio de los bosques en que están protegidas de los rayos del sol por el espeso follaje, se marchitaron en ese vasto campo sin sombra antes de producir. La quimérica renta neta de veintiséis mil pesos se saldó por una pérdida de algunas centenas de francos. Resultados semejantes deben esperarse en la mayor parte del territorio que se extiende alrededor de la ciudad.

Profundas y tortuosas barrancas abiertas por las aguas de las lluvias en el terreno de arcilla roja, y que se agrandan a medida que se aproximan al mar, cortan la explanada en todos sentidos y hacen muy penosa, aun para el más obstinado cazador, la marcha por ella. Aunque la legislatura vota cada año subsidios para mejorar los caminos arenosos que se dirigen a pueblos del interior, sin embargo, no se les puede recorrer sino a pie o a caballo; no se encuentra un solo carro, ni otro vehículo del mismo género en treinta leguas a la redonda. El vicecónsul inglés, el primer caballero de la ciudad, posee un coche que es, por decirlo así, el símbolo de su poder, y que los jóvenes elegantes le piden a veces para cruzar a toda rienda las plazas y las calles de Riohacha, y ocultarse en un torbellino de polvo a las miradas de los papanatas, azorados. Asimismo, otro caballero, el señor Atensio, ha hecho construir una góndola dorada que jamás le sirve, pero que tiene el placer de mostrar en el patio a sus visitantes.

Como los habitantes de Riohacha no pueden penetrar en los bosques de los alrededores, ni seguir los senderos, en los cuales se sumergen hasta media pierna en la arena, se ven obligados a limitar sus paseos a lo largo de la playa, que cada ola allana y siembra de conchitas, o bien a recorrer de un extremo a otro el muelle que tiembla al choque de las olas. La rada de Riohacha es extremadamente rica en vida animal. El mar está a veces amarillo de acafeos; numerosas tortugas flotantes navegan en orden en una vasta extensión de plantas marinas, que cambian la superficie de las aguas en una inmensa pradera; los cuervos marinos, llamados *buzos*

en el país, se sumergen torpemente, mientras que bandadas de *tagatangas*, revoloteando alrededor de aquellas aves, se posan sobre sus espaldas y esperan pacientemente que hayan cogido alguna presa para arrebatársela. Por la tarde, bandadas triangulares de aves marinas, semejantes a los batallones de un ejército, se dirigen hacia los pantanos situados al oeste, al pie de la Sierra Nevada, y por la mañana vuelven en el mismo orden, sin alterar en nada la regularidad de sus viajes diurnos. Frecuentemente se ve aparecer en el agua al tiburón, en persecución de las doradas o de otros peces, pero las gentes que se están bañando no se ahuyentan por eso ni suspenden el baño.

«*Regáleme usted una peseta y daré una patada al tiburón*», dicen los muchachos a los espectadores que están a la orilla de la playa; enseguida nadan hasta cerca del animal, se deslizan por debajo de su vientre y le aplican un puntapié: el monstruo huye con toda la rapidez de sus nadaderas.

Débase sin duda la bondad de carácter de los tiburones de estos parajes a la abundancia de alimentos que encuentran a lo largo de la costa. No he oído hablar de un solo accidente: un tiburón, que andaba alrededor del muelle atrapó un día por casualidad el pie de un muchachito que se había acostado a la orilla de la playa y que las olas bañaban a intervalos. En cuanto a los terribles tiburones *tintoreras*, jamás se ven en la rada de Riohacha, cuyas aguas no son sin duda suficientemente profundas para que puedan hacer allí cómodamente sus cacerías.

A cada extremidad de la población hay un lugar de horror y de sangre: al oeste la *carnicería* pública; al este

los cobertizos para las tortugas. La carnicería se compone simplemente de estacas clavadas en la arena de la ribera, y aunque se ha tenido el cuidado de establecerla bajo el imperio de los vientos, siempre se escapa un olor pestilencial de sangre cuajada mezclada con hierbas marinas y restos de armazones en putrefacción, pelos, girones de carne y huesos esparcidos por todas partes; la espuma del mar se enrojece al correr sobre la arena. Los *gallinazos* de largo cuello desnudo rodeado de un collar rojo, las águilas *caricaris*, enderezadas fieramente sobre pedazos de carne corrompida, e innumerables perros que ladran, rodean la carnicería, en donde reses flacas compradas por la mañana a los indios guajiros olfatean el olor de los cadáveres con sordos bramidos. Frecuentemente los carniceros desjarretan de un machetazo a las pobres reses para impedir que rompan la cuerda que las sujeta, y las dejan toda la noche vertiendo sangre, y hasta el día siguiente por la mañana no concluyen con ellas; enseguida las dividen en pedazos y venden las carnes palpitantes aún.

Los cobertizos para las tortugas no son menos horribles; a veces se cuentan debajo de esos techos de ramas y de hojas más de cien que pesan cada una muchos quintales; con la cabeza colgando, el cuello desmesuradamente inflado, los ojos inyectados de sangre, estos animales esperan frecuentemente durante semanas enteras el hachazo que debe despedazar su coraza y poner un término a sus sufrimientos. Cuando uno pasa cerca de estas tortugas cautivas, agitan convulsivamente las patas como si esperasen algún socorro. Innumerables conchas a las cuales están adheridos restos

de carnes corrompidas yacen esparcidas a montones a los alrededores de los cobertizos, y en aquel sitio se encuentra la arena enrojecida a muchos pies de profundidad.

Durante los siglos XVII y XVIII, Riohacha, que se llamaba entonces ciudad de La Hacha, era célebre por su opulencia: joyeros, engastadores de perlas, cambistas establecidos en ambas aceras de la calle de la Marina, ostentaban inmensas riquezas ganadas con la venta de las perlas que los indios pescaban a tres leguas al nordeste de la ciudad, cerca del cabo de la Vela. Por tal motivo la ciudad de La Hacha era el blanco de los piratas de las Antillas, y la tradición refiere que durante el curso de dos siglos ella fue sometida al pillaje y entregada al incendio once veces, pero contenía tales elementos de prosperidad que once veces se levantó de sus ruinas. En fin, cuando la expedición del almirante Vernon contra Cartagena, dicen que este, queriendo aniquilar para siempre el comercio de Riohacha, envió hacia el cabo de la Vela muchas naves de guerra que destruyeron todos los arrecifes perleros de esos parajes explotándolos durante meses enteros. Después la costa se ha ido poblando muy lentamente de ostras de perlas, y su escasez, que ha coincidido con una gran baja en el precio de este artículo, ha contribuido a disminuir considerablemente la importancia de Riohacha. Hoy se ocupa en la pesca de perlas una quincena de indios cuando más; un solo joyero anciano, para quien todo va extraordinariamente mal en el mundo, hace vibrar, renegando, la cuerda del instrumento que le sirve para engastar las perlas, y vende muy lindos aderezos por unas pocas *pesetas*.

El comercio de la ciudad consiste principalmente en palo de Brasil y de Nicaragua, que los indios y labradores de las provincias del interior transportan en mulas; en granos de *dividivi*⁵⁴; en cueros, y desde hace pocos años en café y tabaco. Los principales artículos de importación son los alimenticios: las naves de Nueva York le llevan maíz y harina; los pueblos de Sierra Negra le envían café y frutas; Dibulla, pequeño puerto situado a quince leguas al oeste, le suministra plátanos y cacao; los indios guajiros, ganado; pescadores de la misma tribu piden al mar sus innumerables peces, sus tortugas y sus mariscos. Así los riohacheros dependen completamente de otros para su alimentación cotidiana. Si las tempestades en el mar y las lluvias en la tierra coincidieran para impedir toda importación, el hambre reinaría bien pronto: con alguna frecuencia se ha carecido allí de pan durante semanas enteras.

A pesar de esta desventaja, tengo para mí que el porvenir de Riohacha es magnífico, porque esta ciudad, una de las menos insalubres de toda la costa firme, es la salida natural de una inmensa región que se va poblando rápidamente. Las producciones de la Sierra Nevada, de la Sierra Negra, de la fértil hoya del Valledupar, de la península guajira, no pueden exportarse sino por Riohacha; temprano o tarde, cuando se abran caminos a través de las sabanas y de las selvas, las producciones del Alto Magdalena y de la laguna de Maracaibo, centuplicadas por la agricultura,

⁵⁴ *Coullertia tinctoria*, los granos se emplean en Inglaterra para curtir los cueros.

tomarán necesariamente la misma vía. Muchos ricos negociantes judíos de la isla holandesa de Curazao, con el olfato que distingue a los holandeses, han adivinado la importancia futura de Riohacha y han establecido allí sucursales; la mayor parte del comercio de la provincia está ya en sus manos. Durante los diez últimos años, el total de los cambios ha ido en aumento, y el movimiento anual de buques se eleva hoy a más de treinta mil toneladas. Los armadores riohacheros poseen cerca de una veintena de bergantines y goletas: es decir, las dos terceras partes poco más o menos, de toda la marina mercante de la Nueva Granada. Desgraciadamente el puerto de Riohacha no es en realidad sino una rada abierta en que los buques mayores anclan a una o dos millas de la costa. Esta circunstancia incómoda, unida a la poca importancia de las mareas, que se elevan cincuenta centímetros apenas, impiden que los buques de vapor visiten frecuentemente las aguas de Riohacha; cuando alguno de estos buques visita aquellas aguas, la noticia se esparce inmediatamente en todos los pueblos de la comarca y centenares de curiosos se pasean sin cesar en el muelle para ver de lejos la extraña nave.

Exceptuados estos últimos tiempos, en que la rivalidad entre Santa Marta y Riohacha ha producido algunos desórdenes sensibles, el gobierno y la administración de esta última ciudad han funcionado siempre sin obstáculos serios. Como en todas las otras ciudades granadinas, se goza en ella de tal libertad, que el extranjero pacífico puede permanecer años enteros en el país sin que nada le recuerde el poder: allí no hay ni soldados, ni agentes de

Policía, ni guardas uniformados, ni colectores de impuestos, ni empleados que se distinguan del resto de los ciudadanos por algún signo exterior. Los gastos municipales se hacen con el producto único del derecho de toneladas y de faro impuesto sobre los buques mercantes. Todos los habitantes de la ciudad están investidos de hecho de las funciones de magistrados, y como tales hacen ejecutar la ley, y la seguridad y el orden público están confiados a su honor. De esto resulta que la administración local no puede tener fuerza real sin el concurso de los ciudadanos, y si la municipalidad no entrara algunas veces en conflictos con los gobiernos de Santa Marta y Bogotá, si las decisiones de la administración federal, dadas a una gran distancia y sin un perfecto conocimiento de causa, no hirieran frecuentemente los intereses locales, toda revolución, todo trastorno político vendría a ser imposible allí.

Riohacha, siguiendo el ejemplo de las otras municipalidades de la Nueva Granada, ha amoldado su constitución a la de la República. El gobernador o presidente, que durante mi permanencia en Riohacha era un sencillo especiero y mercader de conchas de tortuga, es el encargado de velar en la ejecución de las leyes, de dar informes al Gobierno central, de conservar los archivos de la ciudad y de hacer publicar los actos oficiales; como los jueces y demás funcionarios, es nombrado por mayoría de votos. La Cámara provincial, compuesta de diputados de las ciudades y distritos de la provincia, se reúne en una antigua iglesia medio arruinada, cuyo nombre sonoro es hoy Palacio de la Libertad; allí, a la vista de sus conciudadanos

admitidos a la barra de la asamblea, los diputados discuten sobre arbitrios, conservación de los caminos, compra de libros y folletos para la biblioteca comunal y otras cuestiones de interés local.

Es innecesario decir que a ejemplo de todas las asambleas deliberativas, la de Riohacha, que se compone cuando más de 24 miembros, se divide en izquierda, centro y derecha. Esta última fracción, formada especialmente de ricos propietarios, está por lo general satisfecha de la marcha de las cosas, y trata de evitar toda discusión seria reclamando el orden del día; esta dispone de la mayoría de los votos. La izquierda, menos numerosa y disciplinada, logra sin embargo hacer votar todos los proyectos de interés público, gracias al apoyo que le dan la juventud y el periódico *intermitente* publicado por los liberales. Intermitente he dicho: en efecto, en la época de mi residencia en Riohacha, este periódico, así como la mayor parte de las publicaciones que se llaman *periódicos* en la Nueva Granada, salía algunas veces, y no tenía existencia seria sino en las épocas de elecciones o de una gran agitación política. Es imposible calcular las dificultades que encuentra un redactor de periódico en la Nueva Granada. Cajistas, regentes y prensistas rehúsan trabajar cuando no hay un gran interés patriótico, y erigiéndose ellos mismos en tribunal de censura, discuten la utilidad de la publicación; según las circunstancias, dan o rehúsan su *imprimatur*. Así como resisten el trabajo cuando no hay cuestiones graves que preocupen el espíritu público, del mismo modo emplean todo su ardor en el servicio de la causa en las ocasiones solemnes; entonces

pasan el día y la noche en la imprenta, levantan de prisa el periódico y las excitaciones al pueblo; enseguida se encargan de fijarlas y se convierten en repartidores, y recorren la ciudad y anuncian las noticias como pregoneros públicos. Detrás de ellos se forman grupos compuestos igualmente de jóvenes entusiastas que se apoderan de los ejemplares, penetran en la sala de las deliberaciones de la asamblea y despliegan las hojas húmedas aún y los gigantescos carteles, como para protestar de antemano contra toda decisión poco liberal.

Es conocido el terror misterioso que a los negros del interior del África les causa el *papier parlé*; del mismo modo, los legisladores de Riohacha al ver el periódico acusador en el cual leen anticipadamente su condenación, pierden el juicio con frecuencia y ceden en las cuestiones del debate: mucho le queda por hacer a la palabra impresa. La prensa tiene en proporción, una influencia mucho más poderosa sobre las masas ignorantes que sobre los pueblos ya civilizados; en Riohacha, el periódico liberal es ciertamente un cuarto poder.

La administración puramente municipal se compone de un jefe político y de un consejo rara vez convocado. El jefe político que yo conocí era un joven que ejercía, según las circunstancias, el oficio de relojero o de carpintero; muy tímido y dulce, se esforzaba para no ver amargada su existencia, y trataba de hacerse invisible deslizándose entre todos los partidos. Se lo había elegido para reemplazar a un jefe político poco más o menos loco, que, al contrario, pasaba por demasiado arrogante, y sin prevenir a nadie

ponía en ejecución los caprichos más extravagantes. Un día abrió la prisión en que estaban encerrados muchos ladrones y un asesino. «Tomaos la pena de salir, señores». Aquellas gentes no se lo hicieron repetir dos veces.

Las fiestas nacionales se celebran ordinariamente con grandes bailes dados en la plaza pública, *urbi et orbi*. El jefe político se pone entonces a las órdenes del francés Chastaing, y, manso como un cordero, levanta los postes, cepilla las tablas, amarra las cortinas, extiende las guirnaldas y despliega las banderas. Nada más encantador que esos bailes iluminados oblicuamente por la discreta luz de la luna: los grupos de danzantes giran alrededor de las columnas vestidas de follaje; las mujeres, vivas como cervatillos, corren, saltan y brincan sacudiendo al viento sus negros cabellos entretejidos con flores y hojas; los embriagadores perfumes de las mimosas y de los lirios de América se esparcen en el aire, y cuando los músicos cesan sus acordes, la potente voz del mar los repite de un modo más solemne y más bello.

Sin embargo, las fiestas más espléndidas son las procesiones hechas en honor de la Santísima Virgen de los Remedios, patrona que, en concepto de los riohacheros, es tan poderosa como la Virgen de los Dolores, la de las Virtudes, o cualquiera otra Virgen del mundo. Antes estaba representada en la iglesia de Riohacha por una estatua de plata vestida de perlas, pero hace mucho tiempo que esta efigie fue empeñada a un judío de Curazao, y probablemente a esta hora estará transformada en lingotes o en piezas de a cinco francos. La nueva estatua torneada

en madera de guayacán por don Jaime Chastaing, y provista de una cabeza de cartón con alambres de fierro, no es, durante trescientos sesentaicuatro días del año, objeto de ninguna veneración, pero el día de la gran fiesta recobra repentinamente por veinticuatro horas el poder milagroso de la antigua. Una multitud tumultuosa, compuesta en su mayor parte de mujeres y niños, invade la iglesia desde por la mañana para adorar a la Virgen, y tejerle guirnaldas de flores, se le adorna con todos sus atavíos, enseguida se le lleva en triunfo y se forma la gran procesión. Los principales personajes bíblicos figuran en ella: Jesús Cristo con una barba postiza y pedazos de latón alrededor de la cabeza; Lázaro cubierto con una lepra demasiado real; Judas, maniquí vestido a la última moda; Simón de Cirene doblado bajo el peso de la cruz y embriagándose con aguardiente sin preocuparse de las probabilidades históricas, enseguida ángeles y sobre todo diablos sin número que regocijan al público con sus muecas y contorsiones. Por encima del grupo principal se percibe la estatua de la Virgen, que agita sus brazos, gira los ojos dentro de sus órbitas, mueve violentamente los labios; al llegar a la orilla del mar, nunca deja de arrojar a las ondas su corona de papel dorado. Al instante los muchachos completamente desnudos, o vestidos con sólo una camisa despedazada, se precipitan al agua para reconquistar la preciosa corona, que vuelven a poner en la cabeza de la estatua, la cual se apresura a arrojarla de nuevo en el mar, con grandes aplausos de la multitud. Esto es lo que por allá llaman milagros, y la fiesta no es espléndida sino cuando la estatua se ha dignado hacer

al menos una centena. Cuando la Virgen milagrosa ha sido colocada nuevamente en su nicho, todos rodean el maniquí que representa a Judas, se le carga de maldiciones, se le llena de lodo, se le hiere a sablazos, enseguida se le suspende a un poste frente a la casa de algún judío detestado, y se le acribilla a balas hasta que cae a pedazos. Por la tarde hay gran reunión en la plaza pública, riñas de gallos delante de las tabernas, danzas improvisadas por los zambos en las calles.

Esta afición a las procesiones mímicas, que por lo demás disminuye gradualmente, y no puede compararse en Riohacha con la que distingue a los habitantes de Quito y de otras ciudades de Colombia, no implica en manera alguna gran fe, y es con cierta incredulidad burlesca que los riohacheros piden los milagros. Ellos son necesarios porque están en el programa de la fiesta: la tradición de la ciudad los exige, y es por ellos que se ligan al pasado y que la cadena de los tiempos se reanuda. En efecto, se refiere que, cuando la última expedición de los piratas contra Riohacha, la multitud aterrorizada corrió a la playa, llevando la venerada imagen de la Virgen, a fin de conjurar el peligro. La estatua arrojó su corona de oro bien lejos en el mar; las ondas respetuosas se separaron ante este objeto sagrado, y al retirarse precipitadamente se tragaron las embarcaciones de los piratas; así fue salvada la ciudad. Después, la imagen es obligada todos los años a repetir su milagro, y los riohacheros, como nuestros antepasados asistiendo a la representación de algún misterio, se apasionan a la vista del prodigio que ellos mismos hacen. En cuanto al

martirio que infligen al traidor Judas, no puede asombrar en un país en que los judíos se han adueñado de la mayor parte del comercio, y en donde la tasa del interés se eleva de dos a cuatro por ciento mensual. Estas prácticas supuestamente religiosas, que en el fondo no indican otra cosa que una ruda poesía y un gran amor por el oropel y el ruido, son poco más o menos todo lo que resta de la antigua fe entre las poblaciones mestizas de las costas neogranadinas. En las mesetas del interior y en la República del Ecuador, donde los descendientes de los aborígenes forman todavía la masa del pueblo, la superstición es aún más vivaz; tiene algo de rígido e inmutable. Al mezclarse, el fanatismo del español y la docilidad del indígena han predispuesto a los espíritus a la credulidad más absoluta. Hay ciertas provincias donde los sacerdotes ejercen todavía una influencia tal que los feligreses pagan voluntariamente el diezmo, pese a la abolición oficial de este impuesto: la apelación directa hecha al pecunio de los fieles por el legislador no ha sido suficiente para quebrantar su ciega sumisión.

En las provincias de la costa, la abolición de los diezmos y la separación completa de la Iglesia y del Estado han contribuido en no poco a moderar el celo de los fieles y a desprestigiar a los curas. En efecto, estos se han creído obligados a elevar sus honorarios, a apropiarse de los vasos sagrados, a establecer colectas en su favor, de suerte que los feligreses, acicateados por sus intereses, han comenzado a darse cuenta de la tosca ignorancia de sus clérigos, y las historias escandalosas se han propalado con más gusto que nunca. En cierto lugar, fue motivo de asombro que

el cura pidiera dinero para apostar a los gallos; en otro, se le preguntó por qué a los niños del coro sólo los escogía dentro de su propia familia; más lejos, se le reprochó que no se contentara con una sola mujer, como los ciudadanos corrientes. Las recriminaciones algunas veces han terminado en revueltas y en numerosos pueblos de la provincia de Riohacha se ha llegado hasta arrasar las iglesias. En Camarones, pueblo de más de mil doscientos habitantes, no se ha celebrado un solo servicio religioso desde hace diez años.

Si las cosas no han llegado a tal extremo en Riohacha es quizá gracias a la vanidad de sus habitantes, orgullosos de contar con una iglesia tan magnífica; no obstante, esta es cada vez menos frecuentada, y los hombres sólo la visitan cuando hay entierros, bautismos u otras ceremonias afines. La mayor parte de los matrimonios no son bendecidos por el sacerdote y se celebran sin ninguna formalidad religiosa o civil. Sin embargo, ningún deshonor mancha a la comprometida, quien es recibida en todas las capas sociales con el mismo respeto dispensado a la mujer legítimamente casada. Sus hijos gozan de las mismas ventajas sociales que las de sus compañeras que han recibido oficialmente el título de esposas, y cuando su marido le es infiel, la opinión pública la protege con tanto o mayor celo que si hubiera pronunciado el sí sacramental delante del alcalde y el cura de la parroquia.

Nada es más engañoso que los juicios hechos sobre las costumbres de un país basados en ideas preconcebidas. No hay duda de que a primera vista algunos de nuestros

moralistas se escandalizarían ante el panorama de esta sociedad donde las fronteras del matrimonio están poco delimitadas; les harían falta palabras para expresar su repudio por estas mujeres escasamente vestidas que hacen sus abluciones casi en público, algunas veces con el líquido que las ayas de Sevilla arrojan por la noche sobre los mandolinistas; con todo, es verdad que, pese a la violencia de las pasiones meridionales, esta sociedad, *shocking* en apariencia, es por lo menos tan depurada como la nuestra: la corrupción, esa terrible llaga de nuestras sociedades modernas, es allí completamente desconocida.

▪ XI

▪ LOS INDIOS GUAJIROS

LA CIUDAD DE RIOHACHA está a merced de los indios guajiros. Estos, si quisieran, podrían arrasarla fácilmente, y si la respetan es debido a que el interés es en ellos más poderoso que el espíritu de venganza: no podrían pasarse sin los productos y las mercaderías que encuentran en Riohacha y que el hábito les ha hecho necesarias, pero si el comercio cesara por una causa cualquiera, al día siguiente la ciudad sería incendiada, y tanto granadinos como extranjeros serían exterminados por los indomables guajiros.

Para contemplar a estos indios en toda su pintoresca belleza, es necesario trasladarse por la mañana a la embocadura del río de La Hacha, situado, según las estaciones, a tiro de piedra o bien a uno o dos kilómetros al este de la ciudad. Es allí, en la hoja variable formada por la mezcla de las aguas dulces con las saladas, que una gran parte de la población riohachera se solaza todos los días en el baño; esta aglomeración de los dos sexos en el mismo baño es

casi inevitable, porque más arriba de la embocadura los cocodrilos infestan el río, y en el mar, además de la vecindad de los tiburones, que sin ser peligrosa, es sin embargo poco agradable, los acafeos u ortigas marinas cambiarían el placer del baño en un verdadero martirio.

El río, que corre perfectamente paralelo a la ribera del océano en una longitud de muchos kilómetros, está separado solamente de la costa por una estrecha calzada de arena y conchitas, por encima de la cual, a cada instante, vienen las olas a derramar en la corriente parte de sus espumas. Esta calzada que los choques sucesivos de las olas consolidan como una muralla es el camino que siguen las largas caravanas de guajiros que vienen a abastecer la ciudad de bestias, carnes, pescados, tortugas, leña, carbón, y por donde conducen varias mercaderías, palos de tinte, sal, granos de dividivi. De lejos, esta interminable fila de hombres y animales, compuesta a veces de muchos miles de individuos que avanzan sobre una estrecha lengua de arena que se levanta apenas por encima de las olas juguetonas, presenta el aspecto más fantástico: se diría que era un pueblo marchando sobre la superficie de las aguas.

Pero donde conviene observar a los guajiros es, sobre todo, en la misma embocadura, allí donde las ondas del mar y la corriente del río se rompen sobre la barra y forman de ribera a ribera una *reventazón*⁵⁵. Los caballos se detienen con el ojo huraño y la crin en desorden, y olfatean por largo tiempo el agua espumosa; las mujeres, cubier-

⁵⁵ Reguero de espuma semicircular.

tas con sus mantos azules y llevando en la cabeza un gran sombrero de paja con borlas rojas de algodón, levantan los pies sobre las sillas de sus cabalgaduras y se sientan a la turca teniendo a sus hijos en los brazos; los jefes de familia y los ancianos se alzan los vestidos, y tomando con una mano el arco o el fusil y con la otra la brida de los caballos despavoridos, los arrastran a la mitad de la corriente, cuyas rápidas oleadas remolinean a su rededor; los jóvenes, más prudentes que los riohacheros que se dicen civilizados, se cubren con un cinturón, se sumergen de un solo y soberbio golpe en el río y nadan impasibles por en medio de la multitud de negros bulliciosos; otros luchan con los toros espantados u obligan a los asnos reacios que no se atreven a pasar la línea de las corrientes. Más allá de esta escena, iluminada por la luz tan deslumbradora y tan viva de la zona tórrida, se extiende la superficie ilimitada del azulado mar; a lo lejos se presentan la vieja y arruinada fortaleza, las casas de Riohacha, sombreadas aquí y allá por bosquecillos de cocoteros, y más distante aún, las azules montañas de la Sierra y sus ventisqueros que se destacan sobre el cielo como un encaje transparente. Por la tarde, las caravanas pasan de nuevo el río para pernoctar en los ranchos esparcidos.

El territorio ocupado por los guajiros es una península de catorce a quince mil kilómetros cuadrados, de cerca de doscientos veinte kilómetros de largo, y unida al continente por un istmo, en parte pantanoso, de sesenta kilómetros de ancho. En el centro se levanta la incisa montaña de Macuire, que una pequeña cadena de colinas une a las

últimas ramificaciones de los Andes de Ocaña; el resto de la península presenta solamente sabanas, lagunas y bosques de manzanillos, mangles y árboles espinosos. Algunos arroyos, que descienden de los flancos del Macuira, se pierden en las arenas del llano, excepto en la estación de las lluvias, en la cual su curso llega hasta el mar. Al nordeste, puntas rocallosas o islas de arrecifes, tales como la de los Monjes, Chimare, Gallinas, Chichibacoa, guarnecen la costa, y por su posición transversal en la dirección que siguen ordinariamente los buques que se dirigen a Cartagena o Santa Marta, causan un gran número de naufragios. Dos puertos excelentes y admirablemente resguardados, Portete y Bahía Honda, se abren sobre la costa septentrional de la península, entre el cabo de la Vela y Punta Gallinas, pero solamente son visitados por las goletas de los contrabandistas. En Bahía Honda colocaba Bolívar, en sus ensueños de imperio, el asiento de la capital de los estados hispanoamericanos⁵⁶; a pesar de la excelencia de este puerto, era probable que la nueva ciudad se hubiera desarrollado muy lentamente, no porque la región de Bahía Honda sea menos fértil que la explanada de Riohacha, sino porque no es la vía natural de ninguna de las ricas provincias del interior, y porque su posición excéntrica la hace un verdadero callejón sin salida.

⁵⁶ Documentos recientemente descubiertos y publicados prueban con evidencia que el Libertador Bolívar nunca aspiró a la corona (Nota del traductor).

Sea de esto lo que fuere, todos los establecimientos españoles que existían antes en la península han sido destruidos ha mucho tiempo por los guajiros, y el último vestigio del antiguo pueblo de Bahía Honda, que consistía en un tinglado perteneciente a un negociante de Riohacha, fue quemado ha cerca de doce años. No existe un solo pueblo en toda La Guajira, y la vida nómada de los indios nos hace presumir que no se formará en mucho tiempo, sino es en las gargantas de Macuira y en la ribera derecha del río de La Hacha. Los guajiros, cuyo número se hace ascender por unos a dieciocho y por otros a treinta mil, viven principalmente del comercio, de la recolección de frutos, de la pesca, de la cría de ganados y caballos; les es preciso cambiar de morada según las estaciones, ya recorriendo las selvas para recoger los granos del dividivi, ya bogando de bahía en bahía en persecución de las tortugas y de las doradas, ya echando sus ganados por delante hacia las sabanas más fértiles o las fuentes más abundantes.

Sus poblaciones transitorias se construyen prontamente; cada rancho para abrigar a una familia se levanta en algunas horas: los hombres clavan en tierra cuatro postes, las mujeres entrelazan las ramas que deben servir de techo, los niños voltean la piragua debajo de la cual debe pasar la noche la familia entera, tendida sobre la blanca arena. A veces en la estación lluviosa se suspende una tela en el costado del rancho expuesto a los vientos alisios; los jefes gastan lujo haciendo tejer cuidadosamente ramas alrededor de sus cabañas reales. Cuando la tribu nómada ha decidido su partida hacia nuevos pastos y nuevas pescas,

basta descolgar las telas, volver la piragua y lanzarla en las ondas; de la población provisoria solamente quedan el ramaje movido por la brisa y las ennegrecidas piedras de los fogones. En las estaciones extraordinariamente secas, sucede a veces que un gran número de guajiros se expatrian completamente y construyen sus ranchos en las costas de la provincia de Riohacha. Así la Punta del Diablo, caserío situado a sesenta kilómetros al oeste de la ciudad cerca del bajo de las Montañas Nevosas, se ve invadido por muchas centenas de indios que la sed y el hambre expulsan de sus desiertos.

Los guajiros son admirablemente bellos, y creo que en toda la América no se encontrarán aborígenes de mirada más arrogante, de andar más imponente y de formas mejor delineadas. Los hombres, siempre envueltos, a estilo de emperadores romanos, en sus mantos multicolores sujetos con cinturones entreverados, tienen generalmente la cara redonda como el sol, del cual sus hermanos los muiscas se decían descendientes; miran siempre de frente con un aire de desafío salvaje. Generalmente tienen levantado el labio inferior y sonrisa sardónica. Son fornidos y muy hábiles para todos los ejercicios corporales; su tez en la juventud es de color de ladrillo, mucho más claro que el de los indios de San Blas y de las costas de la América Central, pero ennegrece con la edad, y en la vejez se parece poco más o menos al color de la caoba. Alrededor de sus negros cabellos que caen en grandes bucles sobre sus espaldas, enredan

graciosamente un bejuco de convólulos⁵⁷, o bien se ponen plumas de águila o de tucán, sostenidas por una sencilla diadema tejida de fibras vegetales; por rareza se pintan el rostro, y a las veces se trazan algunas líneas circulares en las piernas y en los brazos.

Las mujeres, menos adornadas que sus maridos y vestidas con mantos de colores menos ricos, tienen sin excepción y hasta la más avanzada vejez formas de una admirable firmeza y de una gran perfección de contornos; su andar es verdaderamente el de una divinidad de la fábula o, más bien, el de la mujer que vive en la libre naturaleza y cuya hermosura, acariciada por el sol, se desarrolla sin trabas. Sus facciones, que se asemejan a las de las bellas irlandesas, están desfiguradas desgraciadamente por una confusión de colores con que se pintan las mejillas y la nariz por medio del achiote⁵⁸, e imitando muy bien los anteojos de nuestros bisabuelos, pero a despecho de estas grandes manchas rojas, las salvajes hijas del desierto no llaman menos la atención por su altiva y radiante belleza, sobre todo cuando se les ve saltar a través del llano al galope de sus rápidos caballos, con el ojo encendido, la cabellera al viento y el brazo levantado en señal de triunfo.

Como en otras naciones, sean salvajes, bárbaras o civilizadas, el matrimonio no es en lo general entre los guajiros

⁵⁷ *Convolvulus brasiliensis*, planta de encantadoras flores que, por sus largos bejucos y sus innumerables raíces, retiene y consolida las arenas de las playas marinas.

⁵⁸ *Bixia orellana*.

sino un contrato de venta, pero este contrato no se realiza sino cuando el hombre y la mujer se convienen mutuamente por la edad y son igualmente fuertes y bien formados; los contrahechos y enfermizos, que por suerte son muy escasos, viven condenados implacablemente al celibato. El pretendiente trata de agradar en primer lugar al padre de familia, y cuando están convenidos en el número de reses o de caballos que vale la joven, aquel se dirige al rancho de la futura, llevando por delante su torada. Se cuentan los animales, se palpan y examinan por el padre de la bella y los peritos de la tribu; enseguida, se les hace una nueva marca a tijeretazos, y cuando la última cabeza de la manada ha cambiado de propietario, el joven puede aproximarse a su prometida: el matrimonio está concluido y principia la fiesta en su celebración. Sin embargo, los padres, que estiman en mucho la belleza de su raza, se dejan llevar por otras consideraciones distintas de la fortuna: si el pretendiente se hace notar entre todos sus compañeros por su fuerza, su alta talla y su agilidad, lo conceden gratuitamente una y aun muchas mujeres; a veces van hasta hacerle un presente de bueyes, caballos, perlas o fusiles, para recompensar el insigne honor que les hace al entrar en su familia. Para estos hombres la verdadera aristocracia es la de la belleza: la riqueza y el poder pertenecen a los que la naturaleza ha favorecido bajo este punto de vista. Cuando la casualidad de los naufragios arroja a la costa guajira algunos marineros extranjeros, los indios, que no ignoran la importancia calipédica de los cruzamientos bien entendidos, retienen a los hombres de buena talla y vigorosos, y les hacen pagar con

algunos años de matrimonio forzado con dos o tres bellas guajiras la hospitalidad que les conceden. En cuanto a los desgraciados marineros afligidos por el destino con una apariencia ruin, son despojados de sus vestidos y enviados de tribu en tribu hasta Riohacha, perseguidos con risas burlonas y con una completa rechifla.

Los guajiros no son hospitalarios sino con los hombres de su raza y los extranjeros que han implorado su protección. Odian cordialmente a los españoles, con los cuales han batallado muy cerca de tres siglos; los padres refieren a sus hijos que los conquistadores Alfaguer y Benalcázar habían reducido a los indios a la esclavitud y alimentado a los perros con su carne; les dicen que algunas veces los soldados castellanos echaban por delante centenas de pieles rojas atados a una misma cadena, y se complacían en hacer caer de un solo golpe las cabezas de aquellos que detenían un instante el convoy. Así los descendientes de los españoles se aventuran raras veces del otro lado de la embocadura del río de La Hacha, y las goletas granadinas que van a traficar a la costa con los indios asestan hacia ellos las bocas de sus pedreros y disparan a la menor alarma. Cuando se cruzan en el mar una barca de pescadores riohacheros y una piragua de guajiros, se cambian siempre injurias homéricas entre las dos tripulaciones.

A veces, y a pesar de los intereses comerciales que reclaman la paz entre las dos razas, estalla la guerra a consecuencia de alguna refriega entre los tratantes españoles y las tribus de Bahía Honda; entonces los indios se esparcen en los campos que rodean a Riohacha y pillan las caravanas de mulas

que vienen de la Sierra Negra y del Valledupar; nadie se atreve a salir de la ciudad, ni a aventurarse a las orillas del río, ni aun para hacer la provisión de agua dulce en su embocadura; las mujeres se hacen escoltar por gentes armadas, y los ríohacheros que los indios sorprenden fuera de la ciudad son asesinados sin compasión. Hace como doce años que, poco tiempo después de una declaración de guerra, dos tratantes de quienes los guajiros tenían motivos de queja, cayeron en manos de estos; los indios los hambreadon por algunos días, después obligaron al que conservaba mayor vigor a cavar la fosa de su camarada y a enterrarlo vivo; cuando esta misión atroz estuvo terminada, dieron muerte al sepulturero, y, obedeciendo a alguna monstruosa superstición, regaron la sangre sobre la tierra removida recientemente.

Después de algunos meses de interrupción en el comercio pacífico, los guajiros, suficientemente vengados con la muerte de algunos de sus enemigos, y sintiendo la necesidad de proveerse de *coletas*, de adornos, de pólvora, de piedras de chispa, vuelven al mercado conduciendo sus productos y ofrecen al mismo tiempo la paz a sus enemigos los blancos y los negros. Estos, que se creen muy felices al ver cesar al fin el estado de sitio al cual estaban sometidos, la aceptan sin vacilar, y el tráfico diario principia de nuevo con las mismas condiciones de antes. Los ranchos se levantan de nuevo en el barrio oriental de la ciudad, y los ríohacheros vuelven a sus paseos matinales para bañarse en la desembocadura del río.

En paz como en guerra, los guajiros conservan en la ciudad el derecho de gobernarse por sí mismos y se mofan

de las leyes granadinas. Durante mi residencia en Riohacha, fue asesinada una mujer por un indio de una tribu acampada cerca de Bahía Honda: el asesino huyó inmediatamente y logró sustraerse a las pesquisas de la familia irritada. Algunos meses después, se esparció entre los guajiros la noticia de que aquel estaba oculto en una casa de Riohacha; los hermanos de la víctima, seguidos de sus amigos, armados de flechas y fusiles, entraron a la ciudad y registraron todas las casas, una después de otra, hasta que lo descubrieron temblando. Lo ataron con fuertes ligaduras y lo transportaron más allá de la desembocadura del río, a la calzada de arena que forma la punta extrema del territorio guajiro, y enseguida el hermano de la india le cortó la cabeza de un machetazo. Toda la familia del criminal, descubierta más tarde, corrió la misma suerte, a excepción de la mujer, que fue dejada por muerta sobre la arena y tuvo fuerza bastante para pasar el río a vado y llegar a morir a Riohacha. Sin embargo, los indios aceptan algunas veces el precio de sangre y perdonan al que les paga. Un comerciante de la ciudad, don Nicolás Barros, tiene en su casa una india pequeña, cuya vida salvó por la suma de cuarenta francos.

Si los riohacheros tiemblan ante los guajiros, estos por su parte temen a los *cocinas* y hablan de ellos con terror. No es cobardía de su parte, porque son los hombres más valientes, y a las flechas envenenadas pueden oponer flechas de la misma clase y balas de fusil que van más recatadamente al blanco, pero los *cocinas* son antropófagos, y nada atemoriza más a los guajiros que el pensamiento de verse asados y devorados después de caer en la batalla.

Los *cocinas* recorren las sabanas pantanosas que se extienden entre Maracaibo y la Sierra de Macuira, a lo largo del golfo de Venezuela. Poco numerosa esta, como la mayor parte de las tribus antropófagas, cuenta a lo más algunas centenas de guerreros, pero es poderosa sobre todo por el terror que inspira. Aun cuando desapareciera, los recuerdos del pasado protegerían por mucho tiempo su territorio.

A pesar de las recomendaciones de mis amigos de Riohacha, me aventuré más de una vez en las posesiones de la república guajira, y fui a visitar muchos grupos de ranchos. Es verdad que antes me había hecho presentar al jefe conocido por los españoles con el nombre de “Pedro Quinto”, especie de gigante, altivo como un mandarín chino, de una obesidad que probaba su riqueza y la costumbre de comidas copiosas. A su vez este jefe me hizo ver a sus numerosos súbditos, reunidos en el mercado de Riohacha, y me colocó bajo la protección de toda la tribu. Tenía yo un gran título a su amistad en ser *felansí*⁵⁹, quizás descendiente de esos piratas a quienes los guajiros ayudaron a quemar once veces la ciudad de Riohacha; mi persona era, pues, sagrada, y todo insulto hecho al huésped de la tribu sería vengado con sangre. Del mismo modo, aunque yo hubiera sido inglés, español y hasta *cocina*, desde que me fue prometida la hospitalidad, nada tenía que temer, todos los ranchos me pertenecían y podía ordenar lo que quisiera. Cuando un enemigo pide refugio a los guajiros y logra penetrar en una cabaña antes de haber sido alcanzado por una flecha

⁵⁹ Francés.

o bala, el huésped le servirá como si fuera su mejor amigo, pero teniendo cuidado de volver la espalda y de cubrirse el rostro con un velo, por el temor de cambiar una mirada de odio con el extranjero suplicante.

En mis repetidos paseos a lo largo de las playas de La Guajira, pasé muchas veces al lado de hombres, en apariencia sin vida, tendidos sobre la arena, vigilados por mujeres que se ocupaban tranquilamente en tejer redes o sombreros. Creí al principio que esos cuerpos inmóviles eran cadáveres cerca de los cuales se habían colocado guardianes para espantar a los *caricaris* y buitres, pero una de las mujeres, que sabía algo de español, me hizo comprender que su marido no estaba muerto, sino durmiendo el sueño de la embriaguez desde el día anterior. «Ayer vendió su palo de brasil», añadió con aire confiado. Los placeres que la embriaguez produce son apreciados de tal manera que la mujer siente aumentar su respetuoso afecto por el marido sumido en esa fatal beatitud; ella se arrodilla cerca de su cabeza, espanta los cínifes que podrían turbar su pesado sueño, refresca su frente venteándola con un ala de águila, pues, en circunstancias análogas, puede a su vez tener necesidad de ser cuidada de la misma manera.

A la conclusión de todo negocio, el tratante riohachero da al vendedor guajiro uno o muchos jarros de aguardiente garantizado puro, pero extraordinariamente mezclado con agua. El indio lleva a su rancho el precioso licor, y bebe de seguida hasta que cae moribundo en la arena. Refieren que un buque cargado de ron encalló en los arrecifes de Punta Gallinas: la noticia se esparció inmediatamente en toda la

península, y durante algunos días la nación entera estuvo sumida en la más completa embriaguez. Más de una vez dicen que han bebido ácido sulfúrico con la misma avidez que el ron, por lo cual ha muerto más de un pecador impenitente. El vicio de la embriaguez no tiene entre los guajiros las mismas consecuencias desastrosas que en los países civilizados de Europa: aquí la miseria es la consecuencia infalible de la bebida; allá la pobreza es desconocida. Además, los guajiros tienen, como todos los otros indios de la América, la maravillosa facultad de hacer suceder, sin sufrimiento, la más rígida sobriedad a los festines y a la embriaguez. Cuando el guajiro ha matado un corzo o una tortuga, lo devora sin descanso hasta concluir enteramente con el animal; si se adormece en medio del festín con un sueño de boa, se tiende en una estera empuñando los sanguinolentos restos, para llevárselos a la boca apenas despierte. Cuando la caza y la pesca han sido infructuosas, el guajiro aprieta fuertemente su cinturón alrededor del estómago desinflado, y ayuna durante días enteros sin dignarse arrojar una mirada codiciosa sobre el alimento de sus compañeros.

A pesar de los vicios y de los defectos que son comunes a todas las naciones bárbaras aún, los indios aborígenes progresan evidentemente, y quizá serán para la provincia de Riohacha lo que han sido los indios del interior para el Socorro, Vélez y Pamplona: el elemento más importante de la regeneración social. Hasta estos últimos años, se habían conservado puros de toda mezcla, pero las numerosas ocasiones de contacto creadas por las relaciones de comercio

han producido recientemente algunas familias importantes de mestizos. Poco a poco los veinte o treinta mil guajiros, atraídos por su interés a la vecindad de un lugar cuya población se aumenta diariamente, se refundirán con los habitantes negros y blancos del país, y el feroz antagonismo de las razas desaparecerá. En cambio de su espíritu de trabajo, de sus creencias, de su indomable valor, los guajiros recibirán esa vivacidad de impresiones, esa poesía de los sentidos, que hacen a los criollos de sangre mezclada tan accesibles a las innovaciones de toda clase.

El comercio de las tribus guajiras con el extranjero es proporcionalmente más considerable que el de cualquier otra comunidad de la república granadina. Con sus envíos diarios al mercado de Riohacha, hacen más por la prosperidad de esta ciudad que sus mismos habitantes; además ellos exportan para Jamaica y Santo Domingo caballos, los más bellos de formas, los más sobrios de toda Colombia; ganados, sal, cueros, granos de dividivi, *tasajo*⁶⁰. Las necesidades del tráfico les han hecho aprender el *papiamento*, y cuando el círculo de sus ideas se extienda, es indudable que su lengua, muy pobre y adaptada a la sencillez de sus costumbres, desaparecerá gradualmente para hacer campo al español. Su idioma, que lo pronuncian con una voz siempre doliente y triste, se deriva del *chibcha* y se distingue como esta lengua por su escasez de sonidos y por las sílabas *tchi*, *tcha*, constantemente repetidas. Se asegura que en la biblioteca de Estocolmo existe hoy un vocabu-

⁶⁰ Carne cortada en tiras y secada al aire.

lario guajiro, recogido por un misionero hacia fines del último siglo.

La naturaleza del terreno, que obliga a los guajiros a hacerse sucesivamente comerciantes y pastores nómadas, no les ha permitido realizar grandes progresos en la agricultura; sin embargo, en los últimos tiempos, muchos de ellos se han establecido en puntos diversos de la ribera derecha del río de La Hacha, y han desmontado el terreno para plantar *mangos* y otros árboles frutales. Sin perder por esto sus costumbres errantes, estos indios vienen frecuentemente a visitar sus nacientes plantaciones y a recoger sus frutos; así será como poco a poco se fijarán en ese terreno y vendrán a ser verdaderos agricultores. Cinco o seis familias atraídas por el cebo de la ganancia han dado un paso más: establecidos sobre la ribera española del río, a diversas distancias de la ciudad, han formado *rozas* en algunos terrenos bajos, fáciles de regar, en las cuales, gracias a una horticultura enteramente rudimental, producen melones, sandías y yucas en cantidad suficiente para abastecer a la ciudad. Aseguran que, con el objeto de proteger sus huertos contra los ladrones, los indios echan serpientes venenosas en los vallados de las *rozas*; dicen también que siembran de distancia en distancia *yucas bravas* que ellos únicamente saben distinguir de las otras, y que causan la muerte con su jugo venenoso al que las come.

Otro rasgo característico de los guajiros, que es preciso trazar en pocas palabras, es su odio contra la religión católica. En esta religión ven solamente la execrada fe de sus antiguos opresores, la fe en cuyo nombre sus antepasados

fueron decapitados, hechos picadillo, reducidos a la esclavitud; todos los esfuerzos intentados para convertirlos no han producido otro resultado que exaltar su aversión por el nombre español. Parece que no tienen más religión que el amor a la libertad, y jamás pude averiguar si creían sinceramente en el Gran Espíritu y en la inmortalidad del alma.

A todas mis preguntas en este sentido respondían con miradas de asombro o con sonrisas de desprecio. Una sola práctica prueba, a mi parecer, que admiten la existencia de un ser supremo: cuando el trueno retumba, arrojan en el aire tizones encendidos y dan grandes gritos, como para devolver al espíritu de la tempestad voz por voz, rayo por rayo. De este modo, dicen las tradiciones caldeas, Nemrod, el poderoso cazador, lanzaba flechas a las nubes, que más de una vez volvieron a caer ensangrentadas.

▪ XII

- EL MÉDICO CAZADOR
 - LA CUESTA DE SAN PABLO
 - EL RANCHERÍA
 - LA SIERRA NEGRA

HABÍA PASADO EN RIOHACHA cerca de seis meses sin emprender excursiones importantes y sin poder ocuparme del objeto principal de mi viaje. Al fin encontré una ocasión favorable para dirigirme hacia la Sierra Negra, una de las grandes ramificaciones de los Andes, que principia a cuarenta leguas al sur de la ciudad. Una mañana me puse en camino, llevando en una *mochila*⁶¹, algunos libros y una botella de agua. Solo, a pie, se siente uno siempre en comunicación más íntima con el paisaje que lo rodea, pue-

⁶¹ Especie de cacerina tejida por los indios arhuacos con las fibras de la pita.

de subir a todas las colinas, seguir los bordes de todos los arroyos, penetrar en todos los bosques, descansar bajo sus sombras misteriosas. En la naturaleza tropical sobre todo, que no me era conocida aún bajo sus diversos aspectos, deseaba no tener compañero, quería gozar solo el placer de los descubrimientos y vivir durante algunas semanas como nuestros antepasados errando por las selvas. Por lo demás, el cuerpo no debía sufrir con este nuevo género de vida; de jornada en jornada, debía encontrar huéspedes que ya conocía, o para los cuales se me habían dado cartas de introducción.

En Treinta, ciudad de mil habitantes, situada al pie de las colinas de San Pablo, llegué a la casa de un compatriota, personaje raro que más tarde, debo confesarlo, no se condujo honorablemente, mas por entonces no tenía motivo alguno para creer que lo faltase probidad. El señor Julio se vanagloriaba de ser descendiente de la célebre Ninon de l'Enclos⁶². Pequeño, flaco, pálido, atacado de una toz seca como la de un tísico, parecía siempre en vísperas de exhalar el último suspiro y, sin embargo, gozaba de una salud singularmente

⁶² Cortesana célebre, parisiense, del siglo XVII, bella y espiritual, que no obstante estas dotes y la posesión de una fortuna modesta, renunció al matrimonio. Fue cortejada por el gran Condé, el duque de La Rochefoucauld, el mariscal d'Estrées, el marqués de Sevigne, Villareaux y La Chartre. Era muy solicitada por las damas de más alto rango, y entre ellas La Maintenon, La Sablière, La Ferté, La Fayette, etcétera, que no desdeñaban de darle el título de amiga. Brillaba también por su exquisito gusto literario: Molière le consultaba sus obras y protegió a Voltaire a su salida del colegio (Nota del traductor).

robusta. ¿Cuál había sido su vida pasada?, se ignoraba; nunca refirió por qué circunstancias había dejado su patria.

Desde su llegada a la Nueva Granada, ejercía tres profesiones: era médico, negociante y cazador. Demasiado ignorante para curar las enfermedades en una ciudad como Riohacha, en donde había ya muchos médicos que si no poseían ciencia sí tenían una larga práctica, recorría las ciudades vecinas, Soldado, Treinta y Barbacoas, y se instalaba al lado de las hamacas de los pacientes, los sangraba de grado o por fuerza y les hacía tomar sus drogas. Su calidad de francés, la lentitud doctoral con que se expresaba y sobre todo su admirable salud le aseguraban una gran influencia sobre el espíritu de aquellas poblaciones incultas. Además, poseía una terapéutica de extrema sencillez, y por esto mismo agradaba a los campesinos, que gustan de seguir en todo la rutina. Para Julio no había más que dos clases de enfermedades: las que provenían de un exceso de calor y las que se causaban por el frío; solamente existían dos clases de medios terapéuticos: *los calientes* y *los fríos*. En una región como la explanada de Riohacha, compuesta de tierras arenosas que reflejan los rayos de un sol vertical, casi todas las enfermedades debían ser clasificadas entre las *calientes*, y el primer medio empleado para refrescar el cuerpo era la sangría a todo trance. Durante las épocas de epidemia, la lanceta del doctor Julio no descansaba un instante; donde quiera que se presentara era seguro que inmediatamente llenaría de sangre muchas vasijas. Recibía en pago esteras, hamacas y espuelas, y después, cuando ya había reunido suficientes provisiones, partía para la

ciudad, seguido de una caravana de mulas, alquilaba una tienda en el barrio del comercio, y durante algunos meses permanecía detrás de su mostrador, ocupado en vender sus mercaderías. Esta era la segunda faz de su existencia, indudablemente la menos original.

Pero, cuando en medio de sus ocupaciones pacíficas el demonio de la caza se apoderaba de él, abandonaba repentinamente mercaderías y enfermos, y proveyéndose de un fusil, pólvora y munición, de un saco de sal y de una redomita de amoniaco, desaparecía sin avisar ni aun a su mujer. Separándose de los senderos frecuentados, se engolfaba en las selvas vírgenes, caminaba por entre los pantanos o seguía los bordes de los precipicios en busca de la caza. Cuando mataba algún animal, un mono, un *sáino*⁶³ o un *maná*⁶⁴, hacía un hoyo en la tierra, encendía un gran fuego y enseguida colocaba el animal en los carbones encendidos y lo cubría todo con ramas y hojas. Después cortaba el tallo succulento de un palmito, lo salpicaba de sal, desenterraba su asado y hacía una comida deliciosa. Al segundo día, esta era más agradable aún, porque podía agregarle el licor que sacaba perforando el tallo de la *palma de vino*⁶⁵ y chupando

⁶³ Animal encantador de la familia de los *pécares*, muy fácil de domesticar, fiel como un perro, gracioso en sus movimientos como una cabra. En medio del espinazo tiene una abertura por donde sale un líquido almizclado.

⁶⁴ Animal de la misma familia que el *sáino*, pero más grande. Algunas veces se encuentra en manadas como de a cincuenta.

⁶⁵ Palma real, en el interior de Colombia (Nota del traductor).

el agujero en que se había acumulado la savia y transformándose en vino durante la noche. Para agregar este lujo a sus comidas, le era necesario estarse de plantón, porque más de una vez los monos aprovecharon su sueño para vaciar los agujeros hechos en la palmera y embriagarse a su costa. Cuando había acabado su banquete, el cazador penetraba por otra parte de la selva, iba a acampar al borde de otro torrente, y esperaba con la mayor paciencia el paso de una bandada de monos o de una partida de manás. Pasaba de este modo meses enteros, sin otra sociedad que la de los innumerables insectos que revolotean en el aire, colonias de hormigas y *comején*, y todos esos seres que se deslizan y arrastran, vuelan o saltan en la selva virgen.

Durante estas correrías solitarias tenía que arrostrar muy serios peligros. Solía encontrarse frente a frente con los jaguares, pero como los árabes que tropiezan inesperadamente con un león, espantaba tan feroces bestias dando gritos y lanzándoles insultos de desprecio. Mordido tres veces por serpientes, nunca experimentó ningún mal, porque desde su llegada al país tuvo cuidado de inocularse el *guaco*⁶⁶. Además, para evitar la hinchazón, tenía cuidado

⁶⁶ Planta bien conocida, cuyo jugo inoculado anticipadamente, preserva con toda seguridad de la muerte a los que son mordidos por serpientes venenosas. Las gentes del país que quieren premunirse se inoculan en la muñeca una pequeña porción de la parenquima de la hoja del *guaco* y beben una tisana, en la cual hacen una infusión de pequeñas ramas; repiten la inoculación cada quince días durante algunos meses, y desafían enseguida impunemente a las víboras y a las culebras cascabeles. El *guaco* deriva su nombre de un

de verter sobre las mordeduras algunas gotas de amoniaco. El peligro más temible que solía correr era el de ser arrastrado por torrentes crecidos repentinamente, pues se veía obligado a acostarse en el lecho mismo de los ríos sobre la fresca y blanca arena con el objeto de pasar la noche sin ser devorado por los mosquitos, las hormigas y otros insectos, pero cuando la borrasca derramaba trompas de agua en los valles superiores de la Sierra, los torrentes aumentados repentinamente, descendían bramando a lo largo de las pendientes, y despertaba sobresaltado por el ruido que hacía la avalancha de las aguas saltando de catarata en catarata y arrastrando consigo rocas mezcladas con espuma y barro, y el cazador apenas tenía tiempo para saltar a la orilla y buscar un refugio en medio de los árboles.

Cuando Julio volvía de sus expediciones de caza a la Sierra Nevada, generalmente tenía el ojo huraño, como todos los que han perdido la costumbre de ver a otros hombres, y sus movimientos se asemejaban a los de un loco. Muchos días se pasaban antes que volviera a hacer parte de la sociedad de los hombres, y entonces apenas se reanimaba para referir historias de cacería y mil anécdotas sobre los monos y otros animales de los bosques. En lugar de perro guardián, tenía en su casa un pequeño jaguar atado a una

pájaro muy conocido en la Nueva Granada, que en sus luchas contra las serpientes va, dicen, a posarse de rato en rato en esta planta y se fortifica comiendo apresuradamente algunas hojas. En las selvas vecinas a Riohacha, el grito lastimero del pájaro *guaco* domina a todos los otros hacia el anochecer.

columna del patio. Este animal vivía en muy buena inteligencia con dos monos que pasaban su tiempo en saltar y hacer gestos. La cordialidad entre ellos no cesaba sino cuando se arrojaba un pedazo de carne al jaguar; entonces este mostraba los dientes, sacaba las uñas, y parecía dispuesto a devorar a quienquiera que pretendiese ser su comensal; no obstante, los monos lo intentaban algunas veces, y ligeros como el relámpago, arrebatában los pedazos de la boca misma del monstruo.

Un caballero de Treinta, para quien tenía cartas de introducción, me recibió con la mayor cortesanía, e insistió vivamente para que fuese a visitar con él una de sus propiedades, en un valle de la Sierra Nevada. Sabía por experiencia que es necesario desconfiar de las fórmulas de la cortesanía castellana y jamás tuve la tontería de tomar al pie de la letra lo que me decían aquellos que ponían su persona, su casa y su fortuna a mi disposición. Sin embargo el señor Alsina Redondo insistió de tal manera en hacerme visitar su plantación, que le prometí acompañarle dentro de doce días. Encantado en apariencia de mi promesa entró complacientemente en los detalles de todo lo que tenía intención de hacer para celebrar de un modo digno la llegada a sus dominios de un tan noble extranjero. Yo lo escuchaba con una perfecta confianza, sin figurarme que mi huésped tuviera en manera alguna intención de no ir a su plantación de San Francisco, y cuando partí para continuar mi viaje, me regocijaba anticipadamente con la idea del reposo que daría a mis fatigas en la encantadora hacienda. Debía hallar pronto el desengaño.

Más allá de Treinta, empecé a subir la cuesta de San Pablo, cadena de pórfido de muy cerca de seiscientos metros de altura, que se destaca de la mole de la Sierra Nevada y va a perderse al este en los *llanos* de la península guajira. A derecha e izquierda, por todas partes veía platanales, campos de maíz, grupos de palmeras, vastas plantaciones. Después del trecho arenoso y monótono que separa a Riohacha de Treinta, esos campos cultivados halagaban la vista como jardines encantados; imaginaba ya el porvenir de la América Meridional, tal como será algún día, poblada y cultivada por mil millones de habitantes.

La cadena de San Pablo está infestada de serpientes sobre las cuales los naturales del país refieren las fábulas más extrañas para amedrentar a los viajeros. Dicen que la culebra *alfombra*⁶⁷, animal muy inofensivo, espera a los pasajeros enroscada en una rama, y los persigue volando como pájaro. Pretenden que las anfisbenas y la coral pueden morder a la vez por la cabeza y por la cola, y que la mordedura hecha con la boca posterior es mucho más peligrosa; afirman también que la culebra *boquidorada*⁶⁸ sigue la pista a los viajeros y los cerca como a una presa. Estos reptiles ocurren, dicen, al ruido del hacha o del machete, y los leñadores no pueden cortar una rama sin ver a las boquidoradas que se deslizan hacia ellos saliendo de los matorrales. En toda mi excursión sólo encontré una de

⁶⁷ La culebra *alfombra* es una variedad de la boa.

⁶⁸ Llamada así a causa de dos rayas amarillas que rodean su boca.

estas peligrosas serpientes, a la cual perseguí inútilmente por entre las rocas.

Hacia la tarde llegué a la garganta, desde donde vi desplegarse al sur una parte de la rica explanada de San Juan, dominada por la azulada cadena de la Sierra Negra. Descendí por una pendiente rápida, a lo largo de un torrente que saltaba por un lecho profundo, calizo, azulado y que sombrean magníficas *ceibas* cuyos troncos estaban cubiertos de hachazos⁶⁹. Entró la noche, y en la oscuridad no podía descubrir el sendero que conduce al pueblo La Chorrera, donde el cuñado del vicedónsul francés me había ofrecido darme hospitalidad. Caminaba siempre con la esperanza de encontrar una cabaña, y llegué en fin al borde de un ancho río que oía bramar entre las rocas y que solamente distinguía por sus capas de espuma. Este río es el Ranchería, el mismo que más lejos describe un extenso semicírculo en los llanos de La Guajira, y va a arrojarse al mar cerca de la ciudad, con el nombre de La Hacha o Calancala. No podía pretender pasar este ancho torrente en la oscuridad, pues no distinguía ni la otra ribera siquiera, y empuñando mi puñal para poder defenderme de algún animal feroz en caso de necesidad, me tendí en una playa de blanca arena.

⁶⁹ Los pescadores derraman el jugo venenoso de este árbol en el agua de los ríos para aturdir a los peces, que enseguida pueden recogerse en la superficie (Nota del autor).
Esto es equivocación del autor, que seguramente confunde la ceiba con otro árbol (Nota del traductor).

Nunca quizás he pasado una noche más agradable. Cuando desperté, las nubes se habían dispersado, las estrellas brillaban en el cielo; por entre las ramas que se entrelazaban sobre mi cabeza, veía resplandecer la luz tranquila de Júpiter; por detrás de las rocas que se levantan al otro lado del torrente, desaparecían los astros unos tras otros. Inmediatamente el cielo se cubrió de un ligero color de rosa, y vi salir gradualmente de la oscuridad los detalles de un paisaje encantador adornado con los más frescos atavíos de la mañana; a mis pies, el agua remolineaba en medio de las rocas y se transformaba en espuma; en la ribera opuesta, las altas palmeras levantaban sus copas por en medio del espeso ramaje de los caracolies; más allá de la selva se divisaba una muralla cortada a pico, de cien metros de altura, y de tal manera tersa que se hubiera dicho que había sido tajada por la *Durandal* de otro Rolando; al oeste, el río, cubierto aún con las sombras de la noche, parecía salir de un oscuro golfo, mientras que al oriente ráfagas de luz penetraban por la bóveda de verdura formada por árboles inclinados; las tumultuosas ondas que la aurora reflejaba, parecían correr hacia las purpurinas nubes del horizonte como para confundirse con ellas. Sin dejar de admirar las magnificencias del paisaje, salté de roca en roca y luché contra la violencia de la corriente. Llegué al otro lado sin más fracaso que la pérdida de un libro de estadística financiera neogranadina; no perdí mucho tiempo en buscarlo.

La muralla de rocas que se levanta por encima de la ribera derecha del Ranchería debe evidentemente su forma

actual a las olas de un lago o de un río que venían a golpear su base; es una antigua ribera escarpada como lo prueban los promontorios, las grutas, los terrenos de aluvión de los llanos inmediatos y las conchitas de agua dulce esparcidas por allí. Todas las colinas que rodean esta hoyada están cortadas por escarpas a pico, cuyas bases se encuentran a la misma elevación: no se puede dudar que en otro tiempo se extendió una gran capa de agua entre la Sierra Nevada y la cadena de los Andes llamada Sierra Negra. Quizá el río Magdalena atravesaba entonces este lago de agua dulce y corría por el lecho actual del Ranchería, y es posible que poco a poco el gradual levantamiento de la Sierra Nevada hubiera derramado el lago en el mar y arrojado el Magdalena más al oeste, hacia el golfo que se extiende entre Cartagena y Santa Marta, y que después se llenase con los aluviones del río. Hasta la presente, la elevación del terreno que separa la hoyada del Ranchería de la del río Cesar, afluente del Magdalena, es de poca consideración, y podría excavarse fácilmente un canal que reuniese las aguas del alto Magdalena con el puerto de Riohacha. Si la Nueva Granada comprendiera sus intereses comerciales, el primer ferrocarril importante que debería construir sería el que uniese a Riohacha con Tamalameque, sobre el Magdalena; la corriente comercial seguiría la dirección que le ha trazado la corriente de las aguas en las edades geológicas, y atravesaría una hoyada de fertilidad inmensa, en la cual existen ya numerosos centros de población: San Juan, Fonseca, Barranco, Cañaveral, Urumita, Badillo y Valledupar.

Una de estas localidades, Villanueva, adonde llegué dos días después de haber pasado la cuesta de San Pablo, me llamó la atención especialmente por su apariencia de prosperidad y su situación bella a maravilla.

Las casas, pintadas de amarillo, están sombreadas por árboles de una corpulencia rara aun en la zona ecuatorial; buenos caminos, por los cuales podrían circular fácilmente los carruajes, cruzan en todos sentidos; las *acequias* o canales de irrigación corren sobre piedras con suave murmullo, conservan en los huertos la más rica vegetación, y a lo lejos se extiende una explanada inmensa de verdura enclavada entre dos hileras de montañas paralelas, de las cuales la una tiene dos mil y la otra de cinco a seis mil metros de elevación. Al este, la Sierra Negra, cadena relativamente baja y sin embargo más alta que nuestros Vosges, extiende sus grandes valles cubiertos de bosques y despliega sus redondas cimas por sobre las del Cerro Pintado, que se destaca como una gran fortaleza rectangular, y proyecta sus bastiones alternativamente blancos y negros. Al oeste, la Sierra Nevada, de escarpas rojas y desnudas, corona su enorme muro de tallados picos en forma de pirámides y cubiertos de inmaculadas nieves como con un vestido de mármol. Todas las mañanas, el fenómeno de iluminación, tan notable en los Alpes, se reproduce sobre estas montañas con todo su esplendor. Cuando los rayos del sol naciente aparecen por sobre las cimas de la Sierra Negra y van a herir las puntas opuestas, trazan al principio en el cielo una inmensa bóveda de luz, enseguida alumbran los varios faros brillantes de los picos de la Nevada; la luz desciende por

grados sobre los flancos de los montes como un inmenso incendio, envuelve toda la cadena con un manto de fuego, y esparciéndose en fin en la explanada, cambia en innumerables diamantes las gotas de rocío y hace brillar el agua de los torrentes.

Un plantador de Villanueva, míster Dangon, a quien yo había sido recomendado especialmente, es el tipo de esos colonos intrépidos, que hacen solos en favor del desarrollo de un país, más que diez mil emigrantes que esparcidos trabajen al acaso. Como tantos otros, había andado a tientas en busca de ocupación a su llegada al suelo americano: se había hecho carpintero, albañil, mercader de cotonadas y tratante; pero la fortuna no lo había favorecido en estas diversas ocupaciones. Entonces pensó en la agricultura y tomó prestados ocho mil francos al veinticuatro por ciento anual. En seis años había pagado el capital y los intereses, cultivado ochenta hectáreas de terrenos, sembrado más de cien mil pies de café, y tenía una renta anual igual a su primitivo empréstito. Lo que hizo para sí es poca cosa comparado con el impulso que le dio al país entero. Abrió anchos caminos, construyó puentes, hizo acueductos, importó plantas alimenticias desconocidas en el país, edificó lindas casas que dan a los habitantes del llano la idea del *comfort*. A virtud de todo esto, una docena de caballeros de Villanueva, Urumita y Valledupar, que antes de la llegada de míster Dangon, no tenían otra ocupación que fumar cigarros elegantemente, han hecho desmontar otras porciones de Sierra Negra y plantado más de seiscientas mil matas de café que producen,

año bueno con malo, más de trescientos mil kilogramos de fruto. He aquí lo que en seis años ha podido hacer con su energía un simple extranjero, adeudado desde el principio de su empresa, por la tasa más que usuraria del capital tomado a préstamo.

¡Cuán inferior es en comparación la influencia de su prestamista, rico comerciante, cinco veces millonario, que posee en la Sierra Negra muchas leguas cuadradas de un terreno muy fértil y minas de cobre, de riqueza tal que en muchas leguas se ven en el flanco de la montaña las venas salpicadas de verde y azul! A pesar de todos estos elementos de colonización y de la fortuna de que dispone, el rico propietario no ha sabido sacar hasta ahora ningún partido de su inmenso dominio. Para tener éxito en un país nuevo es necesario saber hacerse poco a poco una posición independiente y no buscar una ya explotada. En Europa, el hombre pertenece, por decirlo así, a su profesión, a su oficio; en América elige libremente su carrera. De aquí ese extraordinario desarrollo del sentimiento de libertad, más que suficiente para explicar las instituciones republicanas del Nuevo Mundo. Un hombre que ha dominado los acontecimientos, que ha hecho que el destino lo obedezca, no puede ceder a los agentes de Policía, a los gendarmes, a los empleados de cualquier clase que sean, ni plegarse a las mil exigencias y dificultades de las leyes.

La plantación de m^{is}ter Dagon está situada a dos leguas al norte de Villanueva, en una especie de circo dominado por colinas de suaves pendientes que se apoyan en la base de Cerro Pintado; en un espolón proyectado en el

centro del circo se hallan situados los edificios de explotación, la era y la casa de campo; todas las labranzas se ostentan en el fondo del circo y en la pendiente de las colinas, de manera que pueden abrazarse con un solo golpe de vista. En un lado están los platanales, doblegándose bajo el peso de los robustos racimos, más allá las cañas de azúcar, cuyos penachos color de violeta ondulan al viento; más distante los cafetales en quinconces, cuya sombría verdura está salpicada de innumerables mazorcas rojas. Abajo la extensa explanada del río Cesar, nivelada como la superficie de un lago, muestra del uno al otro horizonte sus ondas de verdura, en medio de las cuales se presentan aquí y allí algunos puntos blancos o rojos: son los pueblos de la llanura. Dentro de poco tiempo estos puntos, muy separados aún, aumentarán sin duda en número y crecerán como las islas que surgen lentamente del seno de los mares; después se unirán por líneas cultivadas, y estos campos concluirán por parecerse a los nuestros en los que abundan las labranzas y los árboles no se ven sino en bosques aislados.

Los agentes de esta transformación serán en su mayor número los inmigrantes de Europa y de la América del Norte, pero los indios de la Sierra, tupes, arhuacos y chimilas representarán también allí un papel importante. Los chimilas eran hasta hace pocos años enemigos irreconciliables de los españoles y de los hombres de color: vestidos con cortezas de árboles, habitaban en las grutas y en las selvas que rodean el Cerro Pintado, y el extranjero que se aventurara hasta cerca de su retiro era implacablemente asesinado. Un día un negro de una fuerza hercúlea,

Cristóbal Sandoval, inspirado por no se sabe qué pensamiento audaz, fue a presentarse ante el jefe de los chimilas, sin armas, acompañado únicamente de un joven hijo suyo. Se ignora por medio de qué artificio el negro logró encantar al piel roja, pero el efecto fue inmediato: el *caporal* abdicó, y Cristóbal lo reemplazó como jefe de los guerreros chimilas.

Desde ese día, estos indios cesaron de amenazar a los españoles, y de bandidos se hicieron agricultores. Tales como son, podrían servir de modelo a innumerables criollos, a los cuales el trabajo les ha causado siempre horror.

Dos días después de haberme separado de míster Dagon, tuve ocasión de ver a uno de esos criollos perezosos que pasan la vida balanceándose en una hamaca; acababa de llegar yo al miserable pueblo Corral de Piedra, y pedí hospitalidad en una casa en que, algunos años antes, el hijo del célebre mineralogista alemán Karsten había permanecido muchos días. Hablé a mi huésped de la bella plantación que acababa de ver, y me contestó levantando los hombros:

«¡Bah! ¿Acaso el señor Dagon come más plátanos que yo?, soy tan rico como él, porque puedo comer y gozar a mi gusto».

Los últimos días de mi excursión fueron abundantes en aventuras. Permanecí extraviado dos largos días en las montañas de la Sierrita, al ángulo oriental de la Sierra Nevada; pasé dos noches tirado en el suelo, víctima de legiones de garrapatas; tuve que vadear diversos torrentes cuyas aguas me arrastraron más de una vez por en medio

de las rocas; también tuve que sufrir hambre y sed, y me consideré feliz por haber encontrado una familia de leprosos que quiso partir conmigo sus plátanos y dejarme beber en la vasija común. Por lo demás, durante todo este viaje, siempre que tuve la fortuna de encontrar alguna cabaña, tenía que felicitar me por la cordial hospitalidad de todos aquellos a cuyas puertas golpeaba. Las mujeres, sobre todo, me enternecían con sus atenciones delicadas; sus voces son de una dulzura maravillosa, sus miradas de una suavidad admirable. Las campesinas colombianas son de tal manera amables y graciosas, que verdaderamente pueden compararse con las gacelas o las palomas.

En San Juan, el médico don Joaquín Bernal, que después de esta época fue nombrado gobernador de la provincia de Riohacha, me recibió de la manera más afable, y fue ciertamente con sinceridad, sin falsa política, que puso a mi disposición todo lo que poseía. Al entrar en su casa, por otra parte sencillamente amueblada, me ofusqué a la vista de los estantes llenos de libros que cubrían todas las paredes: esta biblioteca llevada de Francia e Inglaterra, con grandes gastos, a un pueblo perdido en medio de selvas vírgenes, se componía de muchos millares de volúmenes escogidos. Don Joaquín me hizo los honores de su tesoro como hombre de gusto y me probó que ningún ramo de la ciencia le era extraño. Hubiera querido muy bien ceder a sus instancias y permanecer algunos días con él para volver a leer mis autores favoritos, conversar sobre el porvenir de la patria granadina, visitar las montañas limítrofes, intentar en su compañía la ascensión al terrible Cerro Pintado,

pero recordé la promesa que había hecho en Treinta, y por ningún precio quería faltar a la palabra que tenía dada al caballero Alsina Redondo. Despedíme no sin pena de don Joaquín y conseguí, gracias a una marcha forzada, pasar la cuesta Dieguita al terminar el día convenido, y llegar a medianoche a la puerta de la plantación. Toqué, no se me respondió; quise abrir, no tenía llave. No pude, pues, hacer otra cosa que tenderme delante de la puerta y dormir lo mejor posible sobre los guijarros.

Al día siguiente, al pasar por Treinta, referí mi chasco al señor Alsina, quien a despecho de su cortesanía, no pensó siquiera en excusarse: ¡tan prodigiosa le pareció mi ingenuidad! Las fórmulas de cortesanía, las frases banales de la etiqueta, las promesas hechas sin que se tenga la menor intención de cumplirlas, son una de las llagas de las sociedades en que domina la influencia castellana. Los extranjeros que no están iniciados en esta política de absurda palabrería se creen rodeados de hombres falsos y pérfidos que no saben pronunciar una palabra sin mentir. Refieren del general Bolívar que tenía la costumbre de reclutar su caballería cogiendo la palabra a los que abusaban de las fórmulas de la cortesanía.

—«¡*Qué hermosos caballos!* —decía él al ver los caballos que necesitaba.

—*Están todos a la disposición de usted* —se apresuraban a responder los propietarios.

—¡*Muchas gracias!*».

Y el general Bolívar daba a sus soldados orden de tomarlos.

▪ XIII

▪ LA CARAVANA — EL PASO DEL ENEAS — EL PANTANO — LAS SIETE PLAGAS DEL VOLADOR

HACÍA MÁS DE UN AÑO QUE habitaba en la Nueva Granada y conocía ya las costumbres de los indígenas y los recursos agrícolas del territorio; había adquirido numerosas y agradables relaciones, y podía contar con las simpatías de mis nuevos conciudadanos, como si fuera ríochero. Me pareció, pues, llegado el momento de realizar mis planes de agricultura y de colonización en algún valle de la Sierra Nevada. Don Jaime Chastaing, el carpintero francés, estaba cada día más disgustado de su suerte y me rogó que lo aceptase como socio, y tuve la debilidad de convenir. Pensé sencillamente que había descubierto al fin su vocación a la avanzada edad de setenta años, y que toda su adormecida actividad se había despertado seriamente. Tampoco olvidé que iba a vivir en medio de los indios arhuacos, lejos de

toda sociedad civilizada, y sin más compañía que la naturaleza, algunos libros y mis proyectos. ¡Con qué dulzura, pensaba, no resonará en mis oídos la lengua materna, hablada por un compatriota en medio de esa soledad!

Antes de llevar a la Sierra Nevada los instrumentos de agricultura, los utensilios y demás objetos que podían ser necesarios para una empresa agrícola, importaba desde luego hacer un viaje de reconocimiento, pero las dificultades principiaron desde el momento de partir. ¿Cómo haría yo para vivir en la Sierra, entre esos indios que ignoran el valor de la moneda, y no venden los frutos y las reses sino con cambio de mercaderías? ¿Sería preciso que llevase conmigo una caravana de asnos y mulas conduciendo provisiones para un tiempo ilimitado, o bien debía resolverme a hacer el comercio de cambio, como todos los españoles que visitan la Sierra? Este medio era el más sencillo y cómodo, porque me bastaría un solo animal para transportar de montaña en montaña mi pequeño almacén ambulante, compuesto, como el de todos los otros tratantes, de algunas libras de bacalao, agujas y lanas de diversos colores. De ordinario se vende también aguardiente a los arhuacos, y aún es el artículo que entre ellos tiene mejor acogida. Como pretendía representar el papel de civilizador, rehusé llevarles esta bebida funesta.

Hacia el principio del *veranito*⁷⁰ partí una mañana muy temprano con Luisito, hijo de mi consocio don Jaime.

⁷⁰ Segunda estación de sequedad, que en el estado del Magdalena dura cerca de dos meses, de principios de noviembre hasta fines de diciembre.

Marchaba yo a la cabeza de la caravana, seguía el modesto pollino con su carga de fardos y después venía Luisito, que como era el primer viaje que hacía, se creyó obligado a cargar con un parque completo: un fusil, dos o tres machetes, pistolas y cuchillos. Dos perros guardaban los flancos de la caravana, o nos precedían levantando los rabos a guisa de trompetas. Un tratante con quien habíamos hablado la víspera nos informó que la playa estaba en el mejor estado posible, y que era fácil pasar a vado todos los ríos. Así principió, bajo los auspicios más favorables, un viaje que quizás es útil referir con algunos detalles, porque todavía por mucho tiempo las peripecias que ponen a prueba nuestra paciencia serán el patrimonio de los emigrantes, sabios o *turistas*, que visiten la Sierra Nevada.

En dos o tres pasos difíciles, es necesario evitar los promontorios escarpados que se sumergen en las ondas, pero de resto se sigue la playa entre el mar bramador y las barrancas o las cadenas de dunas. La selva se presenta a corta distancia del mar. Está poco provista, y en lo general se compone de zonas de árboles espinosos rodeando algunos claros en que el comején construye sus obeliscos y sus pirámides de mil galerías; mimosas erizadas de espinas, cactus torcidos como serpientes alrededor de los troncos, o agazapados en las hendeduras del piso como otros tantos escorpiones venenosos, ortigas gigantescas, y otras plantas de las cuales cada fibra es un dardo, forman un obstáculo más impenetrable aun que la exuberante vegetación de las selvas vírgenes. Los únicos animales que viven en estos montes son las serpientes, los lagartos y los pájaros.

Por la tarde, los verdes loros y *periquitos* se paran en ciertos árboles en tan gran número que las ramas se doblan, y hasta la entrada de la noche hacen un alboroto aturdidor, de que las conversaciones ganadoras de nuestras urracas solamente dan una débil idea.

Caminamos resueltamente por la playa, saltando al barranco a cada empuje de las olas, y bajando otra vez a la arena consolidada por el retiro de las aguas. Después de seis horas de esta clase de gimnasia, empezamos a experimentar fatiga. Los sofocantes rayos del sol, reverberados por las blancas arenas y los barrancos, y reflejados por la superficie del mar, nos envolvían en un calor insoportable; una sed ardiente principiaba a devorarnos, y cuando mi camarada agotó nuestra pequeña provisión de agua, principió a lamentarse lastimosamente. Todos los medios acostumbrados en semejantes casos fueron inútiles: las frutas algo agrias de los cactus, que encontrábamos de vez en cuando suspendidos en las escarpas de los promontorios, apenas nos refrescaban un instante la garganta; el agua del mar, de la cual nos llenábamos la boca, solamente servía para escoriarnos el paladar; la sed iba siempre en aumento. Por fin, llegamos a la ensenada de La Guásima, que sirve de puerto al gran pueblo de Camarones, situado en el interior de las tierras, y mientras que mi compañero se tendió extenuado a la sombra de una antigua palmera, fui a buscar una fuente que, me habían dicho, brotaba a pequeña distancia de La Guásima. Se había secado probablemente el día anterior, porque el suelo estaba húmedo aún: ni una gota de agua siquiera había en el pilón. Regresé para

anunciar la triste nueva a Luisito, cuando levantando los ojos hacia la copa de la palmera vi dos cocos medio ocultos por el ramaje marchito. ¡Qué maravilloso hallazgo! El pobre árbol, el único que había en la costa a diez leguas más al oeste de Riohacha, estaba tan enclenque, había recibido de los pasajeros tantos machetazos, que no había pensado buscar frutas en él. Di un salto no sin algún trabajo, y cogí los preciosos cocos. Cuando más tarde volví a pasar por La Guásima, el cocotero parecía enteramente muerto: es verdad que al pie de su tronco seco se había principiado a edificar una especie de posada. Los viajeros no deben temer ya morir de sed en esta playa ardiente: este es un incontestable progreso de la civilización granadina.

Más allá se extiende la gran laguna de Camarones, que comunica con el mar por el canal de Navío Quebrado, que a veces está obstruido completamente por las arenas, y puede pasarse entonces a pie y en seco, pero de ordinario es un río rápido que corre alternativamente del mar hacia la laguna o de la laguna hacia el mar: nosotros lo encontramos con este segundo curso. Imposible habría sido pasar esta corriente a causa de la fuerza de las olas y de la movidiza arena de la barra, que se resbala y hunde al pisarla. Nos fue preciso subir hasta el interior de la laguna y pasar a vado un barranco de arrecifes amarillentos que divisábamos vagamente dentro del agua. Nuestro pasaje fue un verdadero desastre; el asno se atolló, los fardos se largaron flotando, y nosotros tuvimos que arrojarnos al agua para detenerlos. Empapados, despedazados, con los pies heridos por las agudas puntas de los arrecifes, llegamos al

fin a la otra orilla con nuestro desgraciado pollino y nuestros dos perros tan abatidos como nosotros. Luisito había perdido sus pistolas y yo el calzado: tuve que resignarme a continuar el camino con sandalias.

Al menos esperábamos pasar agradablemente la noche y reposar de las fatigas del día en el rancho de Punta Caricari, situado en un promontorio a la extremidad de una extensa sabana rodeada de lagunas, pero no habíamos contado con los mosquitos y los *pitos*, especie de escarabajo que se pasea sobre los que duermen y los muerde hasta hacerles saltar la sangre. La noche entera se pasó en tentativas de sueños frustrados y en paseos por la orilla del mar, emprendidos con la vana esperanza de encontrar un pequeño ancón que no estuviera infestado de cínifes. Además, el pestilencial olor de algunos cadáveres de reses a medio devorar por los gallinazos nos perseguía por todas partes, y temíamos que este olor atrajera los *pumas* o *leones* que visitan con demasiada frecuencia el rancho de Caricari.

¡Qué gozo cuando apareció la mañana fresca y deliciosa, como lo es siempre en las regiones tropicales! Los árboles, las dunas, los horizontes salían gradualmente de la media oscuridad que los envolvía; el sol que se levantaba por encima de las lejanas selvas hizo saltar repentinamente de las ondas millares de chispas y doró los contornos del horizonte. Doblamos el promontorio de Punta Tapias; a cada paso se desarrollaba hacia el oeste un nuevo detalle del admirable panorama de las montañas. La cadena de la Sierra Nevada, de la cual solamente habíamos visto el día anterior las pendientes superiores y las nieves, se nos

presentó íntegramente de oriente a occidente, de la cima a la base como un inmenso cuadro incrustado entre el azul del cielo y el de los mares. A la izquierda una extensa bahía en forma de semicírculo prolongaba hasta el pie de la Sierra su larga curva de blanca arena, entre la extensión azul de las aguas y el verde cinturón de las selvas. Más allá se levantaban las primeras colinas, semejantes a conos de verdura; enseguida se presentaban los variados campos, cubiertos de bosques los unos, de prados los otros, y las cadenas levantándose sobre las cadenas con sus degradaciones de luz, sombra y lontananza. Detrás de este amontonamiento de montañas se dibujaba en el cielo la línea erizada de picos de nieve resplandeciente. Al oeste, la cadena proyectaba repentinamente en el mar el promontorio de Punta Maroma, agudo como una lanza, y parecía que, a consecuencia de una espesa niebla, el promontorio se prolongaba a lo lejos por encima de las ondas; era sin duda una de esas nubes que forman remolineando millares de mariposas blancas. En la curva de la bahía, de quince leguas de extensión, veíamos dos o tres cabañas que apenas podían distinguirse de los árboles que las rodeaban. Esto es todo lo que recuerda al hombre en aquel inmenso espacio. La vida animal misma no tenía más representantes que las águilas revoloteando encima del mar. Una paz solemne reinaba en la naturaleza. Solamente contrastaban con esta soberbia tranquilidad del océano y de las montañas algunas olas espumosas que saltaban alrededor de un escollo a corta distancia hacia el norte de Punta Tapias. A la verdad que este bello espectáculo me recompensó muchas

fatigas, y si mi largo viaje no me hubiera procurado ningún otro goce, me creería con este ampliamente indemnizado. ¿Cuándo irán los *turistas* y los amantes de la naturaleza a esas regiones de la América tropical para admirarlas? Nuestros pintores han encontrado una rica mina que explotar en los desiertos de la Palestina y del Egipto, y hace mucho tiempo que reproducen felizmente las quemadas rocas y los rojos horizontes. ¡En América encontrarán la luz del sol de Oriente, y además un resumen de la naturaleza en esas sabanas sin límites, en esos pantanos sin fondo que desaparecen bajo una capa de vegetación flotante, en esas montañas nevosas de curvas a la vez tan elegantes como atrevidas, y en esas selvas lujosamente compuestas de árboles de todas las zonas y de todos los climas!

Antes de llegar a la aldea de Manavita, teníamos que pasar el Enea, el río más peligroso de toda la provincia, por la rapidez de su corriente y sobre todo por los animales que lo pueblan: cocodrilos, tiburones y rayas eléctricas. Según la opinión general, que sin duda alguna está fundada en la experiencia de los siglos, los cocodrilos son temibles en ciertos ríos, mientras que en otros varios son comparativamente inofensivos y jamás atacan al hombre; los viajeros que atraviesan sin temor el Perevere o cualquier otra corriente de agua del país, no se atreverán jamás a pasar el Enea, cuyos cocodrilos tienen fama de ser muy carnívoros. ¿De dónde proviene esta voracidad particular que distingue a los caimanes del Enea? ¿Acaso se encuentran en condición más favorable que en cualquier otra parte y tienen allí estos terribles *saurianos* dimensiones

más formidables que en cualquier otro río? O bien, ¿las aguas y las riberas están más despobladas, de suerte que los cocodrilos se ven impelidos por el hambre a lanzarse sobre toda clase de presas? Las rayas que frecuentan la embocadura del Enea son quizás más peligrosas aún que los cocodrilos, porque su primer contacto basta para producir el aturdimiento. Estos terribles animales han hecho que casi se abandone la pesca de perlas en la bahía de Panamá; en el año de 1854, diecisiete negros pescadores de esa ciudad fueron muertos en el agua por las descargas repentinas de aquellos animales.

Avanzábamos con cierto temor, porque cuando cruzábamos la calzada de arena que separa del mar la primera de las dos bocas del Enea, habíamos visto los grandes surcos trazados por el vientre de un cocodrilo, y aunque generalmente estos animales sólo frecuentan las aguas salobres, habíamos divisado tres que nadaban en el mar, semejantes a troncos de árboles nudosos. Sin embargo debíamos pasar sobre las barras de las dos embocaduras que delineaban a nuestra derecha sus dobles y convexas líneas de escollos. En primer lugar era necesario descargar el pollino, lanzarlo a través del agua y de la espuma hasta la isla de arena que hay en medio del delta; en segundo lugar, volver dos veces cada uno de nosotros para tomar los fardos y los perros que estaban amedrentados por el tumulto de las olas. Así que llegamos sanos y salvos a la isla con animales y mercaderías, nos faltaba atravesar el segundo y principal brazo del río. Tenía cerca de doscientos metros de ancho, pero en ninguna parte el agua nos pasaba de los

hombros, de manera que siempre nos fue fácil henderla con los machetes para espantar con ellos a los animales que hubieran pretendido aproximárenos con demasiada curiosidad. Al fin logramos llegar sin contrariedad alguna a la otra ribera, pero algunos minutos después, en el paso de un pequeño lago en el cual creímos inútil ponernos a la defensiva, uno de nuestros dos perros fue repentinamente atrapado por un cocodrilo, dio un débil grito, y desapareció en el agua con su raptor.

Más allá del Enea nos fue preciso atravesar muchos arroyos o afluentes temporarios de pantanos que no nos presentaban otras molestias que su fetidez de agua corrompida. Cosa curiosa, y que prueba que en la naturaleza todo obedece a leyes inmutables, todas esas aguas, lo mismo que el Enea, desembocan hacia el oeste, evidentemente porque los vientos alisios y las corrientes se dirigen siempre de nordeste a sudeste, y con su incesante trabajo forman una larga calzada de arena sobre la ribera oriental de las diversas desembocaduras. Durante la estación lluviosa, los pantanos situados entre los dos pueblos Punta del Diablo y Dibulla dirigen hacia el mar de diez a quince afluentes y todos ellos, sin excepción, corren del este al oeste a través de las arenas antes de derramarse en el océano.

En Dibulla, en donde algunos meses después debía pasar días bien tristes, me detuve una hora apenas, y llegué con la noche a la Cabaña del Pantano, edificada sobre la playa en el punto mismo en que el sendero de la Sierra se separa de la orilla del mar para penetrar en el interior de las tierras. La cabaña tiene aquel nombre por un pantano

que debíamos atravesar el día siguiente: inútil es decir que la existencia es un verdadero martirio en esta miserable choza; entre todos los del golfo, el ancón vecino ha merecido el nombre de Rincón Mosquito.

La Sierra Nevada está defendida por casi todos sus lados con una zona de pantanos que montones de piedras y escombros separan de los llanos circunvecinos. Estas aglomeraciones de piedras y guijarros, ¿han sido formadas por sucesivas avenidas de agua, descendidas como un diluvio de las gargantas de la montaña, arrastrando consigo diques flotantes de grandes pedazos arrancados de los flancos de la roca viva?, ¿o bien son verdaderas *morenas* y deben probarnos que la zona tropical ha tenido también su periodo de hielos y escarchas? Esta es una cuestión que el estado actual de la ciencia, y las raras exploraciones hechas en la Sierra Nevada no permiten resolver, pero es indudable que estos montecillos de escombros son en realidad terrenos de acarreo arrastrados allí en una época en que los agentes geológicos, hoy muy debilitados, tenían toda su fuerza. Apenas se sale de la Cabaña del Pantano, se sube una de estas *morenas* en que crecen árboles espinosos en medio de las piedras; después se baja a una extensa sabana en que hay esparcidos bosquecillos de tulíperos —*Liriodendron*—, algunas palmeras y manojos de juncos gigantescos: ahí principian los pantanos.

Durante las estaciones lluviosas, la gran abundancia de aguas reunidas en esta hoyada rompe en algunos lugares las cadenas de dunas que las separa del mar: entonces es muy fácil atravesarlas, porque en vez de aguas estancadas hay

arroyos comparativamente claros, pero durante la sequedad, las olas marinas forman un nuevo cordón litoral a la embocadura de los pantanos; las aguas que han descendido de la montaña se acumulan en estos receptáculos y los transforman en cenagales infectos, habitables solamente por los cocodrilos y otros reptiles horrorosos. Emprendimos nuestro viaje precisamente en la estación seca. El pantano exhalaba miasmas y extendía a lo lejos su capa de agua fangosa. Una abertura trazada por entre los juncos nos indicaba por dónde seguía el sendero, y a pesar del disgusto que nos producía el aspecto de estas ciénagas, era forzoso atravesar el líquido caliente y viscoso, en el cual nuestra imaginación se representaba innumerables reptiles. A medida que avanzábamos, el fondo era más fangoso, cada una de nuestras pisadas levantaba tufos pestilenciales que nos penetraban hasta la garganta, y bien pronto nos encontramos sumergidos hasta los hombros en una laguna fétida, removiendo con los pies el fango que se resbalaba gradualmente bajo nuestro peso, y levantando además los vestidos por encima de la superficie del agua. Más adelante, la laguna prolongaba aún su tranquila superficie entre dos grupos de juncos impenetrables, sobre los cuales grandes árboles sin hojas proyectan largas ramas semejantes a los brazos de una horca; todas las señales que indicaban la existencia del sendero desaparecieron, y no pudimos dar un paso más hacia adelante sino confiándonos al acaso. Felizmente nuestro asno, que había quedado detrás de nosotros y olfateaba el espacio con terror, rehusó avanzar; nos fue, pues, forzoso deshacer camino y volver hasta la playa por entre el pantano.

El propietario de la Cabaña del Pantano, anciano ciego y leproso, no podía mostrarnos el camino, pero en cambio de nuestro pollino convino en prestarnos un buey que había hecho ya muchos viajes a la Sierra, y que podía ser para nosotros un excelente guía. En efecto, cuando llegamos al centro de la laguna, este animal se volvió repentinamente a la derecha, pasó por entre dos hileras de juncos, cuya salida no habíamos percibido nosotros, y nos llevó al fin a una punta de tierra firme entre dos bahías profundas.

Se camina como una hora para cruzar la explanada pantanosa que se extiende circularmente al pie de la Sierra. Un aire más fresco y menos húmedo, el murmullo de las aguas corrientes, el canto de las aves, la belleza de la vegetación, anunciaron repentinamente el cambio de zona. Por encima de nuestras cabezas se cruzaban los penachos de las palmeras ligados unos a otros por un sistema intrincado de enredaderas; los bejucos subían, como husos de verdura, de las ramas y de las hojas; innumerables *orquídeas* adhiriéndose a las ramas con mil garras abrían alrededor de nosotros sus extrañas flores; algunos árboles caídos de puro viejos desaparecen bajo una red de hojas y flores, y no pocos troncos que aún se conservan en pie están también ocultos bajo las hojas de los *matapalos* y *copeys*⁷¹ terriblemente estrechados. Los nidos del ave *gonzalito*⁷² suspendidos como frutos, se balancean aquí y allá, en cuerdas

⁷¹ *Ficus dendrocida*, *Clusia alba*, parásitas que rodean los árboles como una nueva corteza, viven de su savia y los ahogan.

⁷² Oropéndola (Nota del traductor).

de verdura, sobre el húmedo suelo; las hormigas conducen un pedazo de hoja verde cada una y en interminables procesiones se dirigen a sus ciudades subterráneas. Un ruido universal formado por el concierto de gritos, cantos, murmullos o soplos, escapados de miríadas de insectos y de larvas que viven bajo las cortezas, sobre las hojas, en el aire y bajo las piedras, llena el espacio. Indudablemente, en esta naturaleza tan libre y tan llena de vida, en donde los pasos y la voz del hombre parecen una profanación, es necesario ser muy orgulloso para que alguien se atreva a llamarse el rey de las criaturas.

Después de subir una de las primeras pendientes, se llega al rancho del Volador, llamado así por un árbol⁷³, que extiende sus grandes ramas por encima del techo. Este rancho ha sido construido por los indios arhuacos para dar un abrigo a los desgraciados viajeros a quienes la fatiga, la tempestad o la creciente de los ríos no les permite continuar su camino; desgraciados, he dicho, porque es casi imposible permanecer en el Volador, gracias a los innumerables insectos y otros animales que los neogranadinos designan con el nombre general de *plaga*.

En primer lugar los mosquitos de todas clases, que en alegres torbellinos danzan incesantemente en la sombra, cubren por centenas la menor superficie de la piel que se deje a descubierto, y para desembarazarse de ellos, es necesario entregarse sin descanso a una gimnasia desesperada y correr de aquí para allá como un loco. Hacia la noche,

⁷³ *Girocarpus americanus*.

cuando los millares de mosquitos están repletos de sangre humana, sus enjambres desaparecen por grados, para ser reemplazados enseguida por nubes de zancudos, enormes cínifes de dardo de cerca de un centímetro de largo, que a su turno vienen a tomar parte en la tarea. ¿Cómo escapar de ellos durante la noche? Su aguijón alcanza hasta la carne a través de los vestidos, y sea que uno se agite con furor, sea que se procure el reposo vanamente, no está por eso más a cubierto de esos insaciables bebedores de sangre. Por la mañana los zancudos desaparecen a su turno, pero otra legión de mosquitos está pronta como un relevo para sucederles, y apenas ha podido uno respirar un instante cuando ya está envuelto en un nuevo torbellino de enemigos. Hay también cínifes que jamás descansan, entre otros el *jején*, insecto imperceptible que apenas se siente bajo el dedo que lo aplasta, y una especie de mosquito cuyo dardo funciona como una ventosa y deja una pequeña mancha de sangre coagulada, que se conserva por algunas semanas. Si uno permanece expuesto largo tiempo a los ataques de estos insectos, la cara completamente hinchada por sus picaduras adquiere enseguida un aspecto deforme.

Estos terribles mosquitos no son sin embargo el más temible azote del Volador y de las regiones que se le asemejan. Las garrapatas son allí tan numerosas que forman a las plantas como una segunda corteza, y si uno cae en medio de una de sus tribus se ve cubierto inmediatamente de estos animalillos, que se sirven de sus patas agudas para introducirse en el cuerpo: es inútil tratar de desembarazarse de ellas; se llenan de sangre lentamente y hasta dos o tres días

después, cuando se han transformado en pequeñas vejigas rojas, se desprenden por sí mismas como frutas maduras. En cuanto a las garrapatas grandes, llamadas *barberas* en el enérgico lenguaje del país, se introducen hasta la carne viva, y solamente pueden extraerse con la punta de una navaja⁷⁴.

Mientras que el viajero brega en vano contra los mosquitos y las garrapatas, otro insecto se introduce pérfidamente debajo de las uñas de los pies y se fabrica allí una pequeña celda: es la *nigua*⁷⁵. Por rareza se nota al principio la invasión de este insecto, pero poco a poco se va sintiendo una pequeña comezón seguida al fin de un dolor agudo. El animal crece rápidamente adherido al pie y en pocos días alcanza el volumen de una arveja. A uno mismo le es imposible extraerlo; es necesario ocurrir a algún habitante de la Sierra que tenga la habilidad de esta clase de extracciones, para las cuales se introduce delicadamente una aguja en el pie, se agranda lentamente la herida, y, con presiones ligeras, logra hacer caer al suelo la nigua; si por casualidad se pica la delicada tela de este insecto, los huevos se esparcen inmediatamente en el hueco que él mismo ha formado, y toda una familia de niguas se desarrolla en medio de las carnes vivas. En algunas partes de Brasil, en donde este insecto es también conocido como en la Sierra Nevada, los que dan hospitalidad a los viajeros se arrodillan por la noche

⁷⁴ Refirieron a M. A. Demersay que en el Paraguay, desde su aparición en 1836 hasta el año de 1846, las garrapatas habían hecho perecer doscientos mil caballos y dos millones de ganado de astas.

⁷⁵ *Cestrus humanus*, *Pulex penetrans* o *Morsitans*.

delante de estos y les examinan los pies para extraerles las niguas que se les hubieren podido introducir. Los arhuacos andan siempre con los pies desnudos, y muchos de entre ellos no tienen ya ni uñas, ni dedos, ni pie: todo ha sido devorado por el *Cestrus humanus*.

A las torturas causadas por todos estos insectos que se ligan contra los pobres viajeros refugiados en el rancho del Volador es necesario añadir aún el riesgo de ser picado o mordido por los escorpiones, serpientes, arañas migalás, escolopendras o ciempiés, animales que a veces tienen hasta medio pie de longitud. Las bestias de carga se ven hostigadas especialmente por vampiros que giran silenciosamente por encima de ellas y que se colocan sobre las llagas de los lomos y les chupan ávidamente la sangre. A veces basta una sola noche para matar a un caballo o a un toro.

El riachuelo que corre al lado de la cabaña del Volador arrastra en sus arenas gran cantidad de partículas de oro, pero todas las tentativas que se han hecho para recogerlas se han frustrado; ha sido necesario huir ante los mosquitos. El vicecónsul francés de Riohacha, que obtuvo la concesión de los *placeres* del Volador, había transportado allí, dos años antes, una tienda de gasa muy ingeniosamente dispuesta. Durante dos días, trató de vivir bajo este abrigo para vigilar el trabajo de sus obreros; estos llevaban guantes y tenían cubierto el rostro con un velo, pero al fin del segundo día, señor y obreros abandonaron de común acuerdo su empresa tan fatigante como lucrativa. Andando el tiempo, un italiano ávido que había obtenido permiso del vicecónsul para lavar las arenas auríferas del Volador, no

pudo trabajar dos días completos siquiera, y dejó el oficio después de haber recogido un valor como de diez pesos. Los únicos seres humanos que podrían explotar impunemente el riachuelo del Volador, porque están protegidos por una concha de lepra⁷⁶, los habitantes de Dibulla y de los pueblos vecinos, son justamente los únicos que no se cuidan de aumentar sus riquezas.

Por fortuna no teníamos motivo alguno para detenernos en el rancho del Volador, y marchamos tanto más rápidamente cuanto que queríamos llegar al próximo campamento antes que estallara la tormenta que de ordinario se desata todos los días en los valles de la Sierra Nevada, entre dos y cuatro de la tarde. El sendero sigue primero la cuchilla, lomo granítico de mil ochocientos metros de altura; enseguida cruza varios arroyos demasiado peligrosos en la estación de las lluvias, y rodea una hoyada de una fertilidad exuberante en que existía tres siglos ha un pueblo de indios llamado Bonga. Más allá corre el torrente de Santa Elena, el más ancho de la región de las Montañas Nevosas. Cuando nuestra pequeña caravana llegó al borde de este torrente, la tempestad principiaba a mugir, y las hojas de los árboles temblaban bajo el viento impetuoso que precede siempre a la lluvia. Nuestro buey entró filosóficamente en el agua y se mantuvo firme de piernas contra la violencia de la corriente. La buena idea de saltar sobre el lomo del animal y de hacernos transportar así hasta la otra orilla nos vino muy tarde, y le seguimos paso a paso tratando de

⁷⁶ Carate.

introducir los pies entre las piedras y oponiendo todo el peso de nuestros cuerpos a la masa de agua furiosa. Arrastrados más de una vez por entre las piedras, nos agarrábamos con gran trabajo en las partes cubiertas de espuma, y en fin, llegamos al otro lado casi exánimes, y habiendo perdido una parte de nuestro equipaje. En cuanto a mí, hube de perder las sandalias, y me vi obligado a continuar la marcha con los pies descalzos, pero esta pérdida me fue indiferente, porque logré salvar a mi perro que corrió el riesgo de ser arrastrado por las aguas.

Algunos minutos después, llegamos a la cabaña de Cuesta Basilio. Mi camarada se ocupó de la cocina, y yo cortaba los helechos que debían servirnos de camas, cuando volviéndome noté que mi perro no estaba en la cabaña. A pesar de la tempestad que acababa de estallar, volví sobre mis pasos, exploré corriendo el sendero por el cual habíamos venido y que la lluvia había convertido en un arroyo; en los intervalos de silencio de trueno a trueno, llamaba al perro, pero este no respondía, y no pude descubrirlo hasta el borde del torrente de Santa Clara. Sin duda que helado de terror y espanto el pobre animal, no había tenido fuerzas para seguirnos. Algunos días después, a mi vuelta de los pueblos de indios, vi sobre un montón de hojas sus blancos huesos. El pollino que había dejado donde el ciego del pantano había muerto también, picado por las arañas. Así los tres animales que habíamos llevado de Riohacha habían sucumbido miserablemente.

Es inútil describir aquí nuestro viaje del día siguiente: fatigas semejantes a las del día anterior, pero los paisajes

eran más grandiosos a medida que avanzábamos en el corazón de la Sierra, y la magnificencia de la escena me hacía olvidar que marchaba descalzo por senderos trazados sobre granito. Los frutos de corpulentos *avocateros* caídos por millares en el suelo formaban una especie de lodo fragante que nuestras pisadas removían; montes de palmeras, helechos arborescentes, campos de bihaos y cañas silvestres y prados matizados de flores se levantaban en suaves pendientes hacia las montañas. Desde estos extensos claros pueden contemplarse las selvas en toda su belleza, se las ve nacer en las estrechas gargantas, descender serpenteando al fondo de los valles, unirse en estos como los torrentes que las riegan, formar después un río de verdura y perderse en el inmenso llano cubierto con un velo de vapor azulado.

En fin, llegamos a la garganta de Caracasaca, siguiendo un antiguo camino enlozado con baldosas de granito, resto de la perdida civilización de los taironas; atravesamos el torrente Chirúa por un puente suspendido que construyeron los arhuacos, y llegamos al pedregoso terraplén en que se levantan las chozas del pueblo de indios llamado San Antonio y su arruinada iglesia. Algunos minutos después, estábamos en la cabaña de Pan de leche, el célebre cacique o caporal de los arhuacos.

▪ XIV

▪ EL CAPORAL PAN DE LECHE — LOS ARHUACOS — EL MAMMA

PAN DE LECHE, A QUIEN HABÍA tenido el honor de ver muchas veces en Riohacha, era un hombre pequeño, de color rojo oscuro y de rostro cruzado por innumerables arrugas. Por su andar desembarazado y por su mirada tranquila, se comprendía que era hombre rico y noble; orgulloso por descender de una larga serie de antepasados y satisfecho de la suerte que le había concedido riquezas en este mundo. Poseía en efecto una decena de bueyes, dos mulas, muchas plantaciones de caña de azúcar, y era el primero de los de su raza que en sus comidas gastaba el lujo de esos panes de leche, a los cuales debía su nombre burlesco. Era el único entre los indios que podía prescindir de la intercesión de los avarientos tratantes españoles, y él mismo, seguido de sus propios bueyes cargados con los productos de sus campos, iba a cambiarlos a Dibulla,

a Riohacha o a otras localidades de la explanada. Ordinariamente gastaba el mismo traje que sus compatriotas, el sombrero de paja y la túnica azul de algodón, pero cuando bajaba a país español, tenía a honor presentarse con calzones cortos y una chaqueta de paño gris, grueso, con botones de cobre: podía tomársele por un provinciano de nuestra bella Francia.

Con el producto de su tráfico, había hecho edificar en el pueblo de San Antonio y en el centro de sus diversas plantaciones numerosas casas, en cada una de las cuales había instalado a una de sus mujeres; él habitaba una cabaña, construida en el centro de la población, mucho más vasta, si no más cómoda que las de sus súbditos. Allí administraba justicia; toda discusión, todo proceso era decidido por él, y no había ejemplo de que los arhuacos descontentos de sus decisiones hubiesen apelado al tribunal de Riohacha. Por otra parte, jamás se había embriagado en presencia de sus subordinados, para merecer así su estimación; cuando apuraba una botella de chicha, cerraba la puerta de su cabaña, y nadie osaba entonces turbar sus profundas meditaciones. Una sola desgracia había tenido Pan de leche en su vida: bañándose en el río de La Hacha, un cocodrilo le había llevado la mano derecha de una tarascada, pero hombre advertido, convirtió esta desgracia en título de mayor gloria: había hecho fabricar inmediatamente una mano de hoja de lata, que por cortesía se había convenido en considerar como de plata, y desde entonces nunca salía sin poner en esta mano brillante un bastón con puño de oro que se balanceaba majestuosamente a su lado.

Este bastón, célebre en toda la provincia de Riohacha, era una mano de justicia, un cetro real, una vara de mágico, y los arhuacos no se atrevían a mirarla sino temblando. ¿Tenía alma?, ¿era un dios? Pan de leche era el único que podía esclarecer este punto a sus súbditos, pero permanecía mudo respecto de este bastón misterioso que hacía de él un profeta y un rey.

Cuando nos presentamos a Pan de leche, el cacique se balanceaba en su hamaca; se levantó precipitadamente a fin de tomar una posición majestuosa y sentándose sobre un gran tronco de *macana*⁷⁷ colocado en medio de la cabaña, nos indicó con el dedo otros asientos más pequeños al lado de la puerta. Según el uso antiguo de todos los que penetran en la Sierra, tratantes o viajeros, fuimos a anunciar nuestra llegada al jefe, a rogarle que nos acordara su alta protección y a pedirle la hospitalidad en una de sus cabañas. Pan de leche nos escuchaba con los ojos cerrados, y de tiempo en tiempo daba un pequeño gemido, como una persona dormida que sufre una pesadilla. De repente se levantó sin haber dado la menor respuesta, y colocando el célebre bastón en su mano de hoja de lata, salió de la cabaña y desapareció.

Nosotros nos interrogábamos con la vista y asombrados buscábamos la explicación de su conducta, cuando entró en la choza un arhuaco y nos anunció que estábamos en nuestra casa. Pan de leche nos había hecho el insigne honor de cedernos su propia cabaña, y se había trasladado a una

⁷⁷ Planta arborescente de la especie *Alsophila*.

de sus plantaciones. Inmediatamente después de su partida, muchos indios, que esperaban con curiosidad el resultado de nuestra conferencia con el cacique, se precipitaron en la choza para comprar nuestras mercaderías. Bien pronto se formaron en el suelo pirámides de plátanos, avocateros, guayabas⁷⁸, malangas⁷⁹, arracachas⁸⁰, pero la mayor parte de los indios, sin dejar de comprar bacalao, agujas y lana, parecían escandalizados de no ver aguardiente entre nuestros efectos. Jamás habían negociado con tratantes de nuestra especie.

La cabaña que debíamos habitar, y que probablemente sirve aún de palacio al cacique de los arhuacos, es de forma redonda, y puede medir cinco metros de puerta a puerta. Está construida de troncos de macanas clavados circularmente en el suelo y entrelazados con varias ramas. La cubre un enorme techo cónico de paja, sostenido en el interior por un sistema de vigas muy complicado. Es la única que entre las cabañas de los indios está provista de puertas, pero estas no están aseguradas con cerrojos, y el viento que sopla las abre y las cierra a su sabor con gran ruido. Un zarzo de cañabravas, cubierto de paja, construido alrededor de la cabaña a la altura de un metro poco más o menos, es la cama del cacique y de sus huéspedes; dos piedras ennegrecidas colocadas en medio de la choza, al lado de la gran silla de honor de Pan de leche, sirven de fogón.

⁷⁸ *Psidium pomiferum*.

⁷⁹ *Maranta malanga*.

⁸⁰ *Conium arracacha*.

Las moradas de los otros arhuacos son mucho más modestas que la de su cacique. Construidas al acaso en el tarraplén de San Antonio, tienen exactamente la forma de grandes colmenas de abejas; las paredes se componen por lo general de cañabravas entrelazadas, y los techos de paja descienden tan bajo que para penetrar en el interior casi es necesario arrastrarse.

Una sola cabaña se distingue de las otras por el estilo de su arquitectura, y de lejos puede resistir una comparación con las construcciones de Riohacha. Cuando estuve allí, era habitada por dos damas españolas, madre e hija. Esta, herida en las fuentes mismas de la vida a consecuencia de un desgraciado amor y desahuciada por los médicos, había buscado un refugio entre los indios en el salubre valle de San Antonio; sus hermanos, ambos carpinteros, le habían precedido para construirle esta casa, y su madre la había seguido para asistirle y disputársela a la muerte. Durante cinco años, esta madre había logrado prolongar la vida de su Conchita, joven admirablemente bella, que los arhuacos veneraban como a la diosa de sus montañas. Por tales motivos salía raras veces de su albergue de tristeza, y solamente se le veía en el dintel de la puerta a la hora en que el sol se ocultaba detrás de un promontorio al occidente. Entonces los espirantes rayos envolvían su delicado talle en una red de luz; un reflejo de placer coloreaba ligeramente sus pálidas mejillas, como si hubiera encontrado por un momento la perdida dicha al contemplar el melancólico paisaje del valle, invadido ya por las sombras de la noche. Pero después de mi visita a la Sierra Nevada,

creyendo Conchita que las heridas de su corazón estaban cerradas completamente, regresó a pesar de los consejos de su madre a Riohacha, para volver a ver a sus amigos. El placer de encontrarse en su patria la embriagó; estuvo poseída durante algunos días de una loca alegría, y recuperó con toda su fuerza su antigua salud, después inclinó la cabeza como una flor que se marchita y se durmió en el seno de la muerte.

El pueblo de San Antonio está situado a dos mil metros poco más o menos sobre el nivel del mar, al pie de una montaña flanqueada de la cima a la base por mesetas ordenadas, como los escalones de una pirámide gigantesca, y ofrece a causa de esta disposición una ventaja inapreciable a los agricultores que quieran establecerse allí. Abajo del pueblo corre el rápido torrente de San Antonio; el valle que lleva el mismo nombre, se compone de hoyas circulares, separadas las unas de las otras por estrechos desfiladeros: cada una de estas hoyas, cubierta con una gruesa capa de tierra vegetal depositada por las aguas del lago que las llenó en otro tiempo, está admirablemente adaptada para la formación de un pueblo, y solamente espera el hacha y el arado para transformarse en campos de una incomparable fecundidad. Asimismo, el río Chiruá, que desemboca en el San Antonio a una pequeña distancia más abajo del pueblo, recorre extensas praderas naturales en las cuales se levantan los árboles en grupos suficientemente numerosos para suministrar maderas en abundancia a los futuros colonos, pero bastante claros para no ser un obstáculo al desmonte. Por todas partes, los valles y las montañas presentan

terrenos a propósito para el cultivo, excepto hacia el norte, donde el Cerro Plateado levanta sus rápidas escarpaduras de esquistas, siempre húmedas y lucientes como metal bruñido. Para fijarnos en algún valle de este dichoso país, solamente teníamos el embarazo de la elección.

Al día siguiente de mi llegada a San Antonio, me dirigí solo hacia San Miguel, otro pueblo de indios, situado como a dos mil seiscientos metros de altura, sobre una explanada sin árboles, y sembrada de despojos. Menos rico y poblado que San Antonio, ha conservado mejor las tradiciones de los tiempos antiguos, y en sus inmediaciones, en medio de los peñascos amontonados de Cansamaría, se celebran aún los misterios sagrados. Al norte y al sur, dos barrancos estrechos y profundos, semejantes a los fosos de una ciudadela, separan el pueblo de los huertos y pastales de la meseta; por los otros dos lados, un vallado de plantas espinosas vivas impide el paso a los cerdos, perros, gallinas y otros animales domésticos: el mismo pueblo es un templo, y solamente los hombres tienen derecho a penetrar en él. Las calles empedradas están tan limpias como los empedrados patios de un palacio y las cabañas están rodeadas de flores; a primera vista, se nota que los tratantes españoles no penetran sino rara vez en este recinto sagrado y aún no han tenido tiempo de profanarlo, como lo han hecho en San Antonio. En el centro del pueblo se levanta una iglesia que casi puede decirse que es monumental, comparada con todos los otros edificios de San Miguel; es verdad que jamás se dice misa allí, y que su utilidad consiste únicamente en servir para las elecciones.

Cuando entré en el pueblo, me pareció completamente desierto; todas las cabañas estaban vacías; un silencio de muerte reinaba a mi alrededor. Los indios, hombres y mujeres, estaban ocupados sin duda en sus plantaciones de plátanos y cañas, o bien, como es de costumbre entre ellos en ciertas épocas, se habían reunido en algún rancho de la montaña para devorar algún buey. Fatigado como estaba, no podía esperar la vuelta de los indios para reclamar la hospitalidad; entré en un huerto en el cual cogí algunos plátanos, cuyo valor me propuse pagar después al propietario, y enseguida fui a instalarme cómodamente en una cabaña en que aún brillaba un resto de fuego.

Hacía como una o dos horas que dormitaba, cuando pocos momentos antes de ponerse el sol oí resonar de repente una voz cerca de una cabaña vecina. Me levanté precipitadamente para presentarme a los recién venidos, pero me detuve al ver que iba a interrumpir una ceremonia religiosa. Seis arhuacos estaban acurrucados en el empedrado de la calle y guardaban el más profundo silencio. Delante de ellos, un anciano con la cabeza desgreñada y el mirar extraviado tendía sus brazos hacia las nieves que iluminaban los espirantes rayos del sol; enseguida se golpeaba el pecho, se pasaba la mano por la frente, hacía contorsiones diversas, gesticulaba horriblemente y pronunciaba palabras que me parecían incoherentes.

A medida que las sombras subían la pendiente de la nevera, sus gesticulaciones eran más violentas, su voz más ronca y dura, pero cuando la última llama que brilló en la cima del pico helado voló por el espacio, el anciano se calló

repentinamente, su rostro se aflojó, sus facciones volvieron a ser humanas, y sin dirigirme una mirada, volvió a entrar en la cabaña. Al mismo tiempo los seis arhuacos acurrucados rompieron el silencio al cual estaban sometidos durante la ceremonia, y principiaron a hablar con una volubilidad sin igual.

Muchas mujeres, que estaban sentadas en el suelo a una distancia respetuosa, parecía que no habían tomado parte alguna en los ritos sagrados, sin duda porque sus nobles esposos no las juzgaban dignas de ellos, y a pesar de las contorsiones del *mamma* habían continuado sus trabajos caseros o sus cuidados de compostura. Yo era probablemente el primer blanco que jamás hubiesen visto, y sin embargo no se fijaron en mí ni por un instante, porque bajo el ojo celoso que las vigilaba no tenían el derecho de manifestar curiosidad, y era indispensable que se conservaran en el estado de máquinas. Despreciadas en todos sentidos, no tienen el privilegio siquiera de habitar bajo el techo conyugal; viven y duermen en la cocina, habitación estrecha y baja, en la cual apenas pueden tenerse en pie. La mujer nunca se atreve a traspasar el dintel de la casa marital; coloca en la puerta el alimento que acaba de preparar y que el majestuoso marido le hace la gracia de aceptar con bondad. La mujer es la esclava del marido, y toda joven pobre que no encuentra un señor viene a ser, de derecho, propiedad del rico más inmediato. Se ve entre los arhuacos que la cuestión del pauperismo se resuelve por una tramitación sumaria, a lo menos en lo que concierne a la mujer. Es preciso confesar que en otras naciones más civilizadas, la solución del terrible problema es poco

más o menos la misma, a despecho de las complicaciones y de las sutilezas de la economía política.

Entré en la cabaña al mismo tiempo que los arhuacos. El *mamma*, mirándome siempre con desconfianza, no se dignó saludarme siquiera, tal vez por haberlo sorprendido en el ejercicio de sus funciones religiosas. Felizmente llevaba conmigo una carta de introducción, dirigida por un caballero de Riohacha a su hermano de leche, Pedro Barliza, el único mestizo de San Miguel. Abrí la carta y yo mismo leí los elogios que ensalzaban mis cualidades y virtudes. Pedro Barliza era uno de los arhuacos presentes: se apresuró a desearme la bienvenida y a ofrecerme una hamaca cerca del fuego. Aunque él era el único indio de aquella sociedad que entendía el español, mi carta no produjo menor efecto en sus compañeros que en él, para quienes en ella poseía yo un talismán soberano que hacía de mí un ser superior.

Me apoderé de la hamaca mientras que los indios se sentaron o acurrucaron cerca del fuego. La llama, movida por el viento, luchaba con la oscuridad, que había invadido la cabaña, y las caras rojas de los indios, ocultándose en la sombra o iluminándose con los reflejos del fogón, sucesivamente aparecían y desaparecían como espíritus evocados o conjurados. Abrían y cerraban la boca con un movimiento acompasado y saboreaban voluptuosamente el *hayo*⁸¹.

⁸¹ *Erythroxylon coca*. Es la coca de los peruanos, pequeño arbusto cuya hoja se asemeja a la de la acacia o a la del índigo.

Para esta tarea, en mucho la más importante de su vida, todos los arhuacos llevan en la mano izquierda una pequeña calabaza que contiene cal en polvo. Toman de una especie de vejiga, semejante a la de nuestros fumadores, las hojas del hayo, enseguida las mastican para sacarles el jugo, que dejan caer de la boca al borde de la calabaza; después salpican de cal este líquido por medio de una pequeña varilla que mueven incesantemente en la mezcla, para producir una combinación más íntima de las dos sustancias. De vez en cuando llevan la varilla a la boca y chupan con delicia la mistura corrosiva. Los indios y los negros del Perú hacen igualmente un gran uso del hayo, y pretenden que pueden ayunar durante una semana y aún más, siempre que se les dé una provisión suficiente de hojas de esta planta. El célebre naturalista Tschudi, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, afirma que vio en varias ocasiones individuos que trabajaban durante muchos días consecutivos, contentándose con mascar hayo para reparar sus fuerzas. Los arhuacos no conocen esta propiedad maravillosa de su planta favorita, y cuando hablé de ella a Pedro Barliza, largó una carcajada de incredulidad, de que participaron todos sus compañeros.

La conversación promovida con motivo del hayo no decayó en muchas horas, gracias a la curiosidad de Barliza. Me abrumó a preguntas hechas en mal español, y traducía enseguida mis respuestas en lengua arhuaca; cada una de estas causaba al parecer la mayor admiración, que se manifestaba con grandes exclamaciones y risas prolongadas. En su conversación familiar, los arhuacos no pueden

terminar una frase sin lanzar un ¡ah! que indica la impotencia de su lenguaje, y que podría llamarse la envoltura del pensamiento: puede decirse que sus discursos, que retratan su naturaleza tanto cuanto es posible, solamente se componen de interjecciones. Después de escucharme parecían asombrados más allá de toda expresión, y apenas hacían oír vocales de admiración cantadas en todos los tonos de la escala. El asombro llegó a su colmo cuando encendí una cerilla química: a pesar de su título de electores y elegibles, a pesar del roce frecuente que tienen con los tratantes españoles, no habían visto aún esta maravilla de la industria moderna.

El gran sacerdote era el único que me escuchaba con cierto interés mezclado de repugnancia: comprendiendo sin duda que yo era un *mamma* más sabio que él, desplegaba su labio superior con afectado desdén. Continué sin dejar comprender que había notado la oposición del mágico, e hice un discurso en regla a mis nuevos amigos. Les hablé de España que les había traído la guerra, pero que les había dado también la caña de azúcar, el café y todos sus animales domésticos; enseguida encomié el poder de Inglaterra, cuyas naves veían ellos algunas veces desde lo alto de sus montañas, semejantes a pequeños insectos patinando sobre la superficie de las aguas; les dije algo también sobre esos terribles yanquis, que ellos se representan como espantosos demonios que no tienen siquiera figura humana. Para hacerles comprender mis explicaciones, procuré trazarles en el suelo un pequeño mapa al resplandor de una antorcha encendida en el fogón; se inclinaron uno

después de otro sobre esas bizarras líneas que aparentaban comprender. Si se quiere obrar con buen suceso sobre la aún inculta inteligencia de estos hijos de la naturaleza, es necesario valerse de un intérprete que pueda traducir nuestras ideas complejas en ideas infinitamente más sencillas y rudimentales. Por la intercesión de Barliza, mestizo que pertenecía a la vez a dos razas, mis palabras presentaban un sentido a los arhuacos, ¡pero cuántas veces intenté más tarde, y en vano, hacerme entender de los indios de San Antonio que hablaban un poco de español! Experimenté también una gran dificultad para hacerles nombrar un objeto que ponía a su vista: me miraban por largo tiempo, repetían por muchas veces el nombre, balbuceaban algunas palabras ininteligibles, después me daban a entender, con una explosión de risa, que no me habían comprendido.

Generalmente se afirma que, guardando la debida proporción, los montañeses son más grandes, más fuertes, más intrépidos que los habitantes de las explanadas. No es así en el estado del Magdalena, ni aun en la Nueva Granada entera, según parece. Los arhuacos, tribu de las montañas, son más pequeños, más débiles, menos inteligentes que los guajiros, tribu del llano; estos son de una belleza resplandeciente, aquellos feos y enfermizos; son pusilánimes y tiemblan ante la mirada de un español, mientras que los guajiros son inaccesibles a todo temor, y en tres siglos de lucha han sabido conservar su preciosa libertad.

Las dos tribus difieren también completamente en el color: los guajiros tienen la piel de un rojo brillante como el ladrillo; los arhuacos son casi negros. Sus mujeres, siempre

sucias y fétidas, están vestidas con una especie de capotón de tela que embaraza sus movimientos y las obliga a caminar a pasos cortos; llevan a sus hijos sobre las espaldas, en un pequeño saco suspendido de la frente por una faja. Penosamente encorvadas equilibran este peso llevando las manos hacia adelante para tejer las mochilas, y hacen, sin embargo, en un día jornadas de diez y quince leguas por senderos escabrosos de la montaña: se diría que son gigantescos didelfos llevando su progenitura en la espalda. ¡Qué diferencia entre estas desgraciadas mujeres y las bellas guajiras, de mirada altiva, de seno desnudo, soberbiamente envueltas en sus mantos y llevando a sus hijos a horcajadas en las caderas! Arhuacos y guajiros, que en toda tabla etnológica han sido clasificados hasta ahora como una misma raza, difieren tanto los unos de los otros como el francés difiere del tártaro. Por lo demás, se aborrecen entre sí, y si los arhuacos descienden rara vez al llano, esto proviene sobre todo del terror que les inspiran los otros pieles rojas.

¿De qué región de la costa firme son originarios los arhuacos? Algunos pretenden que en otro tiempo habitaban las explanadas de las riberas del Enea, y que huyeron a las montañas a la aproximación de los españoles. El historiador Plaza, con más apariencia de razón, los considera como un resto de la poderosa tribu de los taironas, que ocupaba toda la costa desde el golfo de Urabá hasta la embocadura del río de La Hacha. Pocigüeira, su plaza de armas y su principal fortaleza, situada no lejos del lugar en que hoy se levantan las chozas de San Miguel, había sido edificada para la protección de las minas de oro de Tairona,

que habían dado su nombre a la tribu. Los arhuacos, hoy tan pobres, tenían en aquella época oro en abundancia, y sus vasijas, aun las más groseras, eran de ese metal. La tradición añade que conocían el arte de ablandar todos los metales por medio de una hierba mágica y amasarlos como los alfareros amasan la greda; muchos habitantes de Riohacha afirman que han visto en la Sierra ornamentos de oro en los cuales se reconoce distintamente la impresión de los dedos del fabricante. Verdaderas o supuestas estas riquezas de los arhuacos, exaltaron la avaricia de los españoles.

En el año de 1527, el conquistador Palomino se ahogó en el río que lleva su nombre, tratando de penetrar en la garganta de Pocigüeira; tres años después Lerma, gobernador de Santa Marta, renovó sin gran suceso una tentativa de invasión; finalmente en 1552, Ursúa logró remontar los valles de la Sierra hasta las poblaciones de los indios. La mayor parte de los arhuacos huyeron, y atravesaron los Andes y los llanos, y fueron a establecerse a orillas del Orinoco, en donde se encuentran aún sus descendientes. Algunos, sin embargo, se refugiaron al pie de las neveras y lograron ocultar su retiro a los conquistadores españoles, que buscaron en vano El Dorado de Tairona, y tuvieron que retirarse con un botín insignificante.

En nuestros días el número de los arhuacos no pasa probablemente de un millar. En 1856, ascendían a poco menos de quinientos en los dos pueblos más considerables de la Sierra, San Antonio y San Miguel. Tairona no es hoy otra cosa que una montaña sagrada, un Olimpo

donde residen misteriosas divinidades. Allí se encuentran, al lado el uno del otro, el paraíso y el infierno; allí resucitarán todos los que mueren, y el hombre que sea bastante temerario para aproximarse al terrible monte perecerá al instante mismo, y hará compañía a aquellos cuya morada ha profanado. Con frecuencia los muertos de Tairona sienten la necesidad de volver a ver a sus parientes, a sus amigos o a un animal querido que han dejado en la tierra. Heridos inmediatamente por el soplo invisible de la muerte, los seres que ellos han visitado no tardan en caer enfermos y morir: así se explican las fiebres agudas y las muertes repentinas. A veces se oye mugir la montaña: «¡Es la voz de los tesoros que habla!», dicen los arhuacos. Como una pintura que reaparece debajo de un estuco grosero, el antiguo paganismo persiste entre los arhuacos a despecho de las formas católicas que les han sido impuestas por los españoles. Practican las dos religiones, pero su corazón pertenece a la que heredaron de sus padres y la siguen en secreto. Entre ellos ningún contrato es válido si no ha sido ratificado por un encantamiento del *mamma*. Sus nombres cristianos no son otra cosa que nombres oficiales, y cuando no temen ser escuchados por un español, se llaman con sus nombres místicos.

Los arhuacos son industriosos, y a pesar de su poca inteligencia, saben muchas cosas que los guajiros, amantes de su libertad, ignoran completamente. Es evidente que los educadores de los arhuacos han sido el frío y el hambre. Para vivir en esos elevados valles de la Sierra no basta a los indios recorrer las selvas y recoger los frutos que caen: es

necesario también que planten y siembren, que levanten habitaciones y que fabriquen vestidos. Venden a los tratantes cuerdas y sacos que tejen con la fibra de la pita, y que saben teñir de diversos colores. Una corteza de árbol llamado *naula* les da un inalterable color de hez de vino; de igual modo una gramínea de flores amarillas les suministra un bello color dorado que aplican a los tejidos por medio de un agente que es necesario nombrar, puesto que desempeña entre los arhuacos un papel industrial importante. Este agente es la saliva, con la cual preparan también el aguardiente, mascando la caña de azúcar, y escupiendo dentro de una gran calabaza. Dicen que la chicha fabricada por este procedimiento sumerge en una embriaguez mucho más temible que la del aguardiente común. Felizmente los arhuacos no saben extraer aún de la pita ese licor que los mexicanos llaman *pulco*. Bastante es para corromperlos y matarlos lentamente, su terrible chicha y el ron adulterado de los tratantes, para que se les enseñe un nuevo sistema de suicidio.

Los tratantes, blancos o negros, son el azote de los arhuacos. Hablan muy mal de los pobres indios, y esto por la sencilla razón de que el opresor calumnia siempre al oprimido. Es verdad que los arhuacos son hipócritas como todos los débiles, pero esta hipocresía no es perfidia, es la hipocresía de la semivulpa, que se hace la muerta desde que uno la toca, por el temor de ser torturada y comida. ¿Cómo puede admirar si los arhuacos, siempre engañados y pillados se vuelven recelosos y tímidos, y si los más atrevidos de entre ellos tratan de vengarse? ¿Cómo admirar

aún si su venganza es la de la astucia? En lucha abierta llevarían, sin duda, la peor parte, y les es forzoso ocultarse para hacer daño a sus poderosos enemigos; sin embargo, cualquiera que sea su odio, son siempre esclavos de sus deudas, y aun cuando el tratante, que les ha hecho pagar por el aguardiente ocho o diez veces más de su valor, muera, los arhuacos van a buscar a los herederos para pagarles íntegramente el azúcar o las cuerdas de pita que se han comprometido a dar. Los traficantes lo saben y avanzan a veces a los indios de cien a doscientos pesos en sus malas mercaderías. Estos nunca dejan de ser deudores, y el vicio de la embriaguez, que se tiene el cuidado de fomentar entre ellos, les impide salir del abismo.

Antiguamente, para hacerlos pagar más, se les amenazaba con vender sus chozas o sus cabañas, pero desde 1848 fueron abolidos el embargo de los inmuebles y la prisión por deudas. Por reconocimiento, por la fuerza de las tradiciones y por ese antagonismo natural de las razas que lanza a todos los indios en el partido liberal y a todos los blancos en el conservador, los arhuacos se han afiliado como un solo hombre bajo la bandera del progreso. En las elecciones, todos los votos son para el candidato avanzado, excepto el de Pan de leche, que se cree obligado por sus riquezas y su título de caporal a llamarse conservador, pero su ejemplo no arrastra a nadie, y se dice que en un día de escrutinios fue arrojado de la iglesia porque intentó turbar la votación blandiendo su bastón de puño de oro. Es así como los acontecimientos de 1848 han tenido su consecuencia hasta en las montañas de la Sierra Nevada,

y muchos indios que ignoraban el nombre de Francia se apasionaban hasta el frenesí por cuestiones que ella había promovido. Nada prueba mejor que los pueblos son solidarios entre sí, que forman una cadena eléctrica y se conmueven todos a la vez por el mismo choque.

▪ XV

- EL NAUFRAGIO
 - LA ENFERMEDAD
 - LA DESPEDIDA

DESPUÉS DE MI VISITA A San Miguel, gasté diez días en recorrer las selvas y los prados de la Sierra Nevada. Cada uno de los valles que visité contiene terraplenes y hoyas admirablemente adaptables al cultivo, escalonadas de zona en zona en un espacio de algunas leguas y que pueden producir todas las plantas cultivables, desde la aromática vainilla, bañada siempre por una atmósfera húmeda y ardiente, hasta el liquen de Islandia que germina penosamente en la tierra fría al pie de las rocas nevadas. De todos estos valles, calientes, templados o fríos, el que más me satisfizo fue el de San Antonio: en ningún otro me pareció el clima más bello ni la tierra más fértil; los mosquitos son escasos allí, los grandes zancudos casi desconocidos; las serpientes, aunque muy comunes, son pequeñas boas inofensivas en su mayor parte, además, el pueblo tiene la inmensa ventaja de comunicar con

el llano por un sendero de mulas. Escogí un prado de unas cincuenta hectáreas, situado a media legua de San Antonio, a orillas del torrente Chirúa y detrás de la montaña Nanú. Elegido el terreno, marché con Luisito para hacer en Riohacha los modestos preparativos de nuestra colonización.

El viaje de regreso tuvo menos incidentes que el de exploración, pero no dejó de ser muy penoso, sobre todo para mí que había gastado en las correrías de las montañas muchos pares de sandalias groseramente hechas con cuerdas de pita y tenía los pies despedazados y magullados por las piedras. Al terminar el segundo día de marcha, llegué enteramente rengo al pueblo Dibulla, y sintiéndome incapaz de continuar el camino a pie, alquilé un *cayuco* para transportarnos a Riohacha. Por desgracia nuestra el mar estaba muy agitado y no nos fue posible partir hasta dos días después, retardo que pasé tendido en el suelo en la cabaña del barquero, pobre leproso cuya hospitalidad generosa no me atreví a rechazar. Cuando llegué a Riohacha, necesité más de un mes para descansar de mis fatigas.

Terminados nuestros preparativos de inmigración, se decidió que yo partiría primero con Luisito y los dos jóvenes mulatos, Mejía y Bernier, que querían ser miembros de nuestra colonia; don Jaime Chastaing debía esperar algunos días más para vigilar el embarque de los instrumentos de agricultura y de los enseres necesarios para la construcción de nuestras cabañas. Como la experiencia me había hecho prudente, elegí la vía del mar, pero a despecho de mis precauciones, este segundo viaje debía ser más fecundo en accidentes y más peligroso que el primero.

Desde que pasamos a Punta Tapias, el viento que soplaba con más fuerza imprimió una gran velocidad a nuestra informe barca, construida de un gran tronco de árbol; a pesar de los esfuerzos de los barqueros, que trataban de mantener el bongo en posición conveniente, el pobre esquife se veía impulsado a derecha e izquierda, y cada ola lo llenaba de espuma. Muy pronto llegó frente a Dibulla, en donde debíamos desembarcar. Mantenerse más tiempo en el mar en semejante embarcación era insensatez; debíamos, pues, dirigirnos resueltamente hacia la embocadura del río Dibulla, a riesgo de naufragar. «¿Qué me importa?», decía el patrón del bongo, hombre horrible, cuyo rostro era una gran hinchazón negra rayada de amarillo, «¿qué me importa, con tal que yo me salve?». Cuanto más nos aproximábamos a la ribera, el mar estaba más furioso; cada ola, cargada de arena, nos perseguía rugiendo, se desplomaba como una roca sobre nuestras cabezas, y llenaba de agua salada la barca, que después oscilaba como aturdida por el golpe, hasta que al fin otra ola más alta aún que las demás nos lanzó hacia adelante. Por último, un choque más violento que los otros volteó el bongo, y, sin saber lo que nos pasaba, fuimos llevados todos, en el desorden más pintoresco, y de un golpe a las arenas de la boca. Así es como, una entre cuatro veces, se desembarca en el puerto de Dibulla. El mar es allí siempre más fuerte que en Riohacha, porque la costa se tuerce en dirección de los vientos alisios y se recibe de lleno el choque de las olas, pero los huracanes propiamente dichos son tan desconocidos en aquel punto como en otros parajes de los mares granadinos.

Mi intención era tomar alquilados a los arhuacos que se encontraran en Dibulla los bueyes de transporte; estos animales, nacidos y criados en la Sierra, son los únicos que tienen patas montañosas y pueden conducir una carga pesada a través de los torrentes y pantanos; habituadas las bestias de carga a seguir solamente los senderos del llano, rara vez resisten las fatigas de tales viajes, y frecuentemente hay que dejarlas en el camino. Por una fatalidad, que muy bien pude prever, ni un solo arhuaco había entonces en Dibulla; era necesario, pues, muy a mi pesar, detenerme en este espantoso pueblo, rodeado de pantanos de aguas corrompidas.

A mediados del siglo XVI, Dibulla, que los españoles llamaban entonces San Sebastián de la Ramada, y que habitaba una fracción de la tribu de los taironas, era una ciudad rica y poderosa. Lerma, gobernador de Santa Marta, cobró allí, dice la tradición, una contribución de doscientos mil pesos; hoy no se encuentra en Dibulla cosa alguna que recuerde los esplendores y riquezas de otros tiempos; en un espacio bien considerable, circunscrito por el río Dibulla, el mar, los pantanos cubiertos de paletuvios y la impenetrable barrera de la selva virgen, se encuentran muchos huertos, semejantes a montones de malezas, y cabañas esparcidas, más grandes y más cómodas, pero más destruidas que las chozas de los arhuacos. Muchas de estas casas están completamente dislocadas. La primera que vi apenas tenía dos paredes desplomadas, sobre las cuales descansaban, a guisa de techo, algunas hojas de palma movidas por el viento, como restos de velas de una nave en naufragio.

El lugar de las dos paredes caídas está marcado con escombros de argamasa, que no se han tomado siquiera el trabajo de quitar de allí. Una familia entera vivía en estas ruinas, que una ráfaga de viento más fuerte que los ordinarios habría podido echar al suelo; la mujer se empleaba en sus ocupaciones ordinarias, los muchachos jugaban a las escondidas por entre los muebles, y el padre de familia, majestuosamente instalado en un gran sillón, contemplaba sucesivamente la naturaleza y la olla que estaba en el fuego.

En las calles, o más bien en los senderos de Dibulla, hormigueaban muchachos de ambos sexos, la mayor parte completamente desnudos y notables por su enorme vientre y el prodigioso desarrollo del ombligo. Casi todos los habitantes del pueblo, hombres y mujeres, están atacados de elefancia, lepra o de alguna otra espantosa enfermedad de la piel. Es imposible formarse una idea del aspecto horroroso de esas figuras y de esos cuerpos manchados como pieles de salamandras. Apenas se atreve uno a mirar a esos seres que se dicen humanos, que por otra parte están tan satisfechos, como no es posible más, de sus personas, y se miran con complacencia en pedazos de espejos. Las horribles enfermedades que los dibullanos padecen tienen, sin duda, por causa la absorción de los miasmas palúdicos, las picaduras de los insectos, los malos alimentos, las costumbres inmundas, y quizás también la propensión de las razas a degenerar, mezcladas al acaso por una verdadera promiscuidad. A esas horrorosas enfermedades de la piel se agrega a la mayor parte de los pacientes una hinchazón del bazo y del hígado muy notable exteriormente.

Muchos contraen además la *jipatera* o geofagia, y comen con avidez tierra, madera o cera; los pedazos de pizarras son para ellos deliciosos. El viajero granadino Ancízar, que ha observado esta enfermedad en otras partes de la Nueva Granada, encontró un día a un pobre indio que lamía una peña húmeda y cubierta de pedazos de pizarra. «No tengo pan», le dijo el desgraciado, «¡pero la pizarra mojada es buena también y me sirve lo mismo!».

Desde el tercer día de mi residencia en Dibulla, se me declaró una terrible fiebre. Las comadres del lugar se reunieron en gran consejo alrededor de la estera en que me hallaba tendido, y dieron, cada una a su vez, su opinión sobre las probabilidades de vida o muerte: la opinión general fue que se me llevaría al cementerio dentro de pocos días. Cosa grave es en efecto enfermar en un pueblo donde los únicos médicos son los leprosos y los comedores de tierra, donde no puede encontrarse ni quinina ni más remedios que los simples aplicados al acaso, y en donde las sabandijas y otros animales dañinos de todas clases andan por todas partes libremente. Más de una vez los lagartos penetraron en mi cabaña por las rendijas de las paredes, me visitaron, y uno de ellos, *lobo* de dos pies de largo, se colocó sobre mi pecho mientras que yo dormía con un sueño delirante. Un día mataron una culebra cascabel en una grieta de la pared de barro que separaba mi cabaña de la del vecino; otra vez, un jaguar devoró un asno en el patio mal cercado de mi choza, y dos novios, que la alegría de las bodas hacía insensibles a los sufrimientos del extranjero, fueron suficientemente inhumanos para reunir en la choza vecina a los tocadores de

flauta⁸² y tamboril, y celebrar sus danzas nupciales durante toda una noche interminable. Estos eran incidentes poco agradables en sí mismos, pero quizá me causaban un bien despertando en mí el sentimiento de las cosas exteriores, y cuando mi asociado, don Jaime Chastaing, llegó de Riohacha provisto de las drogas más indispensables, lo más fuerte de la crisis había pasado.

Mi visitador más asiduo era el *padre* Quintero, cura de Dibulla. Se decía blanco, y quizá lo era de origen; sin embargo, estaba tan moreno como los demás dibullanos, y por su traje tampoco se distinguía de sus feligreses. Había sido antes cura de los pueblos de la Sierra Nevada, pero dominado por algunos defectos, se había despopularizado tanto que un tímido arhuaco se atrevió a levantar la mano contra él: a consecuencia de esto, y por otros motivos, se instaló en Dibulla, a cuyos habitantes les impuso, de grado o por fuerza, su dirección espiritual. Conviene añadir que el padre se hacía perdonar generalmente sus faltas por su franqueza, su jovialidad y su desinterés, además, para mí tenía la inapreciable ventaja de conocer la Sierra Nevada mejor que nadie, y de haber explorado sus principales valles.

Una de las debilidades del padre Quintero era creerse muy sabio, y rara vez desplegaba sus labios sin introducir en su conversación algunas palabras de un pretendido latín, que contribuía más que todo a conservarle alguna influencia. Cuando me vio por la primera vez, me saludó con el título de *dominus* y me recitó un pasaje de su breviario,

⁸² Gaita (Nota del traductor).

pero una sonrisa irónica le hizo conocer, sin duda, que yo sabía a qué atenerme en cuanto a sus conocimientos filológicos, porque después no volvió a hablarme en latín, sino en sus momentos de olvido. A pesar de las extravagancias del padre, debo confesar que su compañía y conversación fueron para mí un precioso consuelo durante los largos días de mis sufrimientos; sin embargo, a veces se hacía insoportable, me estrechaba el cuello entre sus brazos, me hacía su confidente refiriéndome los varios pesares domésticos que en su vida había tenido, derramaba lágrimas de emoción en mi rostro, me exigía la promesa solemne de odiar siempre a los bárbaros españoles y al inhumano general Morales, que había hecho fusilar a su padre. Por la noche, mi vecino el padre reunía varios compañeros y, con el pretexto de llenar para con el caballero extranjero los deberes de la cortesanía castellana, organizaba en mi puerta un coro más bullicioso que musical.

Entre aquellas diversas canciones que tantas veces interrumpieron mi reposo, hay una cuyas discordantes notas resuenan aún en mis oídos. Como la mayor parte de las canciones populares, su letra se compone de un tema de amor y un motivo tomado de las ocupaciones diarias.

Hela aquí.

*Barquero, coge tu remo,
despídete de la que amas:
barquero, marcha, es preciso
que surques las ondas bravas.*

Cuando las olas retocen
en derredor de tu barca,
piensa que en torno de aquella
sus otros amantes danzan.

Barquero, etcétera.

Quizás en oculta roca
¡ay! se estrellará tu barca;
quizás en ese momento
te olvidará aquella ingrata.

Barquero, etcétera.

En las ondas tal vez pierdas
de ser rico la esperanza;
tus sueños de amor entonces
serán cual humo que pasa.

Barquero, etcétera.

Pueda que halles mar tranquilo
y ella te guarde la espalda;
la encontrarás cariñosa
si de oro llenas tu barca.

*Barquero, coge tu remo,
despídete de la que amas:
barquero, marcha, es preciso
que surques los ondas bravas.*

El primer periodo de mi convalecencia fue de dos largos meses, durante los cuales mi consocio don Jaime maldijo muchas veces su triste destino y se lamentó como el más desgraciado de los hombres. De seguro que la suerte no le era favorable. Los arhuacos, asustados con las amenazas de los tratantes, que temían la concurrencia de nuestra parte o quizás que fuéramos jueces de sus infames exacciones, rehusaban alquilarnos a ningún precio sus bestias de carga; sólo uno se encargó de llevar una caja de herramientas, pero en el tránsito la rompió, robó todo lo que le plugo y dejó el resto en el camino. Sólo un recurso nos quedaba aún: envié a Luisito para que expusiera nuestra triste situación a Pan de leche, le participara nuestros proyectos y le suplicara que nos alquilase sus bueyes y sus dos machos. Pocos días después llegó Pan de leche con su caravana.

La partida se organizó inmediatamente, se convino en que don Jaime y yo marchásemos enseguida en los dos machos del cacique, y que Luisito y sus dos compañeros nos siguiesen con las bestias de carga. El primer día de nuestro viaje, de Dibulla a Cuesta Basilio, fue tan feliz como era posible, pero sobrevino uno de esos contratiempos que han dado lugar a tantos proverbios en todas las lenguas y el siguiente día no debía pasar sin que tuviéramos un grave accidente. El macho que yo montaba se encabritó en un lugar peligroso del camino y rehusó avanzar; me esforcé en vano para obligarle, se echó hacia atrás, sus ojos se extraviaron y se agitó con un temblor nervioso: a no dudar, estaba atacado de la enfermedad casi siempre mortal, conocida con el nombre de *derrengadera*.

Era preciso, pues, que yo continuase mi camino a pie, porque don Jaime tenía las piernas enteramente hinchadas a consecuencia de las picaduras de los insectos, y no podía bajar de su cabalgadura. Confiaba demasiado en mis fuerzas y caminé valientemente durante algunas horas, pero, debilitado por mi larga enfermedad, no pude resistir la fatiga. Sentí que la vida me abandonaba poco a poco, de repente todo se oscureció a mi rededor, y caí desvanecido en el suelo.

Cuando volví en mí, un escalofrío continuo sacudía todos mis miembros. Estaba tendido en el suelo al borde del sendero sobre un montón de hojas de helecho, y don Jaime construía sobre mi cuerpo una pequeña armazón de ramas y la cubría con hojas de bihao. Ofreció cederme su cabalgadura, pero la rehusé en atención a su edad; por otra parte, habría sido una gran imprudencia permanecer sobre el suelo expuesto a la tempestad, y además, enfermo como estaba, probablemente me habría sido imposible llegar solo a San Antonio; era mejor, bajo todos aspectos, que él partiese tan pronto como fuese posible y me enviara su macho o cualquiera otra cabalgadura con un guía arhuaco. Lo comprendió así, y enseguida lo vi desaparecer en las revueltas del sendero.

Mi posición era crítica; el viento precursor de la tempestad principiaba ya a silbar; sopló y sacudió la cubierta como si fuera una paja, las hojas de bihao que me resguardaban volaron; el agua descendió del cielo, se abrió paso por entre el rústico techo y me inundó. En fin, vino la noche, la tempestad cesó, pero a esta sucedieron enjambres

de zancudos; en vano traté de dormir un instante siquiera sobre el suelo húmedo, pues la fiebre me mantuvo despierto constantemente. Cuando los primeros albores del día descendieron de la cima de las montañas, el esperar, ese sentimiento de ordinario tan penoso, mortificaba todo mi ser. Cada rama de árbol que sonara al rozarse con otra rama era para mí una señal de llamada; los chillidos de los monos aluates eran voces de los amigos que venían a salvarme; el murmullo del torrente saltando por entre las rocas me parecía el galope de un caballo.

De repente oí sonar pasos sobre el sendero pedregoso, y alcancé a ver a un indio que venía del lado del llano; pareció muy agradablemente sorprendido al mirar a un blanco en tan lastimoso estado, y, parándose en una piedra, frente a mí, me contempló largo rato, sonriendo de satisfacción. ¿No era yo, a su parecer, uno de esos hombres execrables que iban a explotarlo a él y a sus hermanos, a cargarlos de deudas, y a hacerlos esclavos de un trabajo continuo? Seguramente creyó que sería justo que los genios de Tairona me castigasen con la enfermedad y la muerte por haber ayudado a la destrucción de la pobre tribu vencida. Cuando hubo saboreado suficientemente su venganza, se alejó sonriéndose, y yo tuve la debilidad de verlo desaparecer con pesar; él animaba algo mi soledad y me hacía más soportable la espera. Felizmente, Luisito y los dos mulatos llegaron pocos instantes después con los bueyes que conducían nuestras herramientas de agricultura: eran amigos, casi salvadores, a los que saludé en esos tres hombres que venían en mi socorro, y el que permaneció cerca

de mí para auxiliarme calmó en gran parte la fiebre que me devoraba con su sola presencia.

La tempestad de la mañana había principiado hacía una hora, cuando tuve la dicha de oír los gritos de un arhuaco que bajaba, montado en un macho, de lo alto de la montaña. Apenas llegó, me hice colocar en la silla en su lugar, y partimos a pesar de la tempestad. El macho escataba las rocas, salvaba de un salto los torrentes y los arroyos, se dejaba deslizar con las patas unidas desde lo alto de los declives arcillosos: me sentía como poseído de ese vértigo de los sueños que no permite ni un movimiento; no tenía fuerza ni aun para hacer un gesto de espanto a la vista de los más espantosos precipicios. En fin, la noche se espesaba en torno mío, y hacia las diez llegué a San Antonio, donde encontré una bebida fortificante, un lecho y un abrigo.

Había pues llegado, no sin trabajos, al término de mi viaje, y podía creer que la obra de la colonización estaba seriamente principiada. Mil vanas ilusiones, evocadas en parte por la fiebre, flotaban ante mi espíritu: veía ya las pendientes de las montañas cubiertas de campos de café y de bosques de naranjos; los arhuacos felices y libres, fundaban comunidades florecientes; se abrían escuelas para los hijos de los indios; colonias de europeos desmontaban las selvas vírgenes; se abrían caminos en todas direcciones, ¿qué se yo?, líneas regulares de buques correos llegaban al puerto de Dibulla. Indudablemente que todas esas cosas se realizarán un día, pero yo no tendré en eso la menor intervención, pues todas mis esperanzas personales estaban

condenadas a evaporarse miserablemente. Pocas líneas bastarán para referir el desenlace de la empresa.

En los primeros días todo marchaba bien. Me encontraba enfermo, es verdad, y muy raras veces podía dar algunos pasos fuera de mi cabaña, pero don Jaime había principiado los trabajos con una furia más que juvenil, y en dos puntos diferentes: en San Antonio mismo, en un huerto casi abandonado que habíamos comprado, y en Chiruá, en los terrenos que elegí en mi primer viaje. Desmontaba, sembraba plátanos, árboles de café, cañas de azúcar, legumbres de todas clases; reunía piedras de granito en un pequeño terraplén en que debíamos edificar nuestra casa de campo; cortaba macanas para esta, y levantaba en muchas partes las tapias y los vallados de cactus necesarios para impedir la irrupción de los animales, y quemaba los matorrales de la pradera: todo se hacía a un mismo tiempo. Estaba tan asombrado de esta inesperada actividad que no me atrevía improbar a don Jaime el emprender tantas cosas a la vez.

No se había completado un mes cuando ya el trabajo se había debilitado singularmente. Todo principiaba a desagradar a don Jaime: la tierra, el aire, las aguas, los indios, la agricultura. Bajo el pretexto de buscar un terreno más fértil y mejor regado, interrumpió el desmonte del de Chiruá, y eligió otro, media legua más distante del pueblo. No tardó en indisponerse con el joven Mejía, nuestro mejor obrero, y sin despedirlo precisamente, porque yo era quien lo había contratado para nuestro servicio, logró hacerlo marchar a fuerza de vejaciones y tacañerías. Cosa más grave

aún, se malquistó con los arhuacos, lo que nos exponía a morir de hambre, porque mientras fructificaban nuestras sementeras y plataneras, estábamos obligados a comprar los alimentos a los indios; sin la protección de Pan de leche, nadie habría venido a proveerse de lanas o de otras mercaderías a nuestra cabaña, y el hambre nos habría obligado a bajar inmediatamente a Dibulla. La desesperación se apoderó de don Jaime; deploraba su lamentable destino, maldecía sus cabellos blancos, echaba de menos las dulces noches de tertulia pasadas en Riohacha, a la puerta del ingeniero Rameau; en fin, me anunció que la asociación estaba disuelta e hizo sus preparativos de regreso.

¿Qué podía hacer yo mismo en este desastre de mis proyectos de colonización? Si me hubiera hallado con salud habría podido continuar solo la empresa, modificando mis planes, pero tres meses después de mi llegada a la Sierra estaba aún tan enfermo como el primer día; no podía dar cien pasos o tocar una gota de agua fría sin que la fiebre y el delirio me volvieran. Las lluvias continuas de la estación hacían fermentar el techo de paja bajo el cual reposaba yo y corrompía la atmósfera que me rodeaba; luchaba con la muerte y sin la certidumbre de vencerla; solo, debía necesariamente sucumbir. Era preciso marchar. Con profunda tristeza me separé de esos pobres indios, dejándolos tan bárbaros como el día en que los vi por primera vez; pronto perdí de vista mi cabaña y su huerto y la extensa pradera de Chirué; enseguida desapareció el valle de San Antonio ocultándose detrás de un contrafuerte de la montaña, y escalando a caballo el sendero rocalloso de Caracasaca,

dejé de escuchar el torrente cuya voz había correspondido tantas veces a mis ensueños de porvenir. Algunos meses después estaba en Europa. Cuando regresé a mi verdadera patria, parecióme que mis pies hollaban tierra extranjera.

▪ XVI

▪ EPÍLOGO

ES IMPOSIBLE NEGARLO: LOS primeros europeos que se establezcan en la Sierra Nevada tendrán muchos peligros que correr y muchas fatigas que superar antes de conseguir un éxito definitivo; tendrán que sufrir las fiebres *palúdicas* y las crecientes de los ríos; los pantanos intransitables impedirán con frecuencia el transporte de sus productos; la enemistad de los tratantes avarientos les suscitarán grandes dificultades, y durante mucho tiempo se hallarán privados de toda sociedad que no sea la de los arhuacos. No obstante, esas dificultades, que por otra parte disminuirán gradualmente con los progresos de la colonización, serán, en cierto modo, ventajosas para los hombres resueltos porque los obligarán a luchar con más energía, y harán que la victoria les sea más grata. El agricultor se adhiere poco a la naturaleza y se la apropia sin entusiasmo, cuando ella corresponde fácilmente a sus deseos. Las razas fuertes y felices nunca se forman sino con

la lucha, tal como lo expresa la fábula antigua del Jardín de las Hespérides, guardado por dragones. Los sacrificios son nada, lo importante es saber si el objeto los exige. «Es una gloria», decía el agrónomo Sinclair, «hacer crecer dos vástagos de hierba donde solamente crecía uno». ¡Cuánto más glorioso es llevar la cultura adonde no existe aún, trazar el primer surco en los campos que alimentarán un día a innumerables habitantes! Con su trabajo, uno crea verdaderamente un pueblo; como Deucalión, uno cambia las piedras en hombres, y en la tierra que uno remueve hace germinar las generaciones futuras. Esta es, me parece, una gloria que se puede comprar al precio de algunos sufrimientos y de algunas molestias pasajeras.

Las explanadas y regiones montañosas de la Nueva Granada contienen millones de hectáreas de terrenos favorables al cultivo y de fácil colonización, y a pesar del descalabro que yo sufrí, creo que la Sierra Nevada de Santa Marta es uno de los países de la América española que presenta más ventajas para la inmigración latina emprendida en grande escala, porque, completamente separada de los Andes y del resto de la Nueva Granada por valles profundos, por lagunas y pantanos, parece formada para contener una población distinta, que encontrará en torno suyo todos los elementos de la más floreciente prosperidad: salubridad del clima, fertilidad de la tierra y facilidades para el comercio. La extensión de la Sierra Nevada, que aproximativamente es la cuarta parte de la de Suiza, podría alimentar el mismo número de habitantes que esta república.

El precio de las tierras es nulo en las pendientes de la Sierra que miran hacia Riohacha y al valle del río Cesar. El valor nominal de la hectárea de terreno, vendido por el Gobierno, es de setentaicinco céntimos⁸³, pero todo jefe de familia, granadino o extranjero, tiene derecho a pedir la concesión de cuarenta hectáreas de tierras baldías, que inmediatamente se les conceden, comprometiéndose a ejecutar en ellas un trabajo cualquiera en el espacio de dos años. Frecuentemente los colonos se establecen donde lo desean, sin pedir la concesión de las tierras y sin contraer compromisos, y se hacen propietarios por el derecho del primer ocupante. Esta facilidad de adquirir sin trabajo vastas porciones podría tener funestos resultados, estancando por muchos años terrenos favorables al cultivo, pero en la mayor parte de los valles de la Sierra Nevada, este peligro es menos temible que en una explanada, porque el terreno cultivable se compone de estrechas hoyadas, de pequeños terraplenes, de mesetas limitadas, cada uno de los cuales forma un dominio distinto, más que suficiente para una familia.

La flora de la Sierra Nevada es de una riqueza extrema, y quizás, exceptuadas algunas partes de la India y del Brasil, no se encuentran otras en el mundo entero en que las plantas presenten tan grande variedad. Vegetales útiles hay en gran número. Allí existen, entre otros, el *Myroxylon* o palma de cera, el maravilloso árbol de leche, o *Galactodendron*, multitud de plantas tintóreas, las hierbas medicinales

⁸³ Quince centavos, o sea real y medio.

del Antiguo y Nuevo Mundo, la manzanilla y la zarzaparrilla, la borraja, la ipecacuana, la achicoria y el bálsamo de Tolú. Nadie piensa buscar estas plantas medicinales en la Sierra Nevada, ¡pero entretanto hay quien remonte la corriente del Amazonas, o atraviese las montañas y las soledades de la provincia de Matogrosso para ir a recoger la zarzaparrilla y la ipecacuana! A consecuencia de las dificultades de los viajes, estos remedios valen en las farmacias de Europa del dos al cuatro mil por ciento más que en el lugar de su producción.

Si damos fe al testimonio del sabio botánico Mutis, la Sierra Nevada posee tres especies de *chinchonas*. Desde fines del siglo último, época en que este árbol precioso se descubrió, cerca de San Antonio, los trastornos políticos han dejado caer en el olvido el conocimiento de este hecho importante. Quizás los árboles sean poco numerosos, pero es fácil hacer plantaciones de ellos y sobre todo seguir otro sistema distinto del de los peruanos, que tumban el árbol para despojarlo de su corteza. Se puede principiar a *descortezar* parcialmente los *chinchonas* cuando ya sean de cinco años; teniendo el cuidado de no despojarlos sino de un lado, se les puede prolongar la vida tanto como a los árboles intactos.

Las plantas cultivadas por los arhuacos son en número muy reducido: la caña de azúcar, plátano, hayo, *turma* o papa, arracacha, malango, patata, cebolla, pita, naranjo y limón. Cada indio tiene una pequeña platanera, frecuentemente oculta en la concavidad de una garganta o debajo de una roca, y allí siembra o planta todo lo que necesita para

el sostenimiento de su familia en un año. Cuando uno ve las pequeñas dimensiones de esos huertos, se pregunta con asombro si el terreno puede ser tan fértil para que muchas personas deriven de allí su subsistencia y tengan además con que comprar aguardiente mezclado.

El café, cuyo cultivo se ha generalizado tan rápidamente en la Nueva Granada, es una planta casi extraña en la parte oriental de la Sierra Nevada. Cuando estuve en el valle de San Antonio, no nos fue posible recoger más de trescientos pies de café para nuestra plantación. Sin embargo, si las aseveraciones de los habitantes de la Sierra merecen algún crédito, el rendimiento del café raya siempre en lo maravilloso. Frecuentemente los arbustos dan dos cosechas al año, y hay quienes aseguren haber cosechado hasta doce kilogramos de bayas de un solo pie. Sea de esto lo que fuere, no es en hechos excepcionales que deben fundarse los cálculos en circunstancias semejantes, porque yo he visto plantaciones en los Andes, en que cafetales aislados daban cerca de cinco kilogramos de fruto, mientras que el rendimiento medio de doce mil árboles era solamente de medio kilogramo. Suponiendo que el producto de las plantaciones de café en la Sierra Nevada fuera poco más o menos el mismo, los beneficios que se realizarían serían aún muy considerables, a pesar de las dificultades de los transportes. Los plantadores de cacaotales, vainilla y otras plantas industriales cuyos productos exportados tienen mucho valor y poco peso, pueden contar igualmente con resultados muy favorables.

Uno se asombra, recorriendo los valles de la Sierra, al ver la altura considerable en la cual se pueden cultivar las

plantas tropicales: crecen perfectamente en las alturas que corresponden a los climas de Francia e Inglaterra; así se ve que en El Cocuy, en el estado de Santander, el plátano y la caña de azúcar dan excelentes productos a dos mil setecientos cincuenta y siete metros de elevación⁸⁴. Este hecho, que quizás no ha podido ser esclarecido suficientemente por los geógrafos, prueba que no hay solamente superposición, sino también penetración recíproca de los climas escalonados en los flancos de las montañas de la zona ecuatorial. Un simple soplo de viento basta para llevar los ardores del estío hasta el pie de las nieves o para hacer descender el aire de las nieves a los ardientes valles extendidos en la base de los montes. De aquí, según la exposición o el abrigo, una gran diversidad de climas parciales y una variedad maravillosa de plantas de toda especie. Por su posición transversal a la dirección de los vientos alisios, la Sierra Nevada recibe mejor que las otras cadenas el aliento de los calores tropicales; además, ella deja escapar sin cesar, como de un gigantesco laboratorio, la humedad que le llevan los vientos, y sus valles, con excepción de la vertiente meridional, jamás se ven expuestos a sufrir la sequedad.

Nada le falta pues a la Sierra Nevada, si no es una gran población europea, china o criolla. Entretanto esas montañas permanecen tristes a pesar de su belleza. Cuando un viajero se encuentra solo en medio de un extenso valle

⁸⁴ El Cocuy pertenece al estado de Boyacá, y sin duda el autor lo ha confundido con algún otro pueblo, porque en él no se dan las producciones que cita (Nota del traductor).

cubierto de pastos y selvas, y que apenas ve en el inmenso espacio uno que otro buitre, solitario como él, describiendo grandes círculos encima de su cabeza, siente oprimido el corazón con una verdadera angustia. Ciertamente la naturaleza virgen es bella, pero es de una tristeza infinita: lo que le falta para darle animación es la fecundidad, es el atavío de los campos y de las poblaciones, que sólo puede darle la mano del hombre.

Y no es solamente la Sierra Nevada la que pide brazos a la Europa y al resto del mundo; toda la Nueva Granada reclama también colonos. ¿Es, pues, necesario abogar por un país tan bello, tan admirablemente provisto de todas las riquezas de la tierra? En otro tiempo millares de españoles desafiaron la muerte para ir a conquistar ese mundo que Colón les había hecho surgir del seno de los mares, cual si hubiese unido otro planeta al nuestro; a la presente parece que hay más indiferencia por la Nueva Granada que ahora tres siglos. Y sin embargo ese Dorado no es solamente el país del oro, es también el país de la dicha para los que saben apreciar la libertad. En nuestra vieja Europa, las tradiciones de los tiempos bárbaros y de la Edad Media reinan aún, y desde el fondo de sus tumbas los muertos gobiernan a los vivos. Por otra parte, la superabundancia de la población obstruye a todo recién llegado las puertas del bienestar; demasiado estrechos en nuestro pequeño continente, no podemos dar un paso sin pisar la propiedad de otro, y, por la fuerza misma de las cosas, compramos la felicidad a costa de la del prójimo. Murallas, barreras, reglamentos, circunscripciones, restricciones, todo nos

encierra en un círculo infernal: aun aquellos que se creen libres habitan una estrecha prisión en la cual apenas pueden moverse y en donde su pensamiento se marchita antes de haber florecido. Allá, en la joven república americana, no hay convidados desatendidos en el gran banquete: la tierra fecunda alimenta generosamente a todos sus hijos, el aire de la libertad inflama todos los pechos. Quizás en medio de esa naturaleza joven los hombres se rejuvenecerán también: tal vez llegue día en que los acontecimientos de la historia no giren como hasta aquí, dentro de un mismo círculo, a la manera de animales encadenados.

FIN



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2016. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RBNP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RBNP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**

PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN